

Selección RNR

EX VAGOS

♥ Adi ♥

Henry Townsend,
conde de Hamilton

NUNILA DE MENDOZA



Romance Histórico

Henry Townsend, conde de Hamilton

Libro 2º de la saga Los Townsend

Nunila de Mendoza



1.ª edición: octubre, 2017

© 2017, Nunila de Mendoza

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa

del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-880-8

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

A mi esposo, Vladimir, por creer en mí más que yo misma

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Nota editorial

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Epílogo

Promoción

NOTA EDITORIAL

Selección BdB es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, en este caso peruana, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedas darle una oportunidad. Y ante la duda, el Diccionario de la Real Academia Española siempre está disponible para consultas.

Capítulo 1

Henry y su prima Ivanna escribe desde el SS Adriática, y Violet es Violet

Telegrama

Alexandra se escapó a Londres. Ayúdame.

Ivanna

—Es el colmo de la desconsideración —murmuraba el conde de Hamilton, quien caminaba presuroso a su destino. «Encima de todos los problemas que tengo en la fábrica, de hacerme cargo de Garden House, de cuidar a mi terrible hermanita Bonnie. Encima esto. Sacar de la cárcel a la prima loca venida de América, y claro, tengo que hacerlo porque soy el hermano mayor, porque soy el jefe de la familia, porque un día mis padres se dieron cuenta de que ya era hora de descansar y se dedicarían a viajar, llevándose a mis hermanas con ellos. Bueno, ese viaje lo hicieron por lo que le pasó a Grace y un poco por Katy y la orgullosa de Amy. Pero ¿por qué mi familia es así? ¿Por qué no pueden ser un poco más normales? Sí, mi prometida tiene razón: mi familia es un desastre, mis hermanos siempre están en líos, haciendo escándalos. Son tan excéntricos e incontrolables. Violet e Ian Townsend han criado a hijos muy particulares. Soy el único que tiene la cabeza sobre los hombros».

—Saltó al coche del primer ministro y lo llenó de harina —le contó el inspector que la había arrestado—. Mujeres histéricas que están exigiendo el derecho al voto.

Henry debía hacerse cargo de la prima Alexandra Romanov, que un día decidió cruzar el Atlántico solo para meterse en problemas, «otra que viene a complicarme la vida».

La prisión de Halloway, un castillo convertido en prisión en medio de Londres, destinado a recluir mujeres, le daba la bienvenida a Henry Townsend, quien sinceramente lamentaba conocer ese oscuro lugar y en tan extrañas circunstancias. Gracias a Dios estaba el buen amigo de la familia, el doctor Gervais, en la puerta, esperándolo, siempre simpático, sonriente y dispuesto a ayudarlos en circunstancias como esta.

—Doctor Gervais. —Se acercó a saludar el joven—. Gracias por venir. Estoy muy consternado por molestarlo siempre con los temas de mi familia.

—Vamos, Henry —el bondadoso doctor, de cara redonda y piernas cortas, le dio unas palmadas en su espalda— yo vivo por ustedes, los Townsend, sus entuertos son los que dan sal a mi vida, pero, muchacho, ya va siendo tiempo de que tú sepas salir de estos líos. Eres tan noble como yo.

Henry respondió a su comentario bajando la cabeza, sonrojándose, y el doctor Richard Gervais sonrió por la timidez de ese muchacho. «Igual que la madre», pensó mientras caminaban hacia la puerta, «demasiado tímido, pero noble de espíritu, aunque no de sangre». Henry, en una disertación un poco confusa, natural en él cuando estaba avergonzado, le contó que su prima americana, Alexandra Romanov, miembro activo de una organización de sufragistas, había sido detenida y lo puso al tanto de las razones. El doctor rio divertido al imaginarse al primer ministro cubierto de harina.

—Estos americanos son tan peculiares. —Gervais se secaba con un pañuelo las lágrimas de risa.

—Mis padres me telegrafiaron para que la sacara de inmediato de la cárcel, no tiene ningún familiar en Londres aparte de nosotros.

—Por cierto, ¿cómo están tus padres?, ¿y tus hermanas?

—Bien, en lo que cabe.

—Estarán bien, hijo. Son fuertes. Son unas Townsend. Pasará pronto la tormenta.

—Sí, seguro que sí. ¡Ah, tengo una carta de Amy para usted!

—Ah, mi preciosa ahijada. ¿Y mi Bonnie?

—Muy molesta porque hace dos días que no va a verla.

—Lo cual me hará pagar con golosinas y helados. —Tomó la carta y la guardó en el bolsillo interno de su saco, lo palmeó con cariño un par de veces y se dirigió a Henry con una sonrisa—. Joven, conde de Hamilton, vamos a cumplir con nuestro deber.

Después de un largo juicio de casi dos décadas, Ian Townsend, a insistencia de Violet, su esposa, obtuvo que la corona británica le reconociera el título de conde de Hamilton a su primer hijo adoptado legalmente. El doctor miraba de reojo a ese joven alto, de caminar erguido y rostro angelical, «ya quisieran muchos verdaderos nobles tener una pizca de la nobleza del alma de este joven», se decía. Tocaron con insistencia las puertas de esa lúgubre prisión.

—Bien estimado Henry, ya es hora de que aprendas... —Las palabras del amable doctor fueron interrumpidas por un carcelero que abría la puerta con visible desagrado. De inmediato, Gervais, al verlo, cambió la expresión de su rostro, este se volvió severo y hasta su porte parecía haber crecido. Aún antes que el trabajador de la prisión hablara, el doctor lo increpó—: Usted, ¿por qué ha demorado tanto en abrir? Rápido, avise al encargado de esta prisión que el conde de Hamilton y sir Richard Gervais desean hablarle.

—Pero estas no son horas...

—Ahora mismo —interrumpió el doctor—. ¿No tiene usted orejas?

Cuando estuvo frente al encargado de la prisión, la supuesta indignación del doctor creció aun más. En un parloteo constante, haciéndose preguntas que él mismo respondía, apabulló al hombre que solo contestaba su disertación con monosílabos

—¡El colmo!, esa joven es sobrina de una de las familias más poderosas e influyentes de Londres. ¿Sabe usted quiénes son los Townsend? ¿No?, y no querrá saberlo. —El doctor, con destreza, manipulaba la conversación—. Tiene que liberarla en el acto, esto es el colmo. ¿Dónde está?, queremos verla,

pobre dulce e inocente criatura encerrada en esta horrible prisión.

—Atacó al primer ministro —adujo el encargado

—Imposible —dijo el doctor haciendo un ademán con las manos—, debe ser una confusión. Quiero verla. ¿Por dónde es?

—Tengo que tener la autorización de un superior.

—Pues tramítela ahora mismo. ¿Qué espera? Lléveme a la celda. Quiero verla. ¡Pobre niña! Estará traumatizada para toda la vida por haber pisado este horrible lugar. ¿Y?, ¿cuánto tendré que esperarlo?

—Por acá, sígame.

—Una dama tan dulce y tierna —musitaba el doctor Gervais.

Mientras se acercaban a las celdas, se escuchaban unos gritos femeninos muy agudos y de un acento diferente, las exclamaciones eran enérgicas, frases sobre los derechos de las sufragistas, adornados con unas vulgaridades muy grandes. El celador sonrió y mostró a la joven que chillaba de forma desaforada, golpeando con fuerza un jarrón de metal contra las rejas.

—Con ustedes, su dulce y tierna niña —dijo el carcelero señalando a la mujer que seguía gritando a voz en cuello.

—Será tu madre. —Cuando la joven se disponía a discutir con el encargado, ambos fueron interrumpidos por una voz que retumbó en toda la prisión.

—¿Dónde están sus ropas? —gritó Henry, quién hasta ese momento había permanecido en silencio—. ¿Dónde están sus ropas? ¿Por qué le han quitado sus ropas?

El carcelero, la dama y el doctor se miraron extrañados.

—¿Cómo? —preguntó la joven concentrando su mirada en el conde.

—¡Está vestida como hombre! —increpó, de nuevo, Henry—, ¿por qué?, ¿quién le quitó sus ropas? Devuélvanle sus vestimentas. ¡Ahora!

—Perdón, esta es mi ropa —respondió la muchacha muy seria.

—Es ropa de hombre.

—No, es mi ropa, hecha para mi comodidad. ¿Y a ti que te importa? ¿Quién

demonios eres tú? —La joven se disponía a hablar más, pero se lo quedó mirando fijamente por un momento y, sonriendo, agregó—: Eres Henry, mi primo Henry. Soy Alexandra, tu...

—Sé quién eres y por qué estás aquí —rugió el conde, interrumpiéndola de una manera no muy amable.

—Y nos vamos de inmediato de este sitio —repuso el doctor—. Esto es un atropello jamás visto, ya se verán las consecuencias. Alguien tendrá que pagar por esto. ¡Abra la reja!, apúrese, este olor a humedad es terrible. —El anciano siguió enredando con sus palabras al encargado a la par que daba órdenes al otro celador—. Tú, toma las pertenencias. ¡Vamos!, ¡caminen!, tengo que salir pronto, la humedad afectará mis pulmones, tendré que hablar con el Rey George hoy mismo de las condiciones infrahumanas en que recluyen a estas mujeres. Un país se muestra civilizado por cómo mantienen sus cárceles, apúrense. ¡Qué horror! Por acá, muchacha.

Sin dejar de hablar, el doctor, la joven y Henry siguieron a los carceleros hacia la puerta principal. Cruzaron un primer patio, solo el doctor hablaba, cada vez más indignado, mientras abrían las rejas de un segundo patio. Los jóvenes se quedaron mirándose un buen rato. Henry estaba muy serio, Alexandra sonreía al verlo. Luego de unos instantes, él desvió la mirada puesta en su prima. Verdaderamente era muy hermosa, hasta pensó que la hora y las circunstancias estaban jugándole una mala pasada, jamás había visto unos ojos tan negros y bellos, con un rostro finísimo enmarcado en un cabello corto de rizos oscuros que cubrían su frente. Muy alta, espigada y con unos pantalones ceñidos que resaltaban unas largas piernas. Una vez que atravesaron un segundo patio, el encargado decidió ir a la oficina a preguntar a un superior, lo que desató la ira del doctor Gervais, pero este siguió avanzando hasta cruzar el umbral de la puerta. En ese momento, Alexandra se paró en seco.

—No me puedo ir.

—¿Cómo? —preguntó Henry.

—No puedo —dijo ella muy consternada—. Mis compañeras sufragistas

están aún encerradas. No puedo irme y dejarlas ahí. Es tan innoble. No, de ninguna manera.

Henry, desesperado, miró a Gervais.

—Bien, cariño —le dijo el doctor con una voz muy condescendiente—, hablemos afuera. Yo me haré cargo de que tus demás compañeras salgan. Pero después de sacarte a ti. Tú serás más útil para la causa afuera que adentro. ¿No? Sí, sé qué opinas lo mismo. Irás con Henry, y yo me quedaré para sacar a tus amigas. Henry, el coche. Estoy totalmente a favor de las sufragistas, es hora que los tiempos cambien y que Inglaterra entienda. Por aquí, cariño. Henry, el coche. ¡Pronto, antes que venga el encargado!

—Pero —repuso Alexandra mientras el doctor la seguía guiando al coche que estaba estacionado en la otra acera.

—Confía en mí, pequeña. Vaya, vaya, eres muy hermosa, un ángel. Sabes qué es lo que debes hacer, los americanos son prácticos. Es más fácil sacarlas una por una. Tú entiendes, ¿no? ¿Qué ganarían todas encerradas?

Comenzaron entonces a escuchar las voces de los celadores pidiéndoles que se detuvieran.

—Vamos, Henry —apuró, nervioso, el doctor.

—Pero... —dudó Alexandra.

—Sube, querida —ordenó de nuevo el doctor, mirando las puertas de la prisión—, es lo mejor.

Gervais, ya desesperado, observó en la entrada la discusión entre los encargados. Llegaron al coche y, al mirar a los muchachos, vio que, después de tomar la mano de Alexandra para ayudarla a subir, Henry hizo un gesto de incomodidad y desconcierto. Abrió y cerró la mano como si le hubiese quemado su contacto.

—¡Partan! —gritó el doctor, mientras escuchaba también los gritos de los carceleros y su afán por abrir las rejas para darles el encuentro. Los jóvenes partieron a la carrera, y el doctor, al verlos partir, sonrió maliciosamente, murmurando «muy interesante».

—A la calle de...

—A Garden House, Peter —interrumpió Henry a Alexandra, viendo por la ventanilla trasera como el doctor y los carceleros hacían ademanes de discutir con violencia.

—Pero es que me estoy alojando en...

—Te alojarás en Garden House.

—Pero...

—Pero nada, estás a mi cargo. Al no estar mis padres, soy yo la persona que está encargada de tu seguridad. De ninguna manera te alojarás en un hotel, y menos sola.

—¿Y mi ropa?

—Mañana temprano mandaré a un sirviente por ellas.

Alexandra se lo quedó mirando fijamente, mientras él mantenía su mirada al frente. Después de unos instantes suspiró y, bajando la voz, le dijo—: Querido primo Henry, soy una mujer de veintiún años, mayor de edad, que toma sus propias decisiones.

—Te acabo de sacar de la cárcel —habló sin desviar la mirada del frente—, como prueba de lo no muy buenas que son tus decisiones. Mientras estés en Londres, yo estoy a cargo de tu seguridad, por ser de mi familia y por encargo de mis padres. ¡Peter, apura la marcha!

La joven cruzó los brazos al frente y se escondió en el sillón del carruaje, pero esbozó una sutil e imperceptible sonrisa.

—Oh, Garden House, tal como la imaginaba —exclamó Alexandra al llegar a la casa. Otra vez, el roce de las manos al ayudarla a bajar del carruaje, y Henry hizo el mismo gesto de incomodidad—. Es tan hermosa.

—Umm...

—Y los escudos en la entrada, las enredaderas cubriendo las paredes, es tal cual los dibujos que nos mandaba Amy.

—Umm...

—No has mejorado mucho en tu expresión, Henry.

—Son las dos de la mañana, Alexandra, ¿qué esperabas?

Ingresando a la mansión, una voz interrumpió el monólogo de la joven que seguía admirando la hermosa casa de los Townsend.

—¿Dónde has estado? —preguntó una pequeña de unos doce años, al pie de las escalera principal, con los brazos en jarra y taconeando los pies en señal de disgusto—. Me has dejado tanto tiempo sola. Mira la hora que es.

—No sabía que estabas casado —murmuró Alexandra, sonriendo ante la actitud de la niña.

—No estabas sola —dijo Henry dirigiéndose a la niña—. Estás con tía Gloria.

—Pero tú recién llegas, si me pasaba algo y... —La niña se interrumpió para fijar recién su atención en Alexandra—. ¿Quién es él?, ¿o ella?, ¿es mujer u hombre?

—Hola, soy Alexandra Romanov.

—¡Eres mi prima de América! —gritó la niña, levantando los brazos en los que tenía unos guantes de cocina atados a las manos—. ¡Ven a darme un abrazo!

Alexandra, sonriendo aún más, se dispuso ir a su encuentro cuando Henry la interceptó con una mano, rosándole accidentalmente su busto.

—Varicela —le dijo él.

—Oh, no importa. Ya he tenido.

—Ven, prima Alexandra. —Corrió la pequeña a su encuentro y se dieron un prolongado abrazo—. Qué gusto conocerte, qué bueno que hayas venido.

—Hola, supongo que eres la bella Bonnie —contestó sin dejar de sonreír—, estás muy linda, tal como te describió tía Violet, qué gusto verte, ¿cómo estás?

—Ay, prima, estoy tan sola. —Dio un dramático y sobreactuado suspiro la niña.

—¡No te dejé sola! —exclamó Henry alzando la voz, muy disgustado.

—Y él es tan malo conmigo. —Bonnie señaló a Henry sin dejar de abrazar

a Alexandra—. ¿Vas a quedarte? Qué bueno, estoy muy sola, no tengo con quién hablar.

—Bonnie, basta...

—¿Ves, Alexandra?, estoy enferma y me grita

—Bonnie. —Suspiró Henry conteniéndose—. Alexandra está cansada, llévala al cuarto de invitados. Y no te quites los guantes o te quedarán marcas como dijo mamá.

—¿Mira cómo me trata? —habló la niña haciendo un tierno gesto y pegándose aún más al pecho de su prima—. Y me ha castigado.

—Bonnie. Te lo advierto.

—Estoy cansada, Bonnie. ¿Me enseñas el cuarto de invitados?

—Ven, vámonos lejos del ogro. Cuéntame de América y de mi primo, ¿está tan alto como yo?

Querida Violet:

Te escribo esta primera carta embarcada en el SS Adriática. Ya dejé Inglaterra, estoy en aguas rumbo a América. Quién iba a pensar que mi primer gran viaje, que tanto había anhelado, lo haría en estas circunstancias. Pero estoy ya en aguas que me llevarán a un destino diferente, a una vida diferente. La primera noche, a pesar del ruido, los gritos e incomodidad, viajamos en segunda clase, Alexander lo consideró conveniente, puesto que en primera alguien podría reconocerme. Objeté al principio por las obvias limitaciones, pero estoy segura de que fue la decisión correcta. Como te decía, a pesar de todo, ayer fue la primera noche, después de mucho tiempo, que dormí segura, sin sobresaltos, todo gracias a ti, amiga. Me has dado un nuevo comienzo, y así será. Quizás no te han relatado los amigos la manera como me fugué, te hubieses sentido muy orgullosa de mí. Hice cuanto me pidieron al pie de la letra. El marqués llegaría al día siguiente y actué con total normalidad, hice los preparativos para recibirlo, sin mostrar ningún sentimiento de apremio. Actué como una esposa abnegada que espera darle una grata bienvenida a su esposo

después de meses de ausencia. Tenía organizada una fastuosa cena, invité a sus amigos, hasta mandé a confeccionarme un vestido nuevo para la ocasión. En la madrugada, revolví la habitación de forma muy silenciosa, tumbé adornos y regué ropa en el suelo. Hasta me hice un corte en el brazo para dejar rastros de sangre, esa fue mi iniciativa. Alexander se enojó mucho, pero tenía que hacerlo convincente. No quiero seguir el destino de la primera esposa de ese hombre, además esta cicatriz será un recordatorio permanente de mi pasado. Salí de esa habitación por la ventana, con solo mi camión de dormir. Alexander junto a Vespasiano y Jean Paul tenían el coche listo para partir. No tomé ninguna joya de las tantas que tuve. Me daban asco tocarlas, cuanto me había denigrado por obtenerlas. Hice lo correcto. Alexander me ha cuantificado el valor de las joyas que me regalaste, y es una pequeña fortuna. Suficiente para empezar una nueva vida. Estoy tranquila. Tengo que apagar la luz. Alexander ronca como un ferrocarril. Tengo ganas de ponerle la almohada en la cara. Tendré que acostumbrarme, nos quedan dos meses de travesía.

Un beso enorme y de nuevo gracias.

Ivanna

P.D.: No te extrañes que en cada carta te agradezca, porque lo haré por el resto de mi vida, y aunque me lo prohibiste, esta será la última vez que te pida perdón por lo que te hizo Randoplh. Sé que me has perdonado, estar en este barco es porque lo hiciste. Soy yo la que aún no se perdona el daño que te causé. Última vez y no tocaré jamás el tema.

Querida Ivanna:

Recibí las cartas que escribiste en el barco, las leí todas juntas y en orden, como tú me lo pediste, y no sabes las risas, lágrimas y sinfín de emociones que me hicieron sentir. Ian reía ya que no podía dejar de leer, aunque estuve tentada más de una vez en salteármelas, sobre todo cuando amenazaste con la tontería de ir a Boston. Hasta hablaba en voz alta con Ian, gritando «No, Ivanna, no lo hagas», porque si tú te diste cuenta al mes, yo lo supe desde tu segunda carta. Cuánta alegría tengo de saber cómo

terminó. ¡Qué feliz estoy!. ¡Qué alegría tan grande!

Yo, de mi parte, cumplo con la promesa que nos hicimos de escribirnos siempre y contarnos nuestra vida. Te informo con mucha alegría y orgullo que ya soy mamá de dos hermosos niños: Henry, el mayorcito, y para el segundo aún no le tengo nombre, le dicen «conejo». Aunque es adorable, no se puede quedar con ese nombre, así que estamos buscando uno apropiado para él. Yo ya lo tengo en mente, es Ian quien tiene que aceptarlo. Cuando lo haya hecho, te lo digo. Mis hijos, qué lindo suena. Henry, el mayor, de unos siete años, y conejo tendrá cinco. Son adorables. ¿Cómo fue nuestro encuentro? Como las cosas que me pasan en mi vida, con mucho drama. Estaba muy deprimida por la pérdida de mi hijo, y más cuándo el doctor me dijo que nunca podría quedar embarazada de nuevo. Lamento la tontería de haber estado rumiando en los rincones, llorando como boba, porque mi hijo no pudo nacer, cuando mis otros hijos ya esperaban por mí. Ian me convenció de la adopción como alternativa para ser padres. Llegamos al orfanato y, mientras la monja regente de la casa preparaba a los bebés recién nacidos, fue nuestra idea de inicio, se cruzó entre nosotros un niño delgadito, de grandes orejas, quien venía huyendo de un malvado hombre. En su carrera por dejar atrás a su perseguidor, chocó con las piernas de Ian y cayó de forma estrepitosa al piso. Le dio alcance ese mal hombre, quien lo levantó de las orejas. ¡Qué rabia tengo aún!, por supuesto que increpé al malvado por su actitud, y este se excusó diciendo que el niño le había pegado a otro porque le había quitado la comida a su hermanito. La madre nos explicó que eran dos hermanitos a los que habían recogido hacía pocos días del puente de Londres, que eran muy unidos, eso eran la causa de las peleas con los otros niños. En ese instante, al escuchar esas palabras, algo golpeó mi pecho, sé que a Ian también, y me vino a la mente la imagen de Randolph e Ian, los dos hermanos pequeños, solos y huérfanos. ¿Y si estos niños tuvieran la oportunidad que ellos no tuvieron? Luego, cuando le pregunté a la religiosa por el nombre del mayor y me dijo que se llamaba Henry, sentí un estremecimiento en todo el cuerpo, imagínate, así se llamaba

mi abuelo, el nombre que siempre quise para mi primer hijo, me puse a reír y llorar de la emoción, no podía controlarme, demasiadas coincidencias. Ian me entendió de inmediato. Ese mismo día hicimos los papeleos. La religiosa nos dijo un montón de cosas, como que eran niños difíciles por ser de la calle, rebeldes, que sería mejor para padres primerizos un bebe de pocos días de nacido... y tantos absurdos más que no escuché porque quería verlos juntos para llevármelos de una vez. Cuando sugirió que fuéramos por ellos la mañana siguiente, para poder reflexionar, puse tal cara que mi esposo le hizo ver que yo de ahí no me movería sin mis hijos. «Es difícil de explicar, madre —le dijo Ian—, pero son suyos». Les hicieron sus poquísimas pertenencias. Dos trapos sucios, una sábana rota, y los subí corriendo al coche. Henry es un niño demasiado tímido. Conejo no, a sus cortos años es muy hablador, cuando le dije que era su madre y que cocinaba muy rico, no se hizo ningún problema, me abrazó, me dio la mano y no me la soltó hasta la hora de dormir. En casa todos esperaban a un bebé, y llegamos con dos niños. Henry, por su timidez, casi no dijo palabra; conejo, en cambio, no paró de hablar y preguntar. Cuando les presentamos a los Alfreds y les dijimos que eran sus abuelos y que se llamaban igual los dos, conejo le dijo a su hermano señalando a mis viejitos: «este es mi Alfred y este, el tuyo». Desde ese momento así se conocen: el Alfred de Henry y el Alfred de conejo. Qué vuelco ha dado mi vida. No puedo escribir más, mi conejito llora, seguro que mi querido esposo le ha vuelto a esconder sus dulces. Qué malo es Ian.

Te quiere, Violet

P.D.: NO me vuelvas a agradecer nada porque me voy a molestar, y mucho menos mencionar lo que pasó con Randolph. El pasado, pasado es, como decía mi abuelo. Y mi presente es muy hermoso. Con mi esposo y mis lindos hijos.

Sin poder contener su emoción, Alexandra paseó desde muy temprano por todos los lugares de Garden House. Era como ella lo había imaginado, como su padre se lo había descrito, como los dibujos que Amy había pintado. Los

bellísimos jardines eran ciertos. La enorme rotonda. Los árboles llorones, el sol que salía tras las rejas. De la mano de la encantadora Bonnie, recorrió cada rincón de la casa. Hasta la niña era igual a como tía Violet la había descrito en sus cartas: encantadora, engreída y parlanchina. Continuó el recorrido hasta que escuchó la severa voz de la tía Gloria que las llamaba a tomar el desayuno, Henry no estaba en el comedor, lo cual extrañó a la tía, pero decidió que igual se sirviera. Bonnie le presentó a Alexandra, «mi prima de América», aunque tía Gloria estaba más preocupada por designarle el correcto lugar en la mesa que debería tener como familiar e invitada. Comenzaron a desayunar y, minutos después, se presentó Henry.

—Buenos días, Henry —saludó la tía Gloria.

—Buenos días, tía Gloria. —Henry inclinó la cabeza para saludar a su prima—. Alexandra.

—Buenos días, Henry —respondió ella con una amplia sonrisa.

—¿Estas son horas de levantarse? —La tía se acomodó las gafas para poder ver el reloj de la estancia.

—Lo siento, tía. —Henry se sentó a la cabecera a de la mesa y pidió que le sirvieran.

—¿Y no nos presentas?

—Perdón, tía Gloria. Ella es...

—Basta —lo interrumpió—. Bonnie ya me la presentó.

Henry desenvolvió el periódico y se cubrió el rostro, mientras escuchaba la conversación de Alexandra con tía Gloria y Bonnie. De verdad estaba muy cansado. Toda la noche había dado vueltas en la cama, y la causante de ello reía de la forma en que Bonnie relataba lo cruel que era él.

—No me deja salir a jugar. Y no es porque esté enferma, yo ya estoy bien. Pero es tan injusto. Solo porque le hice un comentario gracioso a su novia.

—Basta, Bonnie —advirtió Henry detrás del periódico.

—Soy una niña, dulce y delicada. —Bonnie juntó las manos y miró al cielo—. Que ella no tenga sentido del humor no es mi culpa.

—Basta, Bonnie —advirtió ahora la tía Gloria y, dirigiéndose a Alexandra, agregó—: Tú, jovencita, ¿qué estás haciendo aquí, en Londres?

—Bueno, señora.

—Tía Gloria.

—Tía Gloria. —Sonrió Alexandra y comenzó a contarles que integraba una asociación de mujeres sufragistas en América que habían hecho contacto con las compañeras inglesas para nutrirse de sus mutuas experiencias, con la esperanza de algún día hacer un movimiento internacional. Hablaba con mucha pasión por la injusta situación de las mujeres, sus limitados derechos y la opresión a la que eran sometidas cuando querían reclamar igualdad—. Pensamos que si Inglaterra le da el voto a la mujer, el mundo la seguirá. Hoy tendremos una marcha en Hyde Park...

—¡Yo quiero ir! —gritó Bonnie.

—No —dijo Henry sin bajar el periódico frente a su cara—. Y tú tampoco irás, Alexandra.

—¿Cómo? —preguntó la mencionada.

—No irás —repitió Henry aún con el rostro tapado por el diario—. Es más, hasta que no regresen mis padres, no saldrás de Garden House. Ya di la orden para que traigan tu equipaje del hotel donde estabas hospedada.

—Querido primo, como te dije ayer, ya tengo veintiún años y nadie me da órdenes de lo que debo o no hacer. Mucho menos prohibirme salir a la calle si así lo deseo.

—¿Olvidas dónde estuviste ayer? —Esta vez, Henry bajó el diario y la miró fijamente.

—Agradezco tu intervención para sacarme de la cárcel.

—¿Estuviste en la cárcel? —la interrumpió Bonnie.

—Fui detenida de una manera injusta, en una marcha legal y pacífica. Henry Townsend, agradezco tu ayuda, pero tú no me das órdenes.

—¡Bien, Alexandra! —gritó Bonnie aplaudiendo—. Ponlo en su sitio.

—Nadie sale de Garden House. —Henry se levantó de la mesa, envolvió el

periódico, el cual puso bajo el brazo, y se retiró haciendo una inclinación a la tía Gloria, quién seguía tomando su desayuno sin inmutarse por la discusión entre los jóvenes.

—¿Escucharon lo que me dijo? —preguntó Alexandra con cara de sorpresa cuando Henry salió del comedor.

—Sí —respondió Bonnie—. Qué feo.

—¡Esto es colmo! —exclamó Alexandra, aún sorprendida y con los puños a los lados de su caderas—. Me dejó con la palabra en la boca, ¿a dónde fue?

—A la biblioteca. —Sonrió Bonnie, levantó el dedo índice y señaló—. La segunda puerta blanca de la derecha.

Bonnie y tía Gloria se quedaron por un largo momento en silencio, viendo a Alexandra seguir a Henry.

—Es bonita —habló, primero, Bonnie.

—E inteligente —agregó tía Gloria.

—Y graciosa.

A lo lejos se escucharon los gritos de Henry y Alexandra.

—Ummm —exclamaron ambas y se miraron sonrientes.

—Bonnie, trae mi libreta de apuntes, tenemos mucho trabajo.

Querida Violet:

Día 7 en el SS Adriática. Una semana de viaje y creo que mataré a tu amigo Alexander. Qué hombre tan insoportable. Sí, sé que soy un poco exigente en gustos. Pero él tiene que considerar de dónde vengo. Quiere que lave mi propia ropa. Le dije que contrate a una mucama para que limpie la habitación y lave la ropa, y que necesito una doncella para que me ayude en mis quehaceres. Soltó una carcajada tan fuerte que me retumbó todo el día en los oídos. ¿Cómo se me ocurrió tal disparate? Me llevó a cubierta y me enseñó cómo lavaría mi ropa. Hasta quiere que cocine, a lo cual me he negado de manera rotunda, tengo miedo al fuego... Hoy me amenazó que sería la última vez que cocinaría para mí. Y si no aprendo pronto, llegaré a América disecada de hambre. Bueno, en algo tiene razón, en América viviré

sola, y tengo que destinar el dinero a cosas útiles, no a contratar sirvientes, habrá que aprender. «Ivanna no tiene miedo a nada». Sí, ya lo decidí, me quedo con el nombre de Ivanna. No me gusta Gertrudis, me trae muy malos recuerdos. Al principio renegué por el nombre que Alex me dio. Hasta le dije que era de mucama rusa. Cuando me dijo que era el de su mamá, casi muero de vergüenza. Pensé que cuando llegara a Nueva York me lo cambiaría. Pero lo conservaré, me gusta. Tengo dos cortes en los pulgares tratando de cortar una cebolla. Qué inútil soy, jamás en vida he entrado a una cocina. Creo que llegaré a un acuerdo con Alexander, si él me cocina, yo le lavaré su ropa. El camarote es pequeño, me siento en una ratonera, pero tengo temor de salir a cubierta, me dan náuseas de pensar que alguien me reconozca. Aunque estamos en segunda clase, es poco probable que las amistades inglesas de nuestro círculo social viajen así, pero uno nunca sabe. ¿Amistades? Repaso las caras de esas personas llamadas amistades y no existe ninguna a la que pueda llamar así. Si alguno me reconociera, de seguro me entregaría de inmediato al marqués para congraciarse con él. En qué mundo tan frívolo y lleno de hipocresía he vivido. Le conté a alguna supuesta amiga mi desgraciada vida con el marqués, esta soltó una risa tonta y me dijo que esos temas no eran propios de conversar entre mujeres decentemente casadas. Otra amiga me aconsejó conseguir un amante joven, como era su caso, para sobrellevar mejor el matrimonio. Qué locura, qué infierno. ¡Basta de cosas tristes!, me he prometido a mí misma dar vuelta a la página y cada día retarme a ser una mejor persona. En América, voy a dedicarme a viajar. A estudiar y trabajar. Estarás muy orgullosa de mí, verdadera y única amiga.

Gracias.

Te quiere,

Ivanna

Querida Ivanna:

Qué difícil es ser madre. Y Randolph es un completo torbellino. Sí, mi segundo hijo se llama Randolph. Antes que te espantes, como fue la primera

reacción de Ian, déjame explicarte mis razones: después de mucho meditar, supe que ese era el nombre de mi hijo. Así como Henry es el nombre de mi abuelo, mi afecto masculino más cercano y es un honor mantener ese nombre en la familia, Randolph es la única familia que Ian conoció, su gran afecto, la persona más querida, por lo menos en una parte importante de su vida. Sé que era un hombre que hizo mucho daño, pero ahí está el asunto, este Randolph, nuestro hijo, criado con tanto amor, será fuente de alegrías como el otro fue de tristezas, será de vida como el otro fue de muerte. Quizá hasta llegue a salvar muchas personas, será un gran doctor que descubrirá una vacuna importante, o qué será lo que le destine la vida, pero será un hombre muy bueno, estoy segura de ello. Es así que, después de mucho insistir y de hacerlo comprender, Ian aceptó. Ahora pronunciará ese nombre: Randolph, con amor, con cariño, no será un nombre que le traiga malos recuerdos. ¿Ves cómo tenía lógica mi decisión? Espero que tú también la aceptes.

Bueno, te cuento cómo van mis primeras semanas como madre, una palabra para resumirlas: agotadoras. Randolph es un niño muy inquieto, solo los tres primeros días que llegó a casa estuvo tranquilo, porque apenas amanecía tenía que sujetarme de mi mano y no me soltaba ni para comer, solo para dormir. Con mucho esfuerzo logré hacerle ver que no me iría a ningún lado, hasta que lo entendió. Ahora soy yo la que lo persigue por cada rincón de la casa. Todo quiere descubrir, saltar, correr y saber cuánto resisten los objetos que toma en sus manos. Va rompiendo no sé cuánto floreros y jarrones chinos. Si mister Patrick (nuestro decorador francés) viera como está mi casa, moriría de un infarto, pero a mí, lo que más preocupa es su seguridad, le he puesto un cascabel en sus botines para saber dónde está, y desde que casi se trae una repisa abajo buscando dulces, Ian ha mandado atornillar todo estante y poner toda cristalería fuera de su alcance. La seguridad antes que la belleza. Así estoy todo el día corriendo tras él, librándolo de golpearse o caerse y de hacer travesuras. Dicen los Alfreds que yo también era una niña muy inquieta, pero no creo que tanto.

Termina el día después de darle un baño antes de acostarse. A mi Randolph no le gusta bañarse, lo tenemos que sujetar entre los Alfreds, la señora Holms, Ian y yo. Todos juntos y a la vez. Salimos todos mojados y él, muerto de risa. Luego duerme como un ángel. Son las horas en que hay silencio y tranquilidad. Ahora, sobre mi Henry, si Randolph me deja agotada físicamente, Henry me deja exhausta emocionalmente. Como te dije, es un niño muy silencioso, retraído y muy tímido, siempre está en lo rincones observando lo que hace su hermano, pero no habla. Cuando quiere dirigirse a mí, me dice señora Townsend y a Ian, señor Townsend, lo corregí un par de veces, pero Ian dice que lo mejor es no forzarlo. Ian es otro, esto de la paternidad lo tiene tan asustado como a Henry, no sabe cómo acercarse a su hijo mayor. Con Randolph, como te dije, no hay problema, lo llamó papá desde el primer día, lo besa, lo abraza, le hace bromas. Son padre e hijo, pero con Henry es diferente, Ian tiene temor de acercársele. Le habla poco. Ya estoy empezando a desesperarme. Pero es también un niño de una mirada muy tierna. Además es muy independiente, se baña solo y se viste solo. Come todo lo que le pones en el plato, nunca pide nada. Y tiene muy buenos modales. Todo agradece, demasiado. Helen está encantada con mis hijos, les ha traído un guarda ropa completo para cada uno. Lo que más le ha gustado a Henry son sus botines nuevos, hasta el primer día durmió con ellos al pie de su almohada. Pidió dormir con Randolph en el mismo cuarto a pesar de que la casa es tan grande y cuartos es lo que sobra, accedí, pero desde que Randolph ha cogido la costumbre de pasarse a mi cama, duerme solo. Dejo la puerta de mi cuarto abierta y sé que Henry se levanta por lo menos una vez en la noche a ver su hermano. Viéndolos bien, no se parecen mucho el uno al otro. Mientras Henry es espigado, de cabello rubio, pálido y de ojos grises, Randolph es un niño muy robusto para su edad, será muy corpulento de grande, tiene pelo rojo y ojos azules redondos. Ian cree que no son hermanos, es posible que se conocieran en el anterior hospicio y que, cuando huyó, Henry tomó al primer niño que pudo salvar. Hablo mucho con Henry, le estoy enseñando de las plantas, quiero que aprenda a leer, pero cómo puedo entablar relación si él no habla. Voy a intentar que Ian sea quien

se le acerque...

Te quiere, Violet.

—Es necesario. No puede andar con ropas de varón.

Tía Gloria había ordenado, porque tía Gloria no sugería o pedía algo nunca, solo ordenaba, que Henry acompañase a su prima Alexandra a la modista de la familia para que le confeccionase unos cuantos vestidos, aunque ella se opuso, puesto que no era la ropa que le gustaba usar, «solo uso pantalones, tía». Henry opinó que no lo necesitaba, ya que no saldría de Garden House, en ese momento comenzó otra vez la discusión entre los jóvenes. Hasta que la tía, haciendo un gesto de aburrimento, les ordenó callar.

—Si sale o no de Garden House no importa —habló acomodándose sus caídas gafas—. Para mí, que soy la persona mayor de esta casa, me resulta extraño verla en esas ropas de varón.

—Tía Gloria —dijo Alexandra—, así me gusta vestir, así estoy más cómoda.

—Y yo no tengo tiempo de llevarla a la modista —agregó Henry.

—Yo también quiero que me hagan pantalones —dijo Bonnie.

—No —respondieron Henry y tía Gloria al mismo tiempo.

—Tía, yo te agradezco, pero Henry tiene razón, donde voy a ir —y recalcó la palabra *ir* mirándolo fijamente—, a las reuniones con mis amigas sufragistas, a ellas no les importa que esté en pantalones, y además, tía Gloria...

—En América, en tu casa, vistes como te plazca. En Londres, en Garden House, vestirás como una dama.

—Los vestidos de mis hermanas —habló Henry en un último intento.

—No, Grace y Amy son más bajas. En un vestido de Katherine entrarían dos Alexandra. De mi mamá menos, yo ya soy más alta que ella —dijo, sonriendo, la niña.

—Bonnie, alístate, acompañarás a Henry a comprarle ropa a tu prima.

—Todavía está convaleciente.

—Henry —repuso tía Gloria muy cortante—, ustedes no pueden ir solos. Bonnie ya no está enferma.

—El doctor Gervais dijo...

—El doctor Gervais —lo interrumpió la tía— es un payaso que actúa como doctor, no hay que creerle nunca nada.

—Estoy ocupado, tía. —Pero en ese momento su tía comenzó a toser—. Está bien. —Salió presuroso del comedor y llamó al cochero para que estuviera listo.

—¿Está usted enferma, tía Gloria? —preguntó Alexandra preocupada.

—No —habló la tía como si le sorprendiera la pregunta—, yo nunca me enfermo.

—Cuando quieras algo de Henry —sonrió Bonnie—, finge estar enferma, nunca falla.

Querida Violet:

13 días de travesía en este barco. Cuento los días con palitos en la pared, como presa. Y de alguna manera lo estoy, tengo miedo de salir del camarote. Alexander dice que estoy muy pálida, que debo salir con él a dar unos paseos en cubierta. Pero tengo terror de que alguien me reconozca, quizás la próxima semana, y los mareos no se me van. Comprendo a Ian y su terror a los viajes en barco, vomito por lo menos tres veces al día. Alex me mantiene a punta de sopas y pan, que es lo único que tolero. Llegamos a un acuerdo, él me cocina y yo lavo su ropa. Soy buena en eso, aprendí muy rápido y me relaja, ya sé pelear con las otras mujeres por la ración de agua. Aparte, me dedico a mantener la habitación limpia. Alexander es un hombre muy desordenado. Tiene cantidad de papeles, libros y anotaciones. Escribe todos los días por lo menos unas dos horas, dice que son disertaciones o estudios sobre la defensa de los derechos civiles. Cuando no encuentra alguna anotación, revuelve todo. Una tarde lo sorprendí, harta de tanta papelería, los ordené y clasifiqué por tema, los puse en sobres e hice pequeñas anotaciones sobre el tema. Les daba una lectura rápida y los catalogaba. Le he acomodado también un escritorio improvisado. Al

principio se molestó que hubiese metido mano a sus escritos, pero luego quedó gratamente sorprendido de lo bien organizado que estaban sus papeles. Con tal de mantener el orden de las cosas, hasta me dijo que sería buena secretaria. Eso me hizo pensar que tengo que encontrar un oficio. ¿Qué voy hacer en América? El dinero que me regalaste no me durará para siempre. ¿Secretaria? Podría ser. Me gusta organizar las cosas, tener todo en orden, leo rápido, sé francés, algo de alemán y con Alex estoy aprendiendo ruso. Para que tengas una idea de cómo me aburro, le pido que me hable en ruso y trato de entender. Estoy leyendo mucho, había olvidado ese bonito hábito, tan concentrada en tonterías que estaba. Los libros de Alexander me están ayudando a sobrellevar esta travesía. También estoy aprendiendo a mecanografiar. Al principio odiaba el tac, tac de la máquina, pero ahora estoy cómoda. Ayer transcribí una hoja entera de unos manuscritos de él. Creo que seré secretaria.

Gracias, tu amiga Ivanna

P.D.: Cuando revises mis cartas, que te he escrito desde el barco, por favor, léelas en orden. Para que veas la evolución de mis ideas y sentimientos. Y cómo he cambiado, espero que para bien.

Querida Ivanna:

Nunca me molestaría contigo porque me dices la verdad. Soy ama de casa y me gusta, no deseo trabajar fuera de Garden House. Ian me dice que retome el negocio de las florerías, si así lo deseo, pero yo ya encontré mi vocación y amo la vida que llevo. Violet Townsend, como dice él, solo hace lo que en verdad desea. No cuestiono la tuya de ninguna manera, desarróllate en tu profesión y sé feliz en lo que haces, yo como tu amiga estoy orgullosa de ti y la encomiable labor que haces. Bueno, te cuento un pequeño avance con Henry, me había dado cuenta de que él comía de todo, pero en especial las carnes rojas, lo hacía muy rápido, después, el resto de comida. Ian se dio cuenta primero, a solas, le dijo si la carne no le gustaba porque lo había visto haciendo un gesto de repulsión y luego de cada bocado tomaba mucho líquido. Entonces mi pequeño le contó que en el

anterior hospicio, una vez, pidió carne porque había visto al regente comerla, y si le podía dar una porción. Este malvado hombre trajo un pedazo de carne cruda y lo obligó a comer a la fuerza, por haber tenido el atrevimiento de pedir. Pobre mi hijito, desde ahí le tiene asco a la carne, y yo hasta haciéndolo repetir la ración. Le he hablado mucho, lo he convencido de que él no tiene que comer nada que no le guste, que yo no me molestaré nunca por esas cosas. Un avance es que tiene mayor afinidad con Ian, es él quien tiene que acercarse, será porque son muy parecidos de carácter, más fríos e inexpresivos, se entienden mejor. En cambio Randolph y yo nos parecemos más. La última de Randolph, agarró las barandas de la escalera principal como resbaladera, y en una de esas se le cruza el Alfred de Henry, casi mata a mi pobre viejo. Mi hijo castigado una vez más sin postre. Ian, apenas llega de la fábrica, lo primero que pregunta es por la nueva travesura de Randolph y, cuando le cuento, arruga la frente, pero a los segundos pega una de sus escandalosas carcajadas. Helen dice que somos unos padres muy condescendientes, mira quién habla, la que todos los días les compra trajes nuevos. German también está encantado con los niños. Un secreto, creo que ellos están en amores, primero eran saliditas al parque, pero ahora último los dos se ponen serios cuando están cerca, se miran y luego se sonríen como jovenzuelos. Sería tan feliz si estuvieran juntos. Ella es un poco mayor, pero solo unos cuantos años y hacen tan bonita pareja. Mi adorada Helen sufrió mucho con los hombres que se han cruzado en su vida, los dos primeros esposos, especialmente del que se divorció, eran del club de ese horrible marqués que conocimos. Helen fue muy valiente para separarse de ese hombre, no le importó el escándalo. Aunque este malvado se quedó con todo su dinero, siempre me dice que, con creces, le salió barato. Le está yendo muy bien en su negocio de organizar fiestas para ricos y como consultora de protocolos. Toda debutante que se respete en Londres requiere de sus servicios. Los nuevos ricos solicitan sus servicios para que enseñe a sus hijas a desenvolverse en sociedad. Me pone de ejemplo, si pudo conmigo... Estoy muy feliz por ella, German es más bueno que el pan, es hijo de una familia irlandesa católica muy

conservadora, cuando sepan sus padres que sale con una mujer mayor, divorciada y anglicana, no quiero ni imaginar su reacción. Por la forma como él mira a Helen, creo que su familia tendrá poco que opinar.

Las invitaciones para fiestas y reuniones de la alta sociedad han disminuido para nosotros, Helen dice que es porque ya yo no soy más sociable, pero con mis hijos no tengo tiempo ni ganas. Creo que no les ha gustado mucho a los nobles la idea de nuestros hijos adoptados. Lo siento por Ian, porque él quería ser un miembro respetable de la sociedad inglesa, era su meta, para tener influencia en el campo de la política y lograr reformas sociales en las clases más pobres, sobre todo lo que beneficie a niños indefensos. Pobre esposo mío, pero cuando lo veo reír de las diabluras de Randolph y mirar con tanto cariño a nuestro Henry, siento que está muy feliz como padre. Jean Paul y Vespasiano están entrando fuerte a la política, dice Ian que a través de ellos podrán llevarse a cabo muchas cosas buenas para este país. Cambio de planes, solo seguir donde el viento nos lleve.

Un beso grande,

Violet.

El Atelier de *madame* Diana era bellissimo, hasta una muchacha como Alexandra, a quien esas cosas de moda y vestidos de diseñador le eran ajenas, se quedó sorprendida del lujo de las telas, de los hermosos diseños y de la pasarela en el centro de la sala, donde bonitas mujeres desfilaban los vestidos para las clientes. Una mujer francesa, íntima amiga de la condesa Helen y propietaria del lugar, recibió al conde Henry de Hamilton con una exagerada cortesía para el gusto de Alexandra y, sobre todo, de la pequeña Bonnie, hasta había dejado de atender a otras personas para ponerse exclusivamente a disposición del conde. Una vez que le informó lo que necesitaba, ella pidió que una asistente llevara a Alexandra a otro ambiente para que le tomaran algunas medidas y buscó conversación con el joven, quien respondió con monosílabos y ademanes de cabeza, hasta que la madura mujer entendió el mensaje y se retiró no sin antes deslizar una coqueta sonrisa.

—Todas las mujeres hacen lo mismo —habló Bonnie, quién imitó los

gestos de la madura dama, a Alexandra mientras observaban a lo lejos a la madura mujer que coqueteaba con su hermano—. Se le avientan a Henry como si fuera él un caramelo.

—Es muy guapo —dijo Alexandra sonriendo—, no debe extrañarte.

—¡Esa mujer puede ser su mamá! —exclamó Bonnie—. Me da rabia.

—Eres una hermana muy celosa.

—Solo con Henry. Randolph y Josué no me traen esos problemas. Pero en Henry siempre se fijan las equivocadas. —Y de nuevo imitó a la mujer y su coqueta sonrisa.

—Bonnie —dijo Alexandra una vez que le tomaran las medidas y, acercándose a Henry, tomó asiento a su lado—, en casa siempre uso pantalones y camisas blancas. Mamá y mis hermanas no somos muy adictas a las compras. Podrías buscarme algo apropiado para andar por Garden House y no irritar a tía Gloria.

—Sí, claro —contestó la niña emocionada—. Aunque Amy es la que más sabe de vestidos, yo también soy buena, sé lo que está de moda.

—Algo sencillo estaría bien.

—¡Cuellos de plumas! —respondió Bonnie—. Yo me compraré uno también.

—Tienes demasiada ropa —acotó Henry—. ¿Qué dijo mamá?

—Nada de compras. Está bien.

En ese momento, Henry y Alexandra comenzaron a observar, divertidos, a Bonnie que perseguía y atormentaba a las vendedoras

—Es encantadora —observó ella sin parar de sonreír

—Sí —repuso Henry, también riendo—, lo malo es que lo sabe.

Bonnie recorría impaciente la tienda, poniendo en el regazo de Alexandra estolas, guantes y sombreros. Mientras ella conversaba con Henry sobre los movimientos sufragistas, vio el precio de una estola y se quedó espantada.

—¿Es una broma? —le preguntó a Henry—. Al cambio, con esto podría comprarme hasta tres abrigos de invierno. ¡Es un absurdo!

—Se justifican con la palabra exclusividad.

—Henry, no, de ninguna manera, solo un vestido para que no se incomode tía Gloria con mi presencia. Pero en otra tienda, algo que pueda pagar.

—Eres nuestra invitada, yo pago. Además, dale el gusto a Bonnie, que está escogiendo. Además, a nosotros nos dan un buen precio. Desde que Amy decidió ir a los bailes de debutantes, ella impone la moda en Londres. Hace sus propios diseños, se los vende a la dueña, los luce en un baile y al día siguiente este sitio se llena de muchas debutantes seguidoras de mi hermana. Amy está haciendo una pequeña fortuna y da de ganar mucho a este negocio.

—Henry, es mi paga de todo un mes —habló Alexandra sin dejar de mirar, asustada, la estola.

—¿Sigues trabajando en el juzgado?

—Pedí vacaciones para poder realizar este viaje.

—La primera mujer en ser recibida en la corte.

—Como asistente del asistente, con un pago insignificante con el que ni siquiera podría pagar esto. —Con la estola en la mano le preguntó—. Por cierto, ¿qué cosa es? ¿Parece un animal muerto?

—Se lo ponen sobre los hombros, y sí, es un animal muerto.

—¡Oh, Dios! —Alexandra hizo una mueca de repulsión y lo arrojó lejos—. Pobrecito.

—Te pareces a mi madre. —Henry reía divertido de su expresión—. También odia estas cosas. Pero a Bonnie le encantan —habló señalando a su hermana—. Y sí, es la mitad de buena en esto que Amy. Ponte cómoda, tenemos para rato. Ellas dos son quienes escogen las vestimentas de mi madre, de Katy y de Grace. —Henry hizo una pausa cuando mencionó el nombre de la última.

—Yo hubiese hecho lo mismo —le dijo Alexandra—. Tu hermana Grace fue muy valiente.

—Olvidaba que ustedes saben todo de mi familia.

—Como ustedes de la mía. Mamá dice que si no escribiera su carta

semanal a la tía Violet, ya se hubiese vuelto loca.

—Igual mamá. Se quieren mucho.

—Sí, y estoy muy orgullosa de Grace, le escribí para decírselo, de Katy también por la manera como sobrellevó el escándalo de los periódicos. Yo le redacté la carta que envió al diario como respuesta, hizo lo correcto. Al igual que Amy.

—También me siento orgulloso por la decisión valiente de Grace, y aunque fue una locura lo que hizo Katherine, también le doy la razón. Pero lo de Amy es diferente.

—¿Porque Julian es tu mejor amigo?

—No. Porque, a diferencia del de Grace, él sí ama a Amy.

—Ummm. No lo sé.

—Amy es tan orgullosa. ¿Les contó mamá que Julian le llevó serenata con media docena de músicos?, ¿y que este se cayó encima de ellos tratando de trepar por la ventana de mi hermana? —Comenzó, entonces, Henry a contarle a Alexandra todas las locuras desesperadas que Julian había hecho por que lo perdonen. Comenzaron a reírse mucho. Cuando Henry tomaba confianza, al igual que Violet, podía tener una charla muy divertida. A cierta distancia y escondida tras un montón de vestidos, una niña observaba con satisfacción.

Querida Violet:

Dieciséis días de travesía, las náuseas no se me van, ya le preocupan a Alex, que ayer me llevó a pasear en cubierta. Me puse un pañuelo en la cabeza, el que intercambié con una señora rusa por unas botellas de colonia de él, a quien he prohibido que las use, son muy fuertes y me provocan más náuseas. También me puse vestido con delantal, dijo Alex que parezco una auténtica doncella rusa (Горничная, él me ayudó a escribirlo, el ruso es un idioma muy difícil). La caminata fue muy agradable, me presentó a sus paisanos rusos. Si vieras esto con mis ojos Violet, es impresionante. Seremos por lo menos una mil personas, solo en segunda clase. Es una mezcla de idiomas, colores y olores. Hay ingleses, portugueses, franceses, alemanes,

muchos irlandeses e italianos. Nosotros, los rusos católicos (no yo, pero como aparento ser esposa de Alex) somos los menos. Son gente muy agradable. En la tarde, cada comunidad hace tertulias alrededor de sus instrumentos musicales, cantan y bailan canciones de su tierra. ¿Qué hace a una persona dejar todo atrás?, dejar la tierra que tanto ama y, aún sin haber llegado a tu lugar de destino, ya añoras la patria que dejas. Soy una de ellas. La respuesta es el miedo, el miedo al hambre, a las guerras, a las enfermedades, a un esposo malvado.. La esperanza de pisar una nueva tierra, de empezar de nuevo. Miles de personas haciendo planes que en América su futuro será diferente. Miedo y esperanza. Muchos de ellos viajan con sus familias completas, padres, hijos, abuelos, hasta animales domésticos. Hay otros, como yo, que están solos, los reconozco porque son los que más miedo tienen en la mirada. El paseo me puso muy melancólica. Alex se preocupa mucho por mí. Me refugio en la lectura. Estoy aprendiendo mucho de derecho al traspasar y catalogar sus escritos. De verdad me distrae y me conmueve. Cuan injusta es la vida. La abolición en América no ha hecho que los negros tengan igualdad con los blancos, las diferencias son muy grandes. Alexander dice que pasarán décadas hasta que todo sea distinto. Es horrible. Ayer terminé una novela llamada La cabaña del tío Tom. Lloré mucho, cuando Alex me preguntó por qué, no supe qué decirle, tuve pena por el protagonista, pero también tuve pena de mí, he comprendido qué papel jugué en mi sociedad, ¿qué fui para mi padre?, una mercancía, intercambiable, vendida, usada. Hablamos hasta la madrugada, de cosas que ni a ti te he contado, pero tuve necesidad de hablar. Qué tonta fui en no darme cuenta, ¿cómo un padre que tenía que amarme y protegerme pudo venderme...? No quiero pensar más en eso, como dice Alexander, solo el futuro importa. Estoy dándole muchas ganas a escribir a máquina. Me sirve de mucho el tener los dedos largos y los años que estudié piano. Ayer le gané a Alex, con reloj en mano, escribí una carta de trescientas palabras. Algo me alegró la tarde. No, estoy feliz, tengo esperanzas.

Te agradezco por todo, amiga Violet.

Querida Ivanna:

Mi Randolph se indigestó. Tiene razón Ian, nada de dulces en esta casa. Mi pequeño hijo encuentra los dulces y se los devora todos. Hemos tenido al doctor Gervais entrando y saliendo de la casa. También por Josué, ¡oh, no te conté!, tengo otro hijo. A las cuatro de la mañana oí el llanto de un bebé, es muy extraño porque solo yo lo escuché y desde mis habitaciones, ni Ian lo oyó. Mi pobre hijito me llamaba a mí. Me puse una bata, seguí los sollozos, que me llevaron a la puerta principal, y ahí estaba él, mi Josué, en una canasta, envuelto en unas sábanas muy sucias, no sé exactamente cuantos meses tenga, está muy flaquito, pero estimo que no tendrá ni diez meses. En el cesto había una nota con una torpe caligrafía que decía «Josué». Supongo que alguna pobre madre supo que habíamos adoptado niños y lo dejó. Hicimos averiguaciones entre los vecinos o campesinos pobres de los alrededores, pero nada. Ya es mío. Cuando dejaron a mi hijito en la puerta de Garden House, estaba muy afiebrado y se iba en diarreas. Llamamos al doctor Gervais, quien lo ha salvado a punta de tónicos y baños con agua muy fría. Estaba muy enfermo, seguro que por eso la pobre madre lo dejó con nosotros, para que lo pudiéramos salvar. Nosotros no, sino el doctor Gervais, hemos encontrado en él un ángel, lo habíamos contratado para atender a los niños del orfanato, aunque, según sé, no necesita para nada el trabajo, puesto que es noble y muy rico, pero ama su profesión, sobre todo, cuidar a los niños, ahora es médico permanente de mis hijos. Entre Josué y la indigesta de Randolph creo que le tendré una habitación en la casa. Quizás la llegada de mi nuevo hijo le dio aprensión a Henry, porque lo ha vuelto más callado, aún más retraído. Yo le dije —aunque Ian me dijo que no lo hiciera, pero igual lo hice— que no temiera, que así tuviera 20 hijos más, mi amor por el no disminuiría, que siempre sería mi hijo mayor y el primero que me robó el corazón. Algún día lo entenderá, eso espero.

Confirmé mis sospechas, ayer vi a Helen y German, estaban jugando con Josué y Randolph en la glorieta. Cuando creían que nadie los veía, German besó la mejilla de la condesa y se quedaron con las manos entrelazadas un

buen rato. He notado que Helen está más radiante, sonríe más seguido, con una sonrisa más franca. German también está cada día más acicalado. Tiene que estar a la altura de una condesa que es muy bella y tiene muchos pretendientes. Algunos, como dice ella, la buscan por la novedad o el morbo, pero no todos, estoy segura de ello. Helen es muy hermosa y encantadora. Se respira el amor en Garden House.

Besos y muchos abrazos.

Tengo que ver a mis hijos. Ya se acabó la siesta.

Violet

—¿Dónde está Alexandra?

Henry se dio cuenta de que la pregunta resultó demasiado ansiosa, unida al hecho de que era muy raro verlo por la casa a esa hora del día, puesto que siempre se quejaba de que había mucho trabajo en la oficina. Pero desde la llegada de la prima estaba tomando la costumbre de no saltarse ninguna comida en casa. Pero, al parecer, las dos personas que jugaban ajedrez tan entretenidamente en la terraza no se percataron.

—Hola, Henry, a mí también me da gusto verte —habló la tía Gloria sin levantar la vista del tablero.

—Perdón, tía. Buenas tardes, doctor Gervais

—Hola, hijo —contestó el doctor levantando una mano, pero no la vista del juego.

—Alexandra se fue a pasear con Bonnie. No, no fuera de Garden House, nadie te ha desobedecido. Estuvieron montando a caballo, luego le estuvo enseñando ese juego de los americanos con un palo y la pelota, y de ahí se fueron al río a refrescarse.

—Por fin alguien con la energía suficiente para seguirle el paso a Bonnie. Sonriendo, el doctor Gervais agregó—: Jaque.

—Eso me gusta de los americanos, son muy deportistas. Me como tu caballo, por burro.

—Vieja bruja. Ya deberían estar de vuelta. Tengo hambre, ¿qué hay para

almorzar?

—Comida —dijo tía Gloria—. Sí, ya deberían estar de regreso. Mira. ¡Ahí están!

Henry, en ese momento, se arrepintió de la compra de los vestidos, porque si los pantalones eran muy provocativos, un vestido mojado pegado a la espigada joven de curvas pronunciadas lo dejó sin habla, también por el hecho de que llegó muy sonrojada, con el pecho que subía y bajaba por la agitación, pero, sobre todo, por su sonrisa encantadora.

—Disculpen la demora —Detrás de ella, Bonnie venía muy contenta, mojada de pies a cabeza.

—¡Nos caímos al río! —exclamó la niña—. Alexandra nada tan bien como Randolph.

—Voy a cambiarme de ropa, ya regreso. —Henry dio media vuelta y se marchó a su habitación.

—Nosotras también. Vamos, Bonnie, a ver quién se cambia más rápido.

—Que gracioso —habló el doctor una vez que los jóvenes se retiraron, sin levantar la vista del tablero y frotando su mentón—, ellas llegaron mojadas del río, pero Henry tuvo la urgencia de irse a cambiar de ropa. Me como tu torre.

—Sí, todo está saliendo bien nunca me equivoco. Tu alfil.

—¿Qué tramas, bruja?

—Soy una dama, las damas nunca tramamos. Tu otro alfil.

—Las únicas damas que veo son las que están en el tablero. Y sea lo que sea que trames, esa imagen de la prima con el vestido mojado pegado al cuerpo perseguirá a Henry hasta el último día de su vida. Por cierto, ¿qué se sabe de la novia?

—Eliza está aún de viaje. Si tenemos suerte, regresa a Londres en un par de semanas más. La vieja bruja de la madre, esa sí es una verdadera bruja, «no quiere que su hija se vea envuelta en los escándalos de nuestra familia».

—Estúpidos.

—Es lo único bueno que se sacó de la desgracia de mi pobre Grace, que esos ridículos se alejaran por un tiempo y pospusieran el matrimonio. Por cierto, adefesio, tú eres amigo del padre de Eliza.

—Amigos... conocidos diría yo. Por Henry, lo ayudé a ser socio del club de caballeros al que llevaba años intentando entrar. Diría que me tiene en alta estima. ¿Qué necesitas?

—Tiempo.

—Le mandaré una nota al padre diciéndole que prolongue el viaje. ¿Por qué motivo?

—Dile que el escándalo aún está en boca de todos y que podrían comprometer a su hija y a sus negocios.

—¿Estás segura de que dará resultado?

—Tengo tantos años como casamentera como tú de médico, soy muy buena, aunque es una mala analogía porque eres un pésimo doctor y peor jugador de ajedrez. Jaque mate.

Querida Violet:

Día 18. Ayer fue un día terrible. Como todas las tardes, salimos a dar un paseo a cubierta, en una de esas, me quedo muy cerca de un grupo de irlandeses que estaban bailando y, en un descuido, me jalaron a bailar. Alex no se dio cuenta porque se detuvo a conversar con un paisano. Son gente simpática en verdad, comencé a bailar, y el hombre, a darme vueltas y vueltas por la pista, cuando, de repente, se escucharon unos gritos, y un tropel de gente vino detrás de un muchacho, creo que era un joven al que atraparon robando, se armó un gran alboroto. Gritos, empujones, peleas a puño limpio, en el alboroto perdí el rastro de Alex y terminé desorientada. Como te conté, este barco es inmenso, dividido en muchos compartimentos, no sabía dónde estaba. Es tan grande como peligroso. Por lo que me ha contado Alex, una mujer no puede estar caminando sola. Traté de dar con algún pasillo o algo que me recordara donde estaba mi camarote y, de repente, entré en un lugar que es como el límite entra la I y II clase, entonces veo a unos caballeros muy bien vestidos que indiscutiblemente

eran ingleses por su acento. Un terror muy grande se apoderó de mí. Se me helaron las manos, volteé desesperada para que no me vieran y me tropecé con un hombre muy alto. Luego no recuerdo más porque me desmayé. Desperté en el tóxico de primera clase, con un médico y ese señor con el que me tropecé, ambos me miraban muy angustiados. Me preguntaron en diferentes idiomas mi nombre, y yo actué con mucha inteligencia y respondí con algunas palabras en ruso. Solo repetía Alexander Romanov, esposa y el número de mi camarote. El doctor y el caballero, que se identificó como un noble belga, creyeron que en verdad era una mujer rusa, entonces, de manera muy gentil, me llevaron a mi camarote. Yo caminaba totalmente muda, para no comprometerme (debo darle más énfasis a mis clases de ruso). Encontré a Alexander desesperado, con sus paisanos había estado buscándome por todo sitio. Yo no hablé nada, apenas lo vi, lo abracé y repetí esposo para que el médico y el belga creyeran que estaba diciendo la verdad. Él les dio las gracias en inglés y ruso. Cuando Alex está nervioso o molesto, mezcla las palabras. Es muy gracioso. Le conté lo que había pasado. Ya van dos veces que me desmayo, a Alex no le gusta, pedirá una cita con el doctor para que me revise. No saldré del camarote por un par de días. Tengo miedo de que alguien me haya reconocido

Te escribo mañana.

Gracias, Ivanna.

Querida Ivanna:

Con Henry tengo avances y retrocesos. Como sabes, es muy callado, pero en la cena nos sorprendió a todos preguntando a Ian en qué trabajaba. Mi esposo se emocionó por la pregunta y, con mucho cariño, le explicó en qué consistía la fundición, luego lo llevó a la biblioteca a enseñarle diseños de trenes. Estuvimos muy contentos de ese acercamiento, pero al día siguiente, Randolph entró a la cocina corriendo y me dijo: «ven, mamá, pronto, vamos». Intrigada, lo seguí a las afueras del jardín, donde estaba Henry con un bolso en la mano que contenía sus botines nuevos. Muy molesto, le gritó a Randolph por qué me había traído, a lo que mi pequeño le respondió: «tú

dijiste que me podía llevar lo que más quisiera, yo la quiero a ella». Se quería fugar de casa. No dije nada, solo me lo quedé mirando con un nudo en la garganta. Henry se puso muy rojo y, muy molesto, entró de nuevo a casa. Ian ha puesto de nuevo vigilancia en las puertas exteriores. Qué tristeza, ahora debe sentirse más solo porque Randolph ya nos ve como sus padres y no nos dejará, nunca.

Aunque ahora último habla un poco más. Los abuelos, los Alfreds, se han encariñado ya con los chicos, les cuentan todos los días chistes nuevos o les cantan canciones de marineros. Son los momentos en que más lo veo reír a Henry, hasta se atrevió a contarnos un chiste a Ian y a mí. Comenzó muy bien, pero luego lo fue enredando todo hasta terminar en un murmullo, aun así, Ian rio tan fuerte que retumbó toda la casa, y mi Henry, muy colorado, se sintió feliz.

A los pocos días, salimos a dar un pequeño paseo. Como siempre, Randolph fue el centro de atención y de juegos, yo cargaba a Josué, como estuvo muy enfermo, está demasiado engreído, no me deja ni un instante, apenas lo dejo en brazos de otra persona, llora. Así que lo tengo que tener casi siempre en mi regazo. Henry, se queda aparte y ríe de las travesuras que Randolph le hace a Ian. Hacía mucho calor, entonces animé a Henry a que se quitara la camisa para que entrara al río junto con Ian y su hermano. No quiso, pero cuando le toqué la espalda, sentí unas protuberancias muy raras.

En la noche me ganó la curiosidad. Ya muy tarde, con Ian nos acercamos a la cama de Henry con una lamparita de mano. Levanté con mucho cuidado su camisa de dormir y lo que vi hizo que se helara mi sangre: pobre hijito mío, tenía enormes cicatrices que le cruzaban toda la espalda. ¿Qué monstruo pudo hacerle esto a un niño tan pequeño? Flagelarlo de tal manera. A Ian y a mí se nos llenaron los ojos de lágrimas. Estoy tan conmovida, volveré con aun más energía a hacer que Henry me quiera, salió de un infierno y convertiré su vida en el paraíso que todos los niños deben tener en su casa. Ian ha comenzado a hacer averiguaciones con nuestros amigos

Vespasiano y Jean Paul, del lugar donde le pudieron haber hecho esto. El culpable tendrá que pagar. Como que dejo de llamarme Violet que si el canalla o canallas que le hicieron esto a mi hijo no reciben su castigo... Estoy tan indignada. Cuando se lo conté a Helen y a la señora Holms, también lloraron conmigo. ¿En qué clase de mundo vivimos, cómo un ser que dice llamarse humano puede ensañarse así con un niño? Por eso no quería que lo bañáramos, o ir al río. Tiene vergüenza de sus cicatrices. Randolph no tiene esas marcas. Pero mi Henry... Estoy muy triste. Para terminar de entristecerme, el otro día estaba viendo a Ian jugar con Josué, darle de saltos en sus brazos. Está tan hermoso, ha subido de peso, se le están redondeando las mejillas, cuando, de repente, una espina atravesó mi corazón, ¿y si la verdadera madre de mi hijo regresa por él? Lo dejó en mi casa porque estaba enfermo, para salvarle la vida, pero ahora está bien. No he podido dormir dos noches seguidas con esa idea. Ian me dice que no me preocupe, que ya van tres meses desde que lo dejaron en la puerta de la casa, pero si un día lo reclaman, no podría separar a una madre de su hijo, entonces, ¿cómo quedaría yo? No es el caso de Henry y Randolph, porque han pasado de un orfanato a otro. Pero de Josué, la madre sabe dónde lo dejó, quién lo tiene... Ian me consuela, me dice que quizás también es huérfano, pero no sé, tengo el presentimiento de que la madre vive y que ella misma lo dejó con nosotros. Mi esposo también se preocupa, disimula por no angustiarme aún más, está acelerando los papeles en el juzgado, son documentos especiales, porque aunque parezca absurdo en nuestro país las leyes de adopción son muy vagas, casi inexistentes. Pero con papeles y todo, si la madre se apareciera, tendría que entregárselo. Viviré con esa zozobra por el resto de mi vida.

Te quiero mucho.

Violet

—Henry, ¿qué está haciendo Bonnie?

Los jóvenes estaban discutiendo, para variar, sobre una reunión que Alexandra tendría con sus amigas sufragistas, y puesto que no podía salir de

casa, le pareció oportuno invitarlas a Garden House. Henry dio una risotada como respuesta, a lo que Alexandra, en su marcado acento norteamericano, respondió con una serie de improperios. En esa diatriba se desconcentró al ver a Bonnie que, en los rincones de los aparadores, ponía caramelos antes de darles un beso.

—¿Henry, qué está haciendo Bonnie?

—Es para los Alfreds.

—¿Tus abuelos muertos hace tres años?

—Sí, dice que los ha visto buscando dulces y se los deja por si acaso.

—¿Eso es normal? —preguntó Alexandra mirándola extrañada

—En Garden House, sí. Mamá dice que el bisabuelo Henry es quien se come los dulces de nata. —Levantando los hombros, agregó—: Son las excentricidades por las que esta familia es tan famosa en Londres.

—Pero tú no.

—No —respondió el secamente

—Voy a tener miedo de bajar de noche a tomar agua.

—¿Por qué temer? Fueron buenas personas vivos, ¿por qué van a ser malos estando muertos?

Alexandra se lo quedó mirando fijamente, con una gran sonrisa, hasta que Henry se dio cuenta lo que había dicho.

—Sí, está bien. También soy un Townsend. —Rio Henry, pero de repente se puso serio—. Espera, no te muevas —La tomó de los hombros y fijó la vista detrás de la muchacha.

—¿Qué pasa? —preguntó asustada—. ¿Qué ves?, ¿están ahí?

—Veo, veo... a una norteamericana muy ingenua. —Y soltó una carcajada.

—Tonto. —Le dio un manazo en el hombro—. Me diste un susto de muerte.

—Debiste ver tu cara.

—Gracioso. Sobre mi reunión...

—No.

—Esa vez que renunciaste a tu membresía del club porque no te dejaron

ingresar con tu amigo indio, me sentí muy orgullosa de ti. Pero me pregunto: ¿igual hubieses renunciado si no te dejaban ingresar con una mujer?

Henry, entonces, se quedó muy pensativo.

—Termino esta disertación, hermanas sufragistas, con las palabras de nuestra líder que no solo es inglesa, sino ya del mundo, Emmeline Pankhurst: «Las mujeres hemos despertado tarde, pero una vez decididas, nada en la tierra y nada en el cielo hará que las mujeres cedan; es imposible».

La reunión si se hizo en Garden House. Aparte de conseguir dos adeptas más, tía Gloria y Bonnie, consiguieron que el doctor Gervais, quien de forma generosa había intercedido para liberar a unas compañeras, se dirigiera a la audiencia y hablara sobre la *histeria femenina* (un primer ministro las había catalogado de ser solo eso: mujeres histéricas), definiéndola como un mito creado por los hombres para envilecer cualquier acto de rebeldía de la mujer, y luego les leyó un artículo de Jenny d'Hericourt que decía a la letra: «Es falso que la naturaleza hizo al hombre racional y a la mujer, emocional, y que son la educación y la moral las que los hicieron así». Después de su disertación, fue aplaudido y se le concedió el grado de consultor honorífico. Alexandra también habló de los avances que se estaban dando en Estados Unidos sobre la igualdad de derechos entre mujeres y varones, como los laborales, el acceso a los estudios universitarios, como era su caso, y, sobre todo, el trabajo que su madre llevaba haciendo por años para proteger a las inmigrantes pobres que llegaban al continente, «cuán difícil es ser pobre y extranjero, pero no más que ser pobre, extranjero y mujer». Gustó tanto su discurso, sobre todo a Henry, que las sufragistas consiguieron del conde de Hamilton un jugoso cheque para apoyar la causa.

Después de la reunión, y una vez que se marcharon las combativas sufragistas, se quedaron conversando los de la casa. Siendo siempre Bonnie centro de atención.

—Doctor, dígame a mi hermana Amy que a mí me quiere más.

—¿Y si me vota como a Julian? —le dijo el doctor riéndose.

—Pero tiene que aclararse esto. —Entonces Bonnie le explicó a Alexandra

que siempre, en esa casa, ella era la más querida, que las personas podían tener sus favoritos, como tía Gloria y Grace, el padre y Henry, la madre y Josué, Randolph y Katy, y el doctor y Amy.

—Pero, aun así, yo debo ser la más querida —dijo la niña—. Por ejemplo, así te cases con Henry y él te quiera mucho, siempre él me querrá más a mí.

Todos comenzaron a reír, hasta que Henry se fijó en Alexandra, ella se había puesto muy roja, había bajado la vista, alisando una arruga inexistente en su vestido. Henry se quedó serio, mirándola, y enrojeció también. El momento incómodo se cortó cuando tía Gloria llamó la atención a Bonnie por hablar tonterías, mandó a todos a dormir y a Gervais, sin mucha amabilidad, a su casa.

Querida Violet:

Día 20. Me peleé con Alex. Esta vez, no tuve nada de culpa. Resulta que el caballero belga con el que me tropecé el día de mi desmayo, se presentó con flores y a preguntar cómo estaba, en mi rudimentario ruso, le dije que bien, cuando, en eso, Alex regresa de cubierta y encuentra al caballero parado en la puerta de nuestro camarote hablando conmigo. El comportamiento de Alexander me dejó sorprendida, le gritó cosas horribles, como te conté, cuando está molesto o asustado, mezcla el ruso y el inglés, es muy gracioso, le preguntó al pobre hombre que si en sus país se acostumbraba llevar flores a las esposas de otros hombres, y si era así, que en su país no, y lo amenazó con romperle la cara si volvía a verlo cerca mío.

Cuando se fue, hasta ese momento, pensé que estaba actuando para alejarlo de mí, porque no queremos que nadie me reconozca, pero cerró la puerta de un tirón y su cólera continuó. Se paseó por el cuarto como un león enjaulado, hasta que le dije que se tranquilizara, que de seguro no me ha reconocido, que al ser belga, era probable que no... No me dejó terminar y comenzó a hablar en voz alta: «que se ha creído, claro, como seguro es millonario y noble, creía estar haciendo una gracia cortejando una mujer casada. Esos ricos no respetan nada, ni a una mujer casada o tu...». No terminó la frase porque vio la expresión de mi cara de indignación y furia,

que al instante me pidió perdón. No le hablé por horas. Él, dale y dale, pidiéndome perdón. En la madrugada, después de mucho llorar, ante él, me levanté la manga de mi antebrazo y le enseñé esa cicatriz que me hice cuando salí de casa del marqués, entonces le dije que cómo podía pensar eso de mí después de todo lo que me había pasado, de todo lo que había vivido, que si me creía capaz de forma voluntaria sería mercancía otra vez, que fuera tan sucia de fijarme en un hombre sin escrúpulos que, sabiéndome casada, me quería enamorar, si creía que no había cambiado. El pobre Alex me pidió perdón otras cien veces. Pero quiero hacerlo sufrir unas horas más.

Gracias, Violet, por escucharme. Necesito desahogarme de todas las cosas que me pasan y no sabes lo bien que me hace escribir estas cartas. Apenas llegue a tierra te las enviaré.

Te quiere, Ivanna.

Querida Ivanna:

Después de la tormenta viene la calma, y nunca dejes de confiar en Dios, a su manera y tomándose su tiempo arregla las cosas. Todo es cuestión de confiar, amar y rezar. El día de ayer tuvimos un susto de muerte, literalmente. Estaba en la cocina dando baños de agua fría a Josué porque de nuevo tuvo fiebre. La señora Holms es un ángel en estas cosas, no es nerviosa como yo y controla mejorar la situación. Además, no puedo tener al doctor Gervais todo el tiempo en casa. Estábamos en pleno baño cuando Randolph se me acerca con una tina pequeña. Que quería ir al río, que la tina sería su barco y él, un pirata. Con la llegada de Josué se ha vuelto aún más engreído, en un descuido de segundos, desaparece de mi vista. Sentí un golpe en el pecho y comencé a correr en dirección al río, he galopado como una yegua. En el trayecto me ven Ian y Henry, que venían de la fábrica, Ian me da el alcance, solo dije: «Randolph, río». Disparó más rápido que yo. Y pude ver como se lanzaba al río en el instante en que Randolph, batea en mano, se hundía en el agua. Fueron solo segundos, pero fueron los segundos más aterradores de mi vida, ni ese momento que tú sabes fue tan

angustiante. Dios se apiadó de mí y vi que Ian salía del agua con Randolph en brazos; Ian, pálido y mi hijito, gritando: «¡otra vez, papá!, ¡otra vez!». Ya en casa, todos temblando de miedo y Randolph, de frío, los cubrí con una manta, al pie de la chimenea. Era hora de imponerle su castigo. Mientras los Alfreds hablaban hasta de torturas chinas, Ian estaba muy serio, con las venas de su frente a punto de reventar. Yo sentencie: «dos semanas sin postre». De repente, escuché a Henry gritar: «¿Dos semanas sin postre?, ¿dos semanas sin postre?, pudo haber muerto, mira cómo estás tú, no paras de llorar, y papá está que no puede sostenerse en pie del miedo, ¿y solo dos semanas sin postre?, ¿estás loca?».

Me quedé anonadada, mi tierno y callado hijo, que solo habla en murmullos, se paró en medio de la sala para gritarme, rojo de cólera. Si Ian no lo interrumpe, hubiese seguido gritándome. «Basta, respeta a tu madre».

De repente todos confabularon contra mí. Los Alfreds decidieron que Henry tenía razón, al igual que Ian, que era yo muy blanda, y me quitaron la autoridad de los castigos. A partir de ese día el que da los castigos es el papá. A Randolph se le quitaron todos sus juguetes. Pasará una hora diaria mirando la pared por un mes. Tiene terminantemente prohibido pisar fuera de la casa sin algún adulto. Yo no puedo interceder por él. Después de una cena muy silenciosa, nos fuimos a dormir. Muy tarde, Ian me pasa la voz de que Henry estaba al pie de la puerta de nuestro dormitorio. Yo ya lo había visto, pero le hice una señal a Ian de que no interviniera.

De repente, Henry empezó a llamarme, primero bajito: «señora Townsend, lady Violet, señora Violet», hasta que lo dijo: «mamá». «Sí, hijo», respondí al instante. «Puedo dormir aquí, tengo miedo». Alcé la manta y mi Henry se acostó a mi lado. Le pregunté de qué tenía miedo y me dijo: «De perderlos». Le juré que jamás nos perdería y que no temiera porque estaba a salvo en Garden House.

Aunque Ian lo niega, lloró conmigo esa noche. Estoy tan feliz.

Te quiere,

Violet

P.D.: Saluda a Ivan de mi parte y dile que sí, estoy muy feliz, casada y enamorada de mi esposo. Le leo todas las cartas a Ian. Y no le hicieron mucha gracia las preguntas de tu cuñado. Pero a mí sí.

—Fue muy feo, Henry, tuve miedo.

La pequeña hermana, de forma silenciosa, había entrado a su oficina de la casa y se le apareció de la nada, lo que provocó un sobresalto en su hermano.

—Bonnie, un día me matarás de un susto.

—Tengo miedo.

—Tranquila, pequeña, ¿qué pasó? Ven. —Henry abrazó a su pequeña hermana con mucho cariño, y ella comenzó a contarle.

—Estábamos paseando en la calle con Alexandra. Sí, te desobedecimos, perdón, queríamos comprar sombreros que tía Gloria nos pidió y unos disfraces para mi próxima obra, cuando de repente un hombre se nos acercó, estaba muy sucio y olía mal. De la nada. jaloneó a Alexandra llamándola Gertrudis. Le dijo: «eres mi hermana Gertrudis, maldita perra. Siempre supe que no estabas muerta...», y otras palabras muy horribles. «Veinte años sin saber de ti» le gritó varias veces y la culpaba por la ruina de su padre y otras cosas que no entendí. Alexandra se asustó mucho, me puso detrás de ella y, en un descuido, pateó entre las piernas a ese terrible hombre. Ella me tomó de la mano y salimos corriendo. Me pidió que no te contara porque te ibas a preocupar, pero me dio miedo.

—Hiciste bien en contarme, pequeña.

Querida Violet:

Día 25. Hace días que no te escribo, cuando sepas la razón me comprenderás. La vida da unos giros inesperados, Dios dispone de los sucesos de una manera que no logro comprender. Los mareos se acentuaron y otra vez me desmayé. Como sea, Alex pagó por el médico destinado a primera clase para que viniera a verme, este me examinó y me dio la noticia: estoy embarazada. ¿Te puedes imaginar el impacto que tuvo en mí? Mientras el doctor felicitaba a Alex, yo me quedé petrificada, sin moverme,

respiraba sin sentir el aire. No reaccioné durante horas, presa del espanto. Alexander daba vueltas alrededor mío, tratando de tranquilizarme. Pero yo no podía hablar, ni moverme. En la madrugada, cuando él dormía, me dirigí a cubierta. Te lo confieso, amiga, tenía la intención de aventarme al mar para terminar con mi vida, ya me había sacado los zapatos y estaba cerca de la baranda cuando Alex me dijo: «Si saltas por esa borda, conociéndome como me conoces, sabes que saltaré detrás de ti. Y no sé nadar, moriremos los dos». Le creí, es tan tonto que sí era capaz de saltar detrás mío para salvarme. Se acercó lentamente y me abrazó con fuerza. «Saldremos de esto —me dijo al oído—, no estás sola». Me llevó al camarote y lloré toda la noche abrazada a él. Como una niña pequeña. Cómo explicarte mi desesperación, estoy embarazada y el padre solo puede ser Randolph. Tendré el hijo de un asesino. Fui su amante antes del secuestro fallido, el marqués había estado mucho tiempo de viaje, solo él puede ser el padre. Alex me ha hablado sin parar, me ha convencido de que no tengo que temer por quién sea el padre de mi hijo, que si yo crío este niño con amor, será un hombre bueno, que quien fue su padre no influiría en nada en su futuro, ahí estaba la prueba, cómo siendo Ian y Randolph hermanos, eran tan diferentes. Me dio mil argumentos a favor, todos irrefutables (en verdad es un excelente abogado), para que no tuviera miedo de mi propio hij... Ahora yo estoy convenciéndome de que será así, que este niño o niña que crece en mi vientre, si yo le doy todo el amor que mis padres no me dieron, que Randolph no tuvo, tendrá la oportunidad de ser un ser humano bueno. Tengo su destino en mis manos para hacer las cosas distintas. Puedo criar a mi hijo para que sea una persona distinta al padre. Tengo mucho miedo, estoy rezando todos los días, desesperada le pido a Dios que me dé fuerzas, a su madre le pido que me enseñe el camino para ser una buena madre. Entre tantas sombras, estoy viendo un destello de luz. Mi temor de estar sola desapareció, he tomado conciencia de que nunca más estaré sola en la vida. A partir de ahora seremos dos. Ivanna nunca más estará sola. Estoy triste, voy a dormir.

Gracias, te quiero,

Ivanna

Querida Ivanna:

Ahora te lo puedo decir, ahora que estas segura de que tus temores se fueron, yo siempre estuve segura de que amarías a ese bebé, aunque fuera hijo de Randolph, no tenía dudas. Te cuento, después que me diste permiso, claro, y le conté a Ian que estabas esperando el hijo de su hermano, él tuvo ciertos recelos. Debes entenderlo, él no ha tenido familia ni padres, bueno, en fin. Me dijo que si tenían temor de no llegar a querer a su sobrino, lo comprendería, que el iría a América por él o ella, para criarlo nosotros. Ay, mi Ian, tiene sentimientos encontrados, pero está muy feliz de saber que su hermano tendrá un hijo. Que será criado por tan buenas personas. Que la vida de Randolph no se ha extinguido con él. No es muy expresivo, pero sé que es lo que él siente. Se emocionó de que la familia de tu esposo te haya recibido con tanto amor y que sin nacer tu hijo ya sea considerado parte de ellos. Hasta hemos hablado la posibilidad de viajar a América, quiere conocer en persona al hijo de su hermano. Para que tengas una idea de cuánto quiere conocerlo, con lo que él odia los viajes en barco y a los americanos.

A mi Josué le dio varicela, lo tengo todo el día pegado a mis faldas. Solo se deja cargar por mí o por Ian cuando este llega a casa. Más trabajo y... Ya tengo otra hija. Por fin una mujercita, es linda, ojalá la vieras, tiene la piel color caoba y unos grandes ojos verdes que resaltan en su tono, es tan bella, pero lo más bonito en ella es su cabello, negro intenso y muy ensortijado. Parece una princesita de un cuento árabe. Es tan dulce, tranquila y calladita. Tiene cuatro añitos, Ian la rescató de un horrible orfanato, del mismo de donde se escapó Henry. Dieron con ese terrible sitio con la ayuda de nuestros buenos amigos Jean Paul y Vespasiano, son verdaderos detectives, arrestaron a esos explotadores de niños para mandarlos muchos años a la cárcel. Sin decirme nada, entró a la cocina con mi niña, la puso en mis brazos y me dijo: «Violet, nuestra hija». Qué feliz soy. Mi familia sigue

creciendo. Dios dispone que siga encontrando a mis hijos esparcidos por el mundo. Cuán generoso es con nosotros. Te dejo, mi Josué llora, Randolph está que lo fastidia con una varilla porque le hemos prohibido acercársele, Henry le recrimina. ¿Sabes?, he descubierto que Randolph obedece más a Henry que a mí o a Ian, qué extraño. Helen quiere llevárselos por unos días a su casa, para que no se contagien de Josué. No puedo, adoro a Helen, pero no puedo separarme de mis hijos. Los tengo encerrados en el ala este. Gervais dice que es mejor que se contagien de una vez, pero yo no quiero. No es igual la enfermedad en todos los niños. En fin, mis miedos con Josué están disminuyendo, pero nunca se irán, temeré siempre que su verdadera madre regrese algún día y lo reclame, viviré con esta espina, a rezar, solo eso.

Confirmadísimo lo de Helen y German. Ojalá pronto haya boda.

Un abrazo, querida amiga.

Violet

—La vi, marqués. Yo la vi. Es lo que siempre sospeché, mi hermana está viva, se ha pintado el pelo de negro, pero era ella. Estaba acompañada de esa niña rara de los Townsend, la que tiene los ojos violetas. Era Gertrudis, estoy seguro.

—Denle unas monedas a este borracho y arrójenlo a la calle.

El marqués paseaba su enorme humanidad por el salón, pensando: «veinte años de sospechas, y siempre los Townsend. Siempre ellos presente». Desde la desaparición de su esposa Gertrudis en ese supuesto secuestro, Donalphy York, marqués de Rogarth, sospechó que todo había sido un engaño, mandó a los emisarios con el monto señalado y nunca nadie apareció. Siempre malició que ella en realidad había huido, fingido su propio secuestro para escabullirse de él. Veinte años con las dudas, macerando mucho odio y rencor por la ofensa que le había significado el abandono de su esposa. A los inspectores de la policía también les pareció muy extraño ese secuestro, cuando se llevaron a Gertrudis de su propia habitación, había rastros de sangre, objetos rotos, muebles caídos, una ventana rota, como si hubiese ocurrido un gran forcejeo,

sin embargo, en una mansión con más de treinta sirvientes, nadie escuchó nada. Y luego, lo más extraño, que no se hubiesen llevado joyas valiosas que estaban a simple vista. El marques recordaba la última vez que le regaló un costoso collar de diamantes, Gertrudis no se lo había querido poner, «si tú ya lo has tocado, me produce asco que toque mi piel», le había dicho ella. Aunque él le hizo pagar caro su atrevimiento, sus palabras se le quedaron grabadas. No se habían llevado ni una joya y siempre los Townsend presentes. Desde ese raro incidente en que ambas, Gertrudis y Violet Townsend, fueran secuestradas por el hermano trastornado de Ian Townsend. Ya libres y el loco muerto, los sirvientes le dijeron que ellas se habían estado enviado notas. Se habían hecho amigas. Corroboraba el hecho el que esa mujer pequeña, Violet, en las oportunidades en que se había cruzado con él, siempre esta le había dirigido una mirada de desprecio, hasta una vez había cambiado de acera para no acercársele. Dos matrimonios también se habían frustrado por la intervención directa de ellos. Cuando estaba a punto de casarse con una jovencita muy linda cuyos padres estaban arruinados, de la nada había aparecido Ian Townsend ayudando a la familia en sus negocios, y luego rompieron el compromiso. Luego vino esa otra prometida que huyó días antes del matrimonio, los familiares de la muchacha le informaron que Violet Townsend había ido a su casa y tenido una larga conversación con ella. «Malditos Townsend».

—Armand —gritó el marqués—, manda a alguien a averiguar en la casa de los Townsend. Ponles vigilancia todo el día.

Querida Violet:

Día 28. Estoy mejor gracias a Alexander, me conversa mucho, todo el tiempo, y estoy ordenando mis pensamientos. Ahora pienso, sobre todo, cómo criaré a mi hijo sola. Cuando llegue a Nueva York, me haré pasar como una viuda respetable, pondré un modesto negocio que me permita criar a mi hijo y sostenerme. Espero que América me dé esa oportunidad. Es increíble, apenas aceptas la maternidad, tu vida da un giro de 180 grados, ya no eres tú, ya no es tu vida. Ahora todos los planes giran en torno a él o

ella. ¿Qué será lo mejor para mi hijo? ¿Cómo será la forma de criarlo mejor? Me siento bien. Criaré un hijo noble y bueno, como son tú o Alexander. Tendrá una madre que admirará, lo protegerá por encima de todo y de todos. Alex me asegura que será así, es tan bueno conmigo. Pensé que encontrar una persona tan buena como tú era ya un milagro. El milagro se repitió dos veces, él es maravilloso. Me habla, me consuela, cuando me ve llorar hasta me hace bromas y caras graciosas. Ha traído de nuevo al doctor para que me dé las indicaciones de cómo debo cuidarme. Está gastando una verdadera fortuna en cada visita, he insistido en pagarle cuando lleguemos a tierra y pueda vender tus joyas. Pero se niega a hablar del dinero. A veces temo que el médico sospeche que no somos una pobre pareja rusa que busca un nuevo comienzo en América, que comience a sospechar y hable. ¿Viviré siempre con este miedo?, ¿a mi hijo tendré que entrenarlo para esconderse? Tiemblo de pensar que ese hombre me encuentre y desate su furia, ya no en contra mía, que sería lo de menos, sino en mi hijo. Sé de lo que es capaz. No tendría ningún escrúpulo en dañar a un niño para hacerme pagar su abandono. Ansío llegar a Norteamérica. Escabullirme entre la gente, desaparecer para siempre de este horrible pasado. Espero que así sea. Cada vez que pienso en ese hombre y las cosas que me hizo, me pellizco, debo eliminar esos pensamientos, me hacen mal y, sobre todo, a mi bebé. Nunca me encontrará. No le daré esa oportunidad. Seré feliz, porque así lo he decidido. Copio tu frase, amiga, mi hijo y yo seremos felices y libres.

Esperanza.

Gracias, no sabes lo bien que me hace escribirte, ansío llegar pronto a tierra y poder enviarte todas estas cartas.

Querida Ivanna:

Con Henry estoy mucho más tranquila, aunque a veces tiene sus tropezones, ya se ve a sí mismo como un Townsend, es un gran amigo de Ian, camina siempre a su lado. Desde que Ian le ha dicho que como hijo mayor tendrá la responsabilidad de todas las empresas, la administración de la

casa y el cuidado de la familia, se lo han tomado muy en serio. Presta atención a todo lo que Ian dice. Él le ha dicho que su primer deber es aprender a leer. En dos semanas lo ha logrado, con la técnica que usó el abuelo en mí; poniendo cartelitos en todos los objetos de la casa. Es que, no es porque sea mi hijo, pero es un niño muy inteligente, ya lee, se esfuerza mucho en la caligrafía, que tenga mi letra y no la espantosa caligrafía de Ian, que su letra no parezca arañas aplastadas. Números también capta rápido. Estoy tratando de llenar ese vacío con lecturas, todo a la vez: geografía, historia, botánica, y es un niño tan ávido en aprender; mientras más le enseñas más quiere saber. Ian habla de profesores, pero yo puedo, hasta hora. Cuando no pueda, los pediremos. Mi Grace, así se llama mi hija, ¿no te lo dije antes?, que despistada. Bueno, aunque es una niña muy dulce e independiente, requiere cuidados, es demasiado tímida, me recuerda a Henry, aunque es más abierta a las manifestaciones de afecto. A mi hijo mayor le cuesta aún abrazar a alguien espontáneamente, pero ya no está tan a la defensiva. Ian dice que él está bien y que soy yo la que es demasiado expresiva, que siempre quiero estar dándole de abrazos y besos. No lo creo. Josué ya está caminando, quien le enseñó fue Randolph. «Mira, mamá», me dijo un día, lo había llevado a la sala y nos enseñó a todos que Josué caminaba solo, luego nos dijo que al día siguiente le enseñaría a subir escaleras... Lo tenemos vigilado para que no se le acerque al hermano sin supervisión...

German habló con Ian para que le aconseje de cómo pedir la mano de Helen. ¡A quién le pide consejo!, con lo parco que es mi esposo. ¿Sabes que le aconsejó que le comprara una joya? No intervengo porque no quiero avergonzar a German. Ojalá Helen acepte, pero lo dudo, no por German, se la ve muy enamorada, es que mi amiga ha tenido muchas malas experiencias estando casada, pero veremos. ¿Sabes que hace unos días recibí una nota advirtiéndome de que tenía en mi casa como amiga a una cortesana que había sido la amante de mi marido?, y mil tonterías más, claro, como es propio de esos amigos cobardes, era anónima. ¡Estúpidos!. Helen es, en mi

vida, un ángel que me rescató de la muerte, como tú alguna vez me cubriste con tu cuerpo para que ese hombre no me matara a patadas, mi querida Helen, cuando estuve muy mal por la pérdida de mi segundo hijo, me sostuvo en sus brazos, me consoló, me dio de comer en la boca, hasta cuando, en el colmo de la estupidez, me rehusaba a recibir alimentos, con mucho amor, ella me dio unas bofetadas, bien dadas, para que reaccionara y volviera a la vida. Si tuvo una relación con Ian, fue mucho antes de yo ser su esposa. De ella he recibido, desde que la conocí: amistad, amor, respeto. La gente nunca lo logrará entender, y no me importa. Le leí la nota a Helen pensando que nos reiríamos juntas, pero se puso a llorar de indignación, la abracé y le pedí perdón, que para mí era todo una tontería, pero ella estaba más que furiosa. Me dijo que siempre habrá gente que quiera destruirla, alegarla de las personas que ama, a lo que le respondí que yo nunca lo permitiría. Debo ser más cuidadosa, como dice Ian, mi gran problema es que yo no veo el mundo como los demás, lo que para mí es tonto y sin importancia, para otros no lo es. A él, amándome como me ama, todavía le cuesta entender cómo funciona mi mente.

Un abrazo grande para todos, manda fotos.

Violet

—Quedamos en que no saldrías sola. Londres es muy peligroso.

Alexandra pensó, de forma equivocada, que todos en la casa dormían. Se había quedado hasta muy tarde viendo una obra de teatro que Bonnie había escrito y protagonizado con la ayuda de algunos sirvientes. Hasta ella había tenido un pequeño papel.

—Tengo que ver a mis amigas, Henry. Creerán que las he abandonado.

—¿A estas horas?

—Yo...

—El doctor Gervais —dijo Henry muy serio— cumplió con su promesa. Las sacó a todas de la cárcel. Y te pido prudencia. Aún hay una orden de captura sobre ti. Y él ha dicho a las autoridades que ya regresaste a América.

—Tengo otras cosas que hacer. Debo salir de aquí. —Alexandra bajó la cara, nerviosa

—¿Qué viniste a buscar en Londres? —Henry, delicadamente, levantó el mentón de ella con los dedos—. No creo que solo a apoyar la causa.

—Muchas cosas. Hay preguntas por responder y las respuestas están en Londres. Pero no las obtendré encerrada en esta casa.

—No saldrás sola, Alexandra, es muy peligroso.

—Bonnie te contó, ¿verdad?

—Estaba muy asustada.

—¿Sabes que me parezco mucho a mi madre?

—Sí.

—¿No es raro que un hombre me haya interceptado en la calle y hablara como si me reconociera? Dijo que era Gertrudis, su hermana desaparecida hace 20 años.

—Era un borracho.

—Hace un año, caminaba con mi madre por unos almacenes en Nueva York y también una mujer, que se identificó inglesa, *lady* algo..., la interceptó y la llamó *lady* Gertrudis, marquesa de Rogarth. No dijo más porque mi madre la interrumpió de mala manera, luego disimuló y le dijo que debía haberse confundido. ¿No te parece demasiada coincidencia?

—No lo sé, Alexandra.

—Hay muchas cosas del pasado de mi madre que no están claras. No tiene familia, salvo nuestra tía Nana, que no está bien de la cabeza y que no puede contarnos nada de ella. Aparte de ustedes, que en verdad no son su familia. No sabemos nada de su vida antes de llegar América.

—Alexandra, no sé...

—Tengo una hermana que se llama Gertrudis —lo interrumpió nerviosa—, todos tenemos el nombre del algún familiar o amigo, cuando le pregunté por qué le puso ese nombre a ella, que era extraño, pues no conocemos a nadie que se llame así. ¿Sabes qué me respondió?, que se lo puso porque tenía recuerdos

que necesitaba sanar. Lo dijo distraída, luego papá disimuló con unas bromas. Y lo dejaron ahí.

—¿Y no será que tu madre no quiere que se sepa? Hay que respetar sus deseos.

—Amo mucho a mi padre. No peco de inmodesta al decirte que soy su hija predilecta. Pero no me parezco en nada a él.

—Porque te pareces a tu madre.

—No, Henry. Hay algo más, quiero saber qué es. Saber quién soy. Algo sucedió, y yo soy parte de esa historia.

—Alexandra, yo tampoco sé quiénes son mis padres, mis verdaderos padres, llegué aquí a los siete años, y antes pasé de hospicio en hospicio. Como tú, me hice preguntas. Pero llegó un momento en que me dije basta. Violet e Ian son mis padres y punto.

—Solo ayúdame una vez.

—¿Qué quieres?

—Quiero conocer al marqués de Rogarth.

—No. Imposible. No iremos a verlo. Es un hombre muy desagradable. Tiene una fama de perverso que con los años no ha aminorado.

—Pero, Henry...

—Averiguaré todo lo que se pueda en otros lados.

—¿Y me dirás toda la verdad?

—Yo nunca miento. Soy un Townsend.

—Hoy mismo.

Los jóvenes se sentaron a enumerar a las personas que hubieran podido frecuentar esos círculos del marqués de aquellos años. El círculo de amistades de los Townsends era muy estrecho, excesivamente ocupados y muy desapegados a la vida social. Los tíos Helen, German, Jean Paul y Vespasiano ya no vivían en Londres. Y tía Gloria, como el doctor Gervais, no habían estado esos años en el país.

—Hay un conocido de esos años —dijo Henry cuando se agotó la lista de

amigos—, cuando mamá decidió dejar el negocios de las florerías, se las traspasó a lord Spencer, o barón Bayle. Es un hombre un poco excéntrico, se ha vuelto muy religioso, se casó con una joven protestante alemana que mamá le presentó. Sé que tuvo una agitada vida social en esos años. Quizás él pueda ayudarnos.

Querida Violet:

Día 34 en el SS Adriática. Alexander me está volviendo loca. Santo Dios, el embarazo lo tiene afectado más a el que a mí. Al principio, me gustaban sus atenciones, pero ahora me ponen aún más nerviosa, quiere que todo el tiempo esté acostada, sin hacer nada. Me pregunta cada media hora si estoy bien y me obliga a comer casi el doble de la ración a que estoy acostumbrada. Tuve que fingir un malestar, que hiciera venir al médico, para pedirle que le hablara y le dijera que estoy embarazada pero no enferma y que me deje levantar de la cama. El doctor se rio mucho, explicándonos que era usual ese comportamiento en padres primerizos. Está, un poco, menos aprensivo, ya hago mis cosas con normalidad, aunque no lavar ropa. Bueno, eso, he aceptado que tengo miedo de caerme con las pesadas tinas y que le pueda hacer daño al bebé. He vuelto a hacerme cargo de ordenar el camarote, sobre todo, sus escritos. Unos cuantos días y Alex revoloteó todo, qué hombre tan desordenando. Todas las tardes me lleva a pasear a cubierta, dice que el aire le hará bien al bebé. Este mundo, Violet, es impresionante. En la cubierta, todas las tardes se hacen tertulias entre paisanos. Cada grupo étnico, con sus vestimentas, comidas costumbres; vieras la gama de colores, olores y acentos. La gente forma grupo alrededor de instrumentos musicales, cantan y bailan canciones de su patria. Paseando por la cubierta podrías resumir la historia y geografía de gran parte de Europa. Cuando Alexander les contó a sus paisanos que estaba embarazada, la algarabía que se formó. Me dieron de besos y abrazos, pasándome de uno a otro, hasta que Alexander se molestó por las vueltas que me daban. Los rusos son personas muy expresivas en sus afectos. Si hubiese anunciado esta noticia en el círculo de mis amistades inglesas, no

hubiese pasado de un levantar de ceja y una leve inclinación de cabeza. Los paisanos no, hoy mismo me he vuelto centro de atenciones y Alexander, de bromas. Las mujeres son las más cariñosas. Al principio, cuando me presentó como su esposa, se mostraron ariscas conmigo por ser inglesa, a ellos no podríamos mentirles. Pero cuando supieron que estaba embarazada, vieras cómo me tratan. Me están tejiendo ropones para él bebé, me dan sopas que me evitan las náuseas y mucho té. Me he vuelto adicta al té ruso. Estoy aprendiendo a elaborarlo, ¿sabías que solo lo puede hacer una mujer? Son de verdad muy amables. Me dijeron que ahora era una de ellas, que cualquiera puede ser la mujer de un ruso, pero al ser la madre de uno, ya me entró la sangre rusa a las venas. A veces me dejo llevar por la fantasía de que todo es verdad, que estoy embarazada de Alexander, que somos unos jóvenes esposos que viajan a América a iniciar una nueva vida. Cuando estoy en el camarote, regreso a la realidad, a concentrarme en lo que será mi vida, mi hijo y yo en un mundo nuevo. Pero no estoy triste, cambiaron los planes y nunca estaré otra vez sola, será la cuesta más empinada, pero tengo una fuerza adicional para aguantar la carrera.

Besos y gracias.

Ivanna

P.D.: He puesto número a las cartas para que las leas en orden.

Querida Ivanna:

Estoy muy disgustada, creo que me iré a vivir contigo a América. Más que disgustada: indignada. Resulta que Ian quiere quitarme a mi Henry, va a internarlo en una prestigiosa academia. Estoy que hiervo de cólera, me engañaron. Él junto al doctor Gervais, a quien le he prohibido el ingreso a casa, hasta mi hijo se prestó al engaño. Hace unos cuatro meses, accedí a que Henry tuviera profesores particulares. Ahora, con mi nueva hija Amy, como te conté, al nacer prematura nos dio mucho trabajo, la madre apenas la vio unos segundos y murió la pobre. Yo estuve presente en el parto. Era tan pequeñita que nadie, incluido Gervais, pensó que viviría, es cierto que hemos pasado días enteros sin dormir, despertándola cada media hora para

alimentarla, aunque ya está bien, lo cual, como dicen, es un milagro, y es una bebé saludable, tengo menos tiempo. En ese alboroto, aprovechó Ian y llenó la casa con un montón de profesores para Henry, profesores de historia, geometría, francés, etc. Hasta profesores de deportes con arco y flecha. Qué absurdo era, pero no me di cuenta, resulta que en realidad estaban preparándolo para postular a esa odiosa escuela, quien consiguió la vacante fue el doctor Gervais, como es primo de una marquesa, además de ser exalumno de ese instituto. Lo peor es que lo aceptaron. No paro de llorar. Le he pedido a mi Henry que no se vaya. Estará internado lejos de su madre, ¿qué le darán de comer?, ¿si se burlan de él porque es adoptado?, ¿si le pegan? Pero como él sigue al pie de la letra lo que el padre dice, me besa y me jura que estará bien. Mis lágrimas ya no conmueven a nadie en esta casa. ¿Cómo Ian puede hacer esto y sin consultarme? Lo he mandado a dormir al cuarto de los niños. Quitarme a mi hijo, ¿qué necesidad hay? Me dice que lo prepararán para la vida, que debe recibir la mejor educación posible. ¿Qué le van a enseñar? A ser pretensioso. ¡Oh, qué rabia! Se va mi hijo en dos semanas. Lo único que he conseguido es su promesa de que si lo lastiman me lo dirá. Yo le he jurado que iré a buscarlo así tenga que romper todas las puertas, lo saco de ahí. ¡Qué triste estoy! Todo por culpa de Ian.

Lo de Helen y German sigue igual, después que ella rechazó su propuesta de matrimonio por quinta vez, ya no se hablan. Cuando Helen llega a visitarnos, German se encierra en las oficinas hasta que ella se va. Me apena verlos tan tristes, sobre todo porque sé que se aman. El otro día coincidieron, él se puso pálido, temblándole la voz, se excusó y salió de la habitación, dejó a mi Helen también temblorosa y con los ojos llenos de lágrimas. Se aman, lo sé, pero ella no desea casarse. German, como te conté, es un católico irlandés muy devoto, no hay coincidencias en ese punto. Pero se veían tan felices, Helen parecía una jovencita enamorada, me contaba que recién conocía, a pesar de haber tenido muchos hombres en su vida, lo que es el amor verdadero. German la cortejó como se debe, con paseos en el parque, cartas, poemas, con flores cortadas a prisa de un jardín

(mi jardín, por cierto). Pero él no quiere vivir juntos sin casarse. No puedo hablar de frente con Helen porque, ¿cómo te explico? Nuestra amistad no es como la tuya y la mía. Ella es más para mí, como una hermana mayor o una madre, no podría aconsejarla, sentiría que estoy faltándole el respeto. Con quién sí hablaré es con German, se ha enterado con el matrimonio. Debo hacerlo comprender los temores que tiene Helen, sufrió tanto estando casada. La primera vez, los padres la sacaron de un internado a los dieciséis años para casarla con un conde de casi sesenta que necesitaba un heredero antes de morir. A los veinte, la dejó viuda y sin hijos. Al poco tiempo se enamoró perdidamente de un francés bello como un ángel, pero este Lucifer lo único que quería de ella era su dinero. Apostador, violento y mujeriego, le hizo la vida imposible, inimaginables torturas e infamias para lograr someterla. Hasta que ella reaccionó. Hilando fino y con mucha inteligencia logró obtener el divorcio de ese malvado. La dejó sin un centavo, salvo su título. Libre pero pobre, se hizo de amantes, algunos buenos, otros no tantos, pero libre. Ahora que es independiente, tiene su trabajo, recibe buenas rentas. Tiene terror a dar ese gran paso. También piensa en la familia de él, cuando sepan que se ha casado con ella, la regurgitarán como una bola de pelo, encima nunca podrá darle hijos. Qué difícil situación, pero hay amor, que es lo más importante. Veré qué puedo hacer. Tengo que hacerlo yo, porque como no le hablo a Ian, no puedo hacer que él intervenga. Oh, qué rabia con mi esposo.

Mis Alfreds están un poco mejor. Qué curiosos son, se enferman juntos, se recuperan juntos. Ya se levantan a comer con nosotros, y ellos que hasta ya estaban planeando los detalles de su funeral, cómo querían estar vestidos, los mazos de cartas que fueran en el cajón, apuntando los encargos que le darían a mi abuelo y a mi mamá Bonnie. Tía Gloria les llamó la atención por hablar esas cosas delante de los niños. A mí no me molesta, les estoy enseñando a mi hijos, como me enseñaron a mí, que a la muerte no hay que temerle, es un paso más en nuestra vida, nos pone triste, pero temerle, nunca. Quien estuvo más preocupado por ellos fue Ian. De verdad los adora.

Mandó a traer otro médico aparte de Gervais, y que no se escatimara en gastos. Aun así, estoy muy molesta con él.

Te quiere,

Violet

—Estimado conde de Hamilton, es un honor. —Al instante de conocerlo, Alexandra supo que las palabras un «poco excéntrico» no se aproximaban en absoluto para describir a tan extraño personaje. Vestía rigurosamente de negro, de pies a cabeza, y aun con tanto calor, tenía hasta el último botón del cuello abotonado. En la sala en la que los recibió, estaban dispuestas decenas de Biblias en varios lugares, de todos los tamaños, colores y, como se las hizo ver, en muchos idiomas, todas abiertas en diferentes páginas. Les explicó que, cuando entraba el viento y se movían las hojas, él se acercaba a leer. Era la forma como «el Señor se comunicaba con él».

—Lord Bayle, le presento a mi prima Alexandra Romanov.

—Señorita, en otros años hubiese admirado su belleza, pero ya casado solo tengo ojos para mi esposa y el Señor.

—Gracias, caballero —sonrió la joven, por el casi cumplido.

—Bien, joven Henry, dime. —Volteando a ver a Alexandra, agregó—: me permito llamarlo por su nombre de pila porque lo conozco desde muy niño.

—Lord Bayle, verá, mi prima es escritora y está siguiendo algunos casos de historia de la nobleza, con fines cristianos y educativos. En el camino se ha topado con denuncias muy graves contra el marqués de Rogarth

—¡Oh, ese infame personaje! —dijo el barón persignándose varias veces —, cuántas veces he intentado llevarlo por el camino del bien, invitándolo a la iglesia, aconsejándolo, enviándole cartas y libros, hasta he rezado con mi señora en la puerta de su casa, pero ese hombre... Aunque creo que el perdón y la misericordia de Dios son infinitas, aquí estoy yo para dar fe, fui un alma perdida que con la ayuda de mi bella esposa y de buenos amigos como los Townsend, de lady Violet sobretodo, recobré el camino.

—Sobre el marqués —interrumpió Alexandra impaciente.

—¡Ah!, el marqués, qué hombre tan... como dije, descarriado. Hay tanto de él por contar, dígame.

—Hace unos 20 años, se casó con una joven llamada Gertrudis.

—Ah, sí, ya recuerdo, *lady* Gertrudis, hija del conde de Keith si mal no recuerdo. Sí, sí, conde de Keith.

—¿Qué pasó?

—Fue un matrimonio muy mal visto. El marqués le doblaba la edad, hasta más, y no hacía mucho que había enviudado. Se casó con esta bellísima muchacha, cuyo padre estaba en la ruina porque se había enviciado en los juegos de azar. Pero al poco tiempo de casada, fue secuestrada, dos veces. Recuerdo la primera vez, junto con tu madre Henry. Ambas eran amigas e iban en el mismo carruaje, algo así se dijo. Las liberaron, pero a las pocas semanas, la volvieron a secuestrar estando en su propia casa, esta vez, solo a ella. Se pidió una cuantiosa suma de dinero. Pero nunca apareció. Se rumoraba que el avaro marqués no quiso pagar y la mataron.

—¿Cuántos años tendría Gertrudis cuando se casó con el marqués? —preguntó ella.

—Cuando la obligaron a casarse, dirás —respondió el barón—. Era muy joven, no más de veinte.

—¿Tuvo hijos con el marqués?.

—No bella dama, el marqués solo tiene dos hijas de su primer matrimonio, y con *lady* Gertrudis no tuvieron hijos. Fue un matrimonio de pocos meses. Si quieres mi opinión. Aunque no sea de cristiano, es mejor que haya muerto a seguir casada con el marqués, ese hombre, aparte de violento, es un sádico con las mujeres, depravado y...

—Gracias, barón —lo interrumpió Henry al ver el rostro descompuesto de Alexandra.

—Gracias —repuso más repuesta—. Su ayuda ha sido muy importante.

—Tengo muchas más historias de ese personaje y de muchos más caballeros de nuestra nobleza. Pero cuando quieras contar una historia de

redención, te contaré mi propia historia. Cómo pasé de un corrompido mujeriego a devoto esposo.

—Para la siguiente publicación —dijo Henry—. Muchas gracias, barón.

—A usted, joven Henry. Nunca dejaré de agradecer la bondad de *lady* Violet de hacerme encontrar el camino del señor y de haberme unido a mi bella esposa. Si no, también estaría escribiendo sobre mí, señorita. Ahora les pido que se retiren. Mi esposa no me deja hablar con mujeres, y menos sin son hermosas, pero lo hace porque es muy buena, sabe que es su deber como esposa alejarme de tentaciones. ¿Ustedes entienden?

Después de reír del barón y de la robusta señora que con maso en mano salió a darles la despedida, se quedaron muy serios dentro del carruaje.

—¿Escuchaste, Henry?, *lady* Gertrudis desapareció hace 21 años. Mi edad. Hace 21 años que Ivanna y Alexander llegaron a América de Inglaterra. Mi padre dice que conoció a una mucama de ascendencia rusa en un viaje.

—Coincidencias quizás.

—Una mucama que, hasta hoy, no sabe cocinar ni tender una cama. Una mucama que habla tres idiomas, toca piano y tiene el porte de reina, o de una marquesa.

—Alexandra, si es cierto lo que sospechas, ¿para qué escarbar?

—Podría ser hija de ese abominable hombre, quiero ver a ese hombre, el marqués...

—No. Mamá siempre le prohibió a cualquiera de nosotros acercarnos a él. Tú conoces a mi madre. Es buena con casi todas las personas, pero si hay alguien de quien ni siquiera puede escuchar su nombre, es...

—¿Y eso no te parece raro? Henry, mi madre no tenía ni 20 cuando la obligaron a unirse a ese hombre. No puedo ni imaginar lo mucho que sufrió. Tengo que ver a ese hombre malvado. Porque le hicieron tanto daño a mi mamá.

—No lo verás, Alexandra, tú lo has dicho, un hombre malvado. Aunque...

—Dime.

—Cuando mis padres se fueron de viaje, me quedé a cargo de todas las cuentas y pagos, hay uno que me sorprendió. Ian Townsend paga el hospicio donde está internado el conde de Keith, el padre de Gertrudis. No lo sé.

—Quiero verlo.

—Pero...

—Por favor, Henry, no veré al marqués, pero déjame ver a ese hombre. No preguntaré nada más. Creo ya saber lo que pasó. Déjame verlo. Y todo quedará ahí. Por favor, ¿quieres que me desmaye o que finja un resfrío?

Querida Violet:

Día 40. Estoy encerrada, hay brotes de escorbuto y colera. Empezó en tercera clase, hay varios muertos, principalmente niños y ancianos, los arrojan al mar junto con sus pertenencias. En nuestra clase, ya hay una familia de alemanes que se ha contagiado. Si pensé que las condiciones de la segunda eran duras, no te puedes imaginar lo que es viajar en tercera, solo son galpones donde la gente está amontonada. La falta de higiene, poca comida y hacinamiento, como dice Alexander, es una bomba de tiempo para las enfermedades. Por temor al contagio, no salgo. Gracias a Dios, las paisanas me vienen a visitar me traen sopas, dulces y mi infaltable té. Así que estoy encerrada pero no sola. Ayer abrí la puerta creyendo que era alguna de mis buenas amigas. Me di con la sorpresa de que era el belga que te conté. Me dejó una carta en la mano y me dijo en inglés: «ojalá sepa leer, se la he traducido al ruso». Y se marchó al instante. Cuando regresó Alexander, obviamente se la di. La expresión de él al leer fue aterradora y muy cómica, los colores de su rostro pasaron de azul, a verde y luego blanco como un papel, le temblaban las manos de la cólera. Le pregunté qué decía, si era un chantaje, si alguien me había reconocido. Alexander solo dijo: «es un sinvergüenza», fue lo único que pronunció, la rompió y arrojó los papeles al fuego. No pregunté más por temor a que me hiciera un escándalo como el de la otra vez. Me quedé callada. Él salió del camarote aventando la puerta. Me quedé pensando en lo que decía la carta de ese sinvergüenza, me imaginaba sus pretensiones y promesas: «soy rico, soy noble, puedo darte

una vida de lujos que tu marido no puede, vivirás en un castillo». Dirigido a la persona equivocada, ya viví en un castillo, ya estuve llena de lujos y maldigo cada día que viví en tanta riqueza. Pero también me imaginé por un momento que la reacción de Alex eran celos. No debo tener estos pensamientos. Hay cosas que no pueden ser. No debo hacer crecer ilusiones y fantasías, es imposible después de lo que Alex sabe de mí, de lo que soy y de lo que fui capaz de ser. No debo ilusionarme. Es tan bueno y decente que merece como mínimo una mujer que esté a su altura. Que no tenga esta viga en sus hombros y el hijo de otro, de un asesino, en su vientre. Se indignó como cualquier hombre decente se indignaría por tal falta de respeto, escribir a una mujer casada. ¿Qué se habrá creído ese belga?

Cuento los días para que estas cartas lleguen a tus manos.

Hasta entonces.

Gracias, tu amiga Ivanna.

Querida Ivanna:

Dos semanas sin mi Henry. Lloré a mares, junto a mis otros hijos. Hasta Amy, así de pequeñita, lloró conmigo. Y mis Alfreds estuvieron también muy tristes, hasta a tía Gloria se le humedecieron un poco los ojos, aunque disimuló muy bien, es su favorito. Quien no soltó ni una lagrima fue mi Henry, qué orgullosa estoy de él. Se veía tan guapo con su traje nuevo. Parado al lado de su padre, se despidió muy formal. Te he contado que tiene la misma manera de andar y de cuadrarse que Ian: con la manos en la espalda y la frente en alto. Son dos gotas de agua. Me mandó su primera carta, dice que está bien y que está haciendo amigos. Que el doctor Gervais, inventando excusas, ha ido tres veces al internado para preguntarle si estaba bien. Solo con esa condición lo he perdonado y permitido que regrese a la casa. ¿Te conté que me ha pedido ser padrino de Amy?. Adora a mi hija, como la trajo al mundo. Bueno, si va a ver a Henry regularmente, lo permitiré. A quién he perdonado también es a Ian. Sí, ya sabías que lo perdonaría, pero le he hecho jurar que no me oculte las cosas ni me prepare estas trampas. Dice que lo hace porque yo soy muy melodramática.

Imagínate, si soy una tan persona racional y ecuánime. Y también dice que soy muy llorona, bueno, eso sí, pero solo un poco. Cómo es la vida, tengo cuatro niños que me mantienen ocupada todo el día, pero siento que me falta uno. Así tuviera cincuenta, una madre siente ese uno como un hueco en el corazón. Sí, tiene razón Ian, soy muy dramática.

Te cuento, Helen y German se arreglaron, no tuve que intervenir, ni Ian. Resulta que una mañana, después de meses de estar separados, llegó Helen a la pensión donde vive German, con un carro de mudanzas, levantó todas sus cosas y se las llevó. Cuando este regresó del trabajo, el casero le dijo que la condesa de Von Trap lo esperaba en su casa. Como te conté, él es un católico muy religioso, vivir sin casarse con una divorciada era una decisión muy difícil, pero Helen tomó la decisión por él, ya están viviendo juntos. Aunque sigue yendo a misa todos los domingos, ahora acompañado de Helen, ya no puede comulgar. Porque vive en pecado. Helen se apena por él, pero están tan felices que, al menos la versión que yo tengo de mi Dios, al que me enseñaron amar, es tan justo como misericordioso, sabrá entender esta situación y perdonar. El sacerdote de la iglesia que asiste es muy bueno y los ha recibido con cariño. Los padres de German, por supuesto, no están contentos, desde Irlanda le han mandado una extensa carta donde le explican sus razones y dan por irremediabilmente rotos sus lazos filiales. Ella lloró por eso, pero Germán, aunque triste, no le dio más importancia. Aparte de eso, Helen está muy feliz, y si antes ya era cuestionada en la sociedad por ser divorciada, imagínate ahora que vive con un hombre sin casarse, se santiguan cuando la ven. A quién le importa si ellos son felices, si a ellos les funciona, ¿quién tiene que objetar? Yo estoy feliz. Creo que el haberlos hechos padrinos de mis dos hijos mayores comenzó con este idilio. Cuando me mandaron una nota diciéndome que cómo podía hacer a la condesa cortesana madrina de mi hijo mayor, lo pensé concienzudamente y la hice también madrina de Randolph. Ian río y me preguntó si no hacía estas cosas para dar la contra a los demás. Le dije que no, amo a Helen, y lo que opine el resto no me importa. Aunque a ti sí te lo confieso, me gusta

molestar a mis detractores. Debo controlar mi carácter. Vieras las bromas que Ian le hace a German, se está vengando de las que este le hacía cuando él se enamoró de mí. Se respira tanto amor en esta casa. Dejo de escribir, Randolph está fastidiando a Josué, qué niño....Ah, me olvidaba comentarte. Tengo otra hija, es muy bonita, se llama Katherine Jane, los nombres de la mamá de Ian, la trajo hace dos días el doctor Gervais y tiene la misma edad de Amy, apenas se han visto las dos hermanas, han congeniado de inmediato, se tomaron de la mano y no se soltaron buen rato, juegan juntas, se hablan en su media lengua y se ríen de cosas que solo ellas entienden. Parecen dos gemelas separadas al nacer y que se reencuentran. Mis demás hijos, felices con su nueva hermana. Tres niños, tres niñas. Dice Ian que ahí nos quedaremos. No lo sé, que Dios disponga

Te quiere,

Violet

—Por aquí, conde de Hamilton, señorita. —Los guiaba una amable enfermera por un largo pasadizo de un antiguo hospicio convertido en asilo de personas pudientes—. Hace cinco años, el conde de Keith sufrió una apoplejía, como no tenía familiares cercanos, fue internado en este lugar. Pero amigos pagan una considerable pensión para su manutención. Tiene comodidades, habitación privada, gastos extras de medicinas y alimentación. Por aquí, por favor. Nadie viene a visitarlo salvo una señora muy bajita que nunca da su nombre, lo viene a ver una vez al mes. Pasen por aquí. No puede hablar ni moverse, pero creemos que comprende lo que escucha.

—¿Te acompaño? —preguntó Henry.

—Sí, por favor.

Alexandra, una vez que la enfermera los dejó solos, entró a la pequeña pero cómoda habitación y vio a un hombre bastante mayor sentado en una mecedora. Ella jaló una silla hasta colocarse frente a él. El hombre, al principio, tenía la mirada perdida, pero luego, lentamente, comenzó a fijarse en ella, después de unos minutos, sus ojos se agrandaron y he intentó hablar en monosílabos.

—Ger...

—¿Me parezco a ella, verdad? —le dijo la joven.

—Ger...

—No soy ella, soy su hija, Alexandra. No vengo a reclamarte nada, ni por qué casaste a tu única hija con un monstruo, ni por qué no la protegiste. No. Vine a decirle que mamá no murió. Se casó en América con un hombre muy bueno que la quiere mucho. Tuvo cinco hijos. Yo soy la mayor. Mamá es una excelente mujer. —La voz de Alexandra se quebró, pero recobró la compostura cuando Henry le puso la mano al hombro—. Excelente madre, muy trabajadora e independiente, lidera una fundación que aboga por defensa de derechos de las personas más desprotegidas. Sobre todo, de las mujeres. Todas las semanas va a recibir inmigrantes en el puerto. Busca a mujeres pobres, las ayuda a conseguir trabajo para que no caigan en la prostitución. La he visto pelearse a puño limpio con proxenetas, treparse a camiones para impedir que se lleven a las jóvenes a ser explotadas, ha estado en la cárcel más de una vez por defender derechos de personas que no pueden defenderse a sí mismas. Nos ha criado a sus hijos para ser libres, para nunca tratar ni ser tratados como mercancía. —Hizo una pausa y luego agregó—: En nombre de esa maravillosa mujer: lo perdono.

—Ger....

—Ahora sí, Henry. —Se levantó de un golpe—. Vámonos.

En el pasadizo, Alexandra se apoyó en el hombro de Henry y lloró abrazada a él.

Querida Violet

Día 42. Ya no tengo tantas náuseas y vomito menos. Yo creo que es por todo el té que tomo. Alexander me bromea que si es niña le ponga ВЫ, que significa té. Puedo estar haciendo mi vida más normal. Ahora sí todas las tardes salgo a cubierta a conversar con las mujeres, algunas hablan un poco de inglés y, con mi rudimentario ruso, nos entendemos. Ayer hice mi primera preparación de té y me salió muy bueno. No es tan simple, es como un pequeño ritual, todo tiene su momento, su temperatura y su medida. Solo

debe salir perfecto. Podría, en América, poner un cafetín. Aún odio la cocina, pero yo podría preparar té. Qué gracioso. Pasamos una tarde muy bonita. Un paisano trajo una balalaika, cantaron y bailaron hasta el anochecer. Alexander me enseñó unos pasos de un baile de la zona de su mamá. Es muy buen bailarín, son danzas para las que hay que tener mucha habilidad y fuerza en las piernas por las acrobacias y saltos que realizan. Las amigas dicen que en la Gran Madre (a su patria, Rusia, la llaman así, qué hermoso) hace tanto frío que es por eso que sus bailes son así, mucho salto para entrar en calor. La mayoría de ellos son de la misma zona de donde eran los padres de Alex, algunos son disidentes políticos. Hay uno de ellos, que habla poco, que dicen que es un gran líder. Fuertes cambios amenazan la Rusia zarina para bien o para mal. Fue una tarde estupenda, pero la siguiente fue horrible, estaba con mis amigas, que se reían de mi forma de pelar papas. Cuando se acercó un hombre enfundado en un gran abrigo con las solapas levantadas a la mitad de la cara, pasó muy cerca de mí y, disimuladamente, puso un papel en mi delantal. Lo sentí, saqué la nota y reconocí al hombre. En ese mismo instante le pasé la voz a Alexander. Otra vez el sinvergüenza del belga. Corrió más rápido que Alex y todos sus amigos. Por un momento, hubiese querido que le den su buena paliza, pero luego sentí alivio de que hubiese escapado, imagínate que acusaran por golpearlo. Se le nota muy rico, y ambas sabemos lo injusta que hace la vida el dinero. Pasó el impase, otra vez estuvo malhumorado todo la tarde, pero no conmigo, sino con ese sinvergüenza. Ni quiso comer. Tuve que vigilarlo todo el tiempo, hasta hacerme la indispueta para que me cuidara y no saliera a buscarlo, porque ganas no le faltaban...

Falta poco para llegar a tierra y poder enviarte todas estas cartas, me siento muy bien escribiéndolas, me gustaría saber tu opinión.

Gracias y te quiere,

Ivanna

Querida Ivanna:

Cada vez estoy más cerca de cumplir la promesa que te hice. Con la ayuda

de mis queridos amigos Jean Paul y Vespasiano lo lograré. Tengo un buen presentimiento esta vez. Ian y yo hemos decidido hacer pronto un viaje a América, está deseoso de conocer a su sobrina. Mis Alfreds se pusieron otra vez mal. Es la edad, sacando cuentas, tenían unos cuantos años menos que mi abuelo, así que deben estar alrededor de los noventa. Estoy preparando a los niños, para cuando, qué triste suena, tengan que partir. Los adoran, sus abuelos queridos, y ellos también los quieren mucho. Son cariñosos al extremo, juguetones, les enseñan bromas y canciones de marineros, de sus días de piratas filibusteros, como dicen ellos. El final está cerca, pero es así la vida y también la muerte. La que más los cuida es Grace, qué niña tan dulce, está pendiente todo el tiempo de ellos, apenas se despierta va a verlos y suspira aliviada cuando los encuentra bien. Sobre Grace estoy pensando en que quizás deba tomar clases con otros niños fuera de casa, qué raro es que yo diga esto, pero es que mi hija es muy temerosa de las personas extrañas. En Garden House, es una niña normal, pero es pisar la calle y querer esconderse detrás de uno. Ian dice que es porque a veces la marginan por su color de piel. Es tan absurdo, es la más hermosa de mis hijas, todas son lindas a su manera, pero ella especialmente, ese contraste entre su piel y sus ojos y su hermoso cabello. Solo un tonto podría marginar un ser tan bello y, sobre todo, bueno. El otro día llegaron invitaciones para el cumpleaños del hijo de un socio de Ian, nombraron a todos mis niños menos a Grace, lo tomé como un descuido, pero mi esposo se puso muy furioso. No quiso que nadie fuera. Sí, fue cierto, ellos son los tontos. Solo con Grace tengo ese problema, mis demás hijos son muy sociables, hasta Henry sabe hacer amigos, mi casa siempre está llena de niños. Hay unos vecinos, hijos de un banquero que es viudo. Son tres niños y una niña muy graciosa llamada Letty. Todo el día están en Garden House, hasta comen con nosotros, cuando está Julian y algún otro amigo, mi mesa parece un colegio. Ian llega de trabajar y me pregunta si a esos niños también los hemos adoptado. ¿Qué haré con Grace? Qué absurdo mundo es en el que vivimos. A pensar en soluciones.

Una pena que madre esté enferma, pero te tiene a ti a su lado y a sus nietas. Mándale muchos besos y abrazos de mi parte y que aquí en Garden House la queremos mucho.

Te quiere, Violet.

—Es una bruja, como las de los cuentos. Parece bonita cuando la vez por primera vez, pero abre la boca y te das cuenta que es fea.

—Es la novia de tu hermano, no digas eso, Bonnie.

—Pero es cierto, Alexandra. Ella no me gusta, y mamá dice que está mal fingir. —La niña se quedó mirando a la prima y, con su dedo índice, golpeó sus propios labios—. Yo sé por qué le gusta a Henry.

—Ah, ¿sí? —Alexandra levantó un ceja, extrañada—, ¿por qué crees que le gusta?

—Porque es perfecta. Lo dijo tía Gloria. Viste como una dama perfecta, nunca tiene una arruga en el vestido ni un cabello suelto, se ríe con propiedad, habla muy bajo, come delicadamente. Jamás hace nada incorrecto. Sus opiniones siempre son las adecuadas. Hasta camina sin tropezarse, como pisando nubes.

—Bueno, es quizás lo que Henry quiere.

—Es lo que Henry cree que quiere. Mi tía Gloria dice que ha buscado una mujer rígida y equilibrada para compensar la locura que es su familia.

—¿Tía Gloria la estima?

—Para nada, ella es experta en casamientos. Dice que las parejas no deben ser iguales, sino diferentes, porque se aburren, se... no me acuerdo la palabra que le dijo a mamá. Pero que no era bueno. Los valores deben ser los mismos, pero el carácter diferente para comple... comple...

—Complementarse.

—Sí. Eso. Tú, en cambio...

—¿Yo qué?

—Uy, tía Gloria nos llama a comer... Vamos, Alexandra.

Querida Violet:

No sé qué día es, todo me da vueltas. No dormí nada toda la noche. Tuve una pesadilla horrible, desperté dentro de mi sueño y Randoplh estaba sentado a un lado de mi cama, y al otro lado el marqués, pero mientras el marqués me miraba con mucho odio, el otro lo hacía con tristeza. En eso, el marqués intentó ahorcarme, sentí sus sucias y regordetas manos alrededor de mi garganta, su asqueroso aliento al insultarme con horribles palabras. Randolph solo miraba, aun triste, pero no hacía nada para ayudarme, a pesar que yo se lo pedía, de repente vi una bala atravesar la frente del marqués, como el disparo que le dieron a Randoplh el día que lo mataron. No vi quién disparó porque desperté gritando, muy asustada. Alex me abrazó con fuerza tratando de tranquilizarme, pero seguí gritando por un buen tiempo. Me dio un vaso de agua y se sentó a mi lado toda la noche para que pudiera dormir, pero cada vez que conciliaba el sueño, despertaba sobresaltada. Me está diciendo que mejor duerma ahora, he escrito estas líneas a la carrera para no olvidar contarte mi sueño, haré caso a Alex y dormiré un poco. Por mi bebé.

Gracias, Ivanna.

Querida Ivanna:

Qué bonitos días pasamos en América. Ian feliz de conocer a su sobrina, estuvo tan emocionado que lloró. Gracias por recibirnos y hacernos sentir en casa, pasamos unas vacaciones inolvidables. Los niños, muy contentos. Un próximo viaje... en algunos años. Ian aún se pone pálido cuando menciono la palabra barco. Nuestro principal objetivo se cumplió, dejamos a Nana en tus manos, con cuánto cariño la recibiste tú y tu familia, congenió tan rápido con los niños, sobre todo con Alexandra, todos son muy buena personas, y estoy segura que con tanto amor, ella estará mejor. Te sentí tan emocionada cuando la conociste. Como una ferviente creyente, creo firmemente que el infierno existe y que es tan grande y cierto como es Dios, la persona que le hizo eso a Nana, tienen que terminar ahí, un castigo en la tierra, por más violento o largo que sea, no es suficiente para purgar tanta maldad. Es aterrador que ese pudo ser tu destino. No me agradezcas por

haberla llevado, tú eres quién la ha salvado de ese mostro. Y te harás cargo de ella. Eres muy buena persona Ivanna.

Dile a tu suegra que la receta de los pemeñi me salió exquisita. Por favor que me mande más recetas. Cómo me hizo recordar mi infancia. A mis hijos también les gustó, sobre todo a Henry, ni se dio cuenta de que tenía carne. Vino unos días de vacaciones, por las fiestas. Está engordando, lo cual me pone contenta. Quizás mi hijo mayor tenga ascendencia del este porque le gusta su comida. Tendrá que casarse con una mujer rusa.

Me dio gracia cómo Alexandra perdió su diente y que le hayas dicho que me lo enviaste. Ian promete regalarle una gran moneda de oro como premio. Supongo que eso sí vas a recibir. Por favor, no te ofendas cuando quiso mandar ese cheque, es que Ian ya tomó posesión de la sobrina, se emociona de las cosas que cuentas de ella. Le he insistido que el querer enviar dinero para su educación es una grosería, que tu esposo se puede ofender, ay, qué bueno que no se lo dijiste. Pero entiende a Ian. Solo ha tenido tranquilidad cuando vio con sus propios ojos que tu esposo y su familia aman a su sobrina. Si, ya sé que es tonto, se lo he dicho, tendremos siete hijos y solo uno será nuestro biológicamente. Cuando le pregunto a cuál de nuestros hijos ama más, no me responde. Solo dice: «pero yo soy yo». Lo mismo dirá el padre de Alexandra, le respondo. ¡Estos hombres! Nuestro deber como esposas es tenerles mucha paciencia.

Amy y Katy nos han hecho reír mucho, vieron unas niñas mellizas en el parque y decidieron que ellas eran mellizas también, como tienen la misma edad. Le rogaron a Helen que les trajera vestidos idénticos, ahora se visten igual, se peinan igual y hasta sincronizan cómo caminan y hablan. Es tan gracioso verlas porque, aparte de tener la misma edad, no tienen nada más en común. Una es rubia; la otra, castaña. Una es pequeña y delgadita; la otra, muy grande y gruesa. Ian, cuando viene del trabajo, finge confundirse y no saber cuál es cuál. A Amy la llama Katy, y viceversa. Lo que hace que todos estallemos en carcajadas. Son tan peculiares...

Grace nos sorprende con su inteligencia, está aprendiendo el francés con

una facilidad increíble, hasta corrige a tía Gloria en la pronunciación. Aunque es muy pequeña, le veo vocación de maestra, siempre está intentando enseñarles a sus hermanos, Randolph acude a ella cuando no entiende algo de sus clases, y ella le explica, aunque sea menor que él, con mucha paciencia. Ian sigue insistiendo en profesores particulares que lo preparen para ingresar al internado. Si no es rompiendo la puerta, no veo como lo lograrán. Mi Randolph es muy hábil, pero no en lo académico, demasiado distraído y voluntarioso para seguir órdenes. Aprende, pero de una manera no convencional, las tablas se las hice aprender cantando, yo no, los Alfreds fueron, se aburririeron de tantas clases y de verlo llorar sentado en el rincón. Le compusieron canciones de marineros, con groserías de por medio, aprendió. No creo que en el Instituto donde estudia lo más selecto de nuestra sociedad canten: «dos bucaneros y tres fulanas tuvieron seis potrillos».

Mi Josué está un poco triste por la pronta partida de Randolph al internado, como adora a su hermano, se va su ídolo, además porque en el parque se peleó con un niño cuando este le dijo «eres uno de los recogidos Townsend». No sé por qué a él le afecta tanto. Mientras mis otros hijos toman ese hecho como algo natural, a él le disgusta tanto no ser mi hijo de la barriga, como diría Katy. Su padre le habla tanto. Ian es mejor que yo explicándole esas cosas. Yo soy muy emotiva, no puedo ver las cosas como él las ve. Es mi hijo y punto. Pobre mi Josué, es también el único de mis hijos que cada cierto tiempo pregunta por sus orígenes. ¿Por qué lo abandonaron?, ¿por qué su mamá no lo quiso? Le digo lo mismo siempre, que cuando lo dejaron en la puerta estaba bastante enfermo, que quizás sus padres eran muy pobres o estaban muy enfermos, que lo amaban tanto que prefirieron dejarlo en manos de otras personas que verlo morir. Y eso prueba que lo amaban. Me abraza, me besa, al igual que a Ian y nos dice que nos ama. Pero su melancolía está ahí, en el fondo de sus ojos. Mañana estará todo el día con Ian, en la fábrica y en el club. Un día de padre e hijo lo reconfortará.

Te quiere,

Violet

P.D.: Qué distraída soy, estoy embarazada, no estaba gorda por tantos pasteles de madame M. Gervais estima que debo tener siete meses. Pensábamos tener solo seis hijos, pero... uno propone y Dios dispone.

—Fueron a ver al Conde de Keith, marqués, que está internado en un hospicio, en el centro de la ciudad —dijo Armand—. Se quedaron como media hora, la muchacha que se parece a... bueno, a ella. Hasta lloró cuando salió de la habitación.

—¿Con quién fue?

—Con el hijo mayor de los Townsend. El conde de Hamilton.

—Así que consiguieron que el bastardo recogido fuera conde. Inglaterra se va a un barranco, en unos años, las plebeyas se casarán con los futuros reyes y los plebeyos serán reyes. —Luego de una pausa preguntó el marqués—: ¿El viejo habla?

—No habla ni se mueve, pero averigüé que quien hace los pagos para la manutención del conde en el hospicio es Ian Townsend. Y que la persona que va visitarlo todos los meses, aunque no se identifica, pero por la descripción, es Violet Townsend.

—Los Townsend, siempre los Townsend. ¡Siempre ellos presentes! —gritó el marqués y aventó la copa que tenía en sus manos contra la pared—. ¡Malditos! Quiero ver a esa perra que se parece a Gertrudis. Tráemela como sea. ¡Como sea! —Mientras se retiraba de la sala agregó—: Y vota a esa mujer de arriba, ya no me sirve.

Querida Violet:

Día 47. De nuevo me atrapó la melancolía, estar tan cerca a tierra me llena de temor y esperanza, pero más temor. ¿Qué voy hacer? Por lo que he escuchado y leído de los escritos de Alex, deduzco que Nueva York no es muy diferente a Inglaterra. En esencia es menos convencional, menos clases, pero igual una mujer es una mujer, un ciudadano de segunda clase, sin voz.

ni voto, sin derechos, dependiente de un marido o de sus padres. ¿Será bien recibida una mujer sin familia, supuestamente viuda, con un hijo sin padre? ¿Me correrán? ¿Y si marginan a mi hijo? No debo tener estos pensamientos, hacen mal a mi bebé. Pero no lo puedo evitar. He vuelto a dar paseos en cubierta, y esa ansiedad que tengo no solo es mía. Muchos también sienten lo mismo. Qué nos espera. Los cantos en cubierta se han vuelto más tristes, más melancólicos. ¿Se extraña ya tan pronto la patria que uno deja? Hay un canto de un irlandés muy bonito que dice así:

*«Oh, América, sé nuestra madre
Adopta a tus hijos venidos de otras tierras
Perdona nuestra hambre
Perdona nuestros miedos
Perdona que solo traigamos
Sueños
Perdona que nuestro equipaje
Sea solo de esperanzas».*

Resume el sentir de todos nosotros. Mi otra gran tristeza es que pronto he de separarme de Alexander. Cada día que me acerco a tierra, es un día más cerca de nuestra despedida. El trata de alegrarme, me engríe aún más. Pero ¿y cuándo él no esté?, ¿qué haré? Cuento los días para llegar a tierra. Comenzaré a contar los días en que nazca mi hijo. Los días que me faltan para decirle adiós a Alexander, los días que recibas estas cartas y puedas responderme.

Gracias por escucharme, te siento cerca, solo falta que me respondas.

Antes que me olvide, sucedió un hecho extraño. A mediodía tocan la puerta de nuestro camarote y un hombre de mediana edad, muy bajito, de acento extranjero, nos saluda con un gesto y nos enseña una fotografía. Me quedé impresionada, era la foto de una mujer muy parecida a mí. Creyendo que yo no hablaba inglés, se dirige a Alexander y se presenta como el valet personal del belga, que se llama Frederick Lannoy. En resumen, nos pidió, o

le pidió a Alex, que disculpáramos la conducta de su amo, pero que esta tenía una explicación: la joven de la foto, que se parecía tanto a mí, era su esposa fallecida hacía unos meses mientras daba a luz a su primogénito, quien también falleció. El belga se mudaba a América para olvidar. Podríamos entender su sorpresa al encontrarme, lo sumió en un abatimiento infinito, dijo verme muy joven y enferma (por los desmayos), que su intención era saber si yo estaba bien, si necesitaba algo o si era feliz, que lo disculpáramos, que estaba dispuesto a ayudarnos en empezar nuestra nueva vida en América. Fue preso de emociones que no pudo contener. Alexander también se conmovió por el relato, le dio las gracias al señor, y le dijo que para él todo estaba olvidado mientras jamás, enfatizó la palabra, se me volviera a acercar. Pobre belga. Se va a otro continente para olvidar y en el barco que lo lleva a su destino encuentra al fantasma de su fallecida esposa. Antes de despedirse, el valet le dio una tarjeta personal, le dijo que el belga viviría en Boston, y que si tuviéramos alguna necesidad, que contáramos con él. Cuando se marchó, Alex rompió la tarjeta. Yo no dije nada, pero me dio pena. Pobre belga.

Gracias.

Ivanna

Querida Ivanna:

Henry es el primero de su clase. Qué orgullosa estoy de él. De todos mis hijos. Pero esta vez es una persona diferente quien me lo dice. El rector del instituto nos mandó una carta felicitándonos por ser el primero de su clase y por su ejemplar comportamiento. Nos dijo que era un alumno destacado, inteligente y de nobles sentimientos. Un perfecto futuro caballero inglés. Ian está que no cabe de orgullo, ha enmarcado la carta y la tiene en su oficina. La ha leído no sé cuántas veces a todo aquel que nos visita. Hasta ya la ha memorizado. En cuanto a Randolph, sigue preparándose para entrar el próximo semestre. No tengo esperanzas. Esta vez no me equivoco, mi Randolph es muy diferente a Henry, no sigue órdenes, no sabe de límites. Es un niño que pone sus propias reglas y espera que el mundo se adecúe a

ellas. Ian insiste: «mis hijos tendrán la mejor educación». En estas vacaciones, mi Henry, ha venido a pasar todos los meses con su mejor amigo de su grado llamado Julian, sobrino del doctor Gervais e hijo de la marquesa de Saxonhurts. Cuando me enteré quién era el hermano mayor de Julian, de lo que hizo... casi me desmayo. Resulta que Charles, así se llama, renunció a su título de marqués para fugarse con una muchacha llamada Susana. Viven ahora en Alemania, donde se casaron a escondidas porque la madre de él se oponía a ese matrimonio. Resulta que muchos años atrás, de manera directa pero anónima, logré yo esa unión, aunque hasta el día de hoy supe el desenlace que tuvo una carta que le envié al joven en cuestión contándole la manera deshonesto que unas brujas lo habían separado de su gran amor. Ian (que también sabe lo que hice) y yo nos sorprendimos. Pero disimulamos lo mejor posible.

Estoy muy feliz de engordar a Henry porque ha venido muy flaco. No me convence el tipo de comida que les dan en esos sitios, Julian también está delgado, es uno de esos niños tan bien educado, noble pero no soberbio, algo rígido pero de una mirada muy inocente. Su madre viajó fuera del país por problemas de una herencia, y Henry lo invitó a casa, como el doctor Gervais siempre para en Garden House, la madre aceptó. No tiene papá, este murió cuando él era un bebé, al poco tiempo se fue el hermano mayor, ya sabes por qué, se ha criado con la madre y el tío. Es muy apuesto, las niñas suspiran por él y se desviven por atenderlo. Sobre todo Amy. Ian está que echa chispas. Temo que será un padre muy celoso con las hijas. Me da mucha risa. Bonnie está muy despierta, me hizo sufrir tanto para nacer (jamás pensé que dolería tanto, y tú has tenido cinco) que me lo ha compensado siendo una bebé muy sana, come a sus horas, no se despierta en la madrugada. Quien más la tiene cargada es Randolph. Apenas se despierta, va a verla y la tiene como un bolso a donde va. Pensar que era el hermano que más preocupado estaba por su llegada. En fin. Siete son los hijos que tendremos los Townsend, ya lo hemos decidido. Ni uno más. De aquí, criarlos para esperar nietos. Los primeros serán de Henry, claro. Ya

me los imagino, rubios y orejones. Qué gracioso.

Te quiere,

Violet

—El pato le dice a la vaca —dijo Bonnie disgustada—. Henry, eres el peor contador de chistes.

Henry rio, y por fin Alexandra, después de días de abatimiento, producto de la visita al conde de Keith, pegó la carcajada. Por insistencia de tía Gloria, salieron a pasear a una feria local, a la afueras de Londres, porque había visto a Alexandra muy triste. Primero, había pensado que su sobrino la llevara a un baile. Pero ella manifestó no estar de humor, lo cual Henry agradeció en secreto. Se imaginaba, al día siguiente del evento, a jovenzuelos parados en su puerta solicitando permiso para cortejarla.

—Con razón no lo entendía. —Reía sin parar Alexandra—. Henry, no tienes futuro en las tablas.

A los minutos, Bonnie se quedó dormida en el regazo de la prima. Después de pasar casi todo el día dando vueltas, por fin caía rendida. Mientras el coche seguía la marcha, conversaba Alexandra de las diferencias entre las ferias americanas e inglesas. Henry la miraba, preguntándose si no era a propósito lo que hacía, esos detalles que lo enloquecían, como el acariciar con mucha ternura los cabellos de su hermana, si no era adrede esa manera de ser tan vehemente y apasionada en todo lo que hacía, decía y creía, o la forma que usaba pantalones que le quedaban tan bien, si no había caído al río a propósito para dejar esa visión clavada en su mente, de sus ropas pegadas a su magnífico cuerpo. O esa manera de reír, esos hermosos ojos. «¿Todo lo hace adrede para tentarte, Henry?», se dijo a sí mismo. «O ella es así y tú eres el del problema».

—¿Te gusta Inglaterra? —preguntó Henry de improviso—. ¿Podrías acostumbrarte a vivir aquí?

—Es un poco más rígida que Nueva York. Pero no hay grandes diferencias. No me gusta su té, el de mi mamá es mejor. —Sonrió.

—Nos has dado en el orgullo. —Rio Henry poniendo la mano sobre el pecho.

—Además, los círculos en que nos manejamos son distintos, ustedes son ricos y nobles. Mi círculo en América es más de clase media, profesores, sindicalistas, políticos. En casa, se desayuna, almuerza y cena hablando de política.

—¿Te parecemos frívolos?

—Oh, Dios, claro que no, Henry. Ustedes son las personas más sencillas y buenas que conozco. Pero hay diferencias.

—¿Insalvables?

—No. Si tengo que ponerme un vestido para que a una adorable anciana no le dé un ataque, lo hago.

—Primera vez que escucho decir a alguien que tía Gloria es una adorable anciana.

—Es adorable —dijo Alexandra, riendo con Henry—. Ella también es como me la imaginé. Todo lo que nos contaba tu madre en las cartas es cierto. La belleza de Garden House, las extravagancias de los Townsend, Bonnie y, sobre todo... —Hizo una pausa y comenzó a sonrojarse como aquella vez en que la pequeña Bonnie había dicho si ella se casaba algún día con él, pero fue interrumpida por la llamada de atención del chofer.

—¿Qué pasa, Peter?

—Joven Henry, nos están siguiendo.

Henry cambió de actitud y gritó al chofer no detener la marcha, luego ordenó a Alexandra que no se asomase a las ventanas. Acto seguido, con mucha destreza, salió por una de ellas, con el carruaje aún en marcha. Bonnie se despertó y comenzó a gritar asustada.

—¿Qué pasa?, ¿por qué vamos tan rápido?

—Calma, cariño —dijo Alexandra, abrazándola con fuerza—, creo que es un asalto, y Henry... No sé qué es lo que pasa.

El carruaje fue aún más rápido, estaba ya oscureciendo. En el camino

bastante desolado, solo se escuchaban los gritos de Henry y del cochero. Hasta que Alexandra vio unos caballos a toda marcha ponerse cada uno al lado del carruaje, entonces un hombre con el rostro cubierto por un pañuelo metió la cabeza y, mirándola directamente a ella, les dijo a sus secuaces: «es ella». Los gritos de Bonnie aumentaron, pero Alexandra reaccionó dándole un fuerte puntapié al desconocido en la barbilla, que hizo que este cayera. En ese momento se comenzaron a escuchar disparos, junto a la voz de Henry que ordenaba al chofer no parar la marcha. Siguieron los gritos con la carrosa a toda velocidad. Hasta que minutos después se detuvo.

—¿Qué pasa, prima?

—Calma, Bonnie. ¿Somos valientes, verdad? Calma. Voy a ver.

—No salgas.

—Tranquila.

Apenas puso un pie en tierra, comenzó a llamar a gritos a Henry. Él respondió después de unos segundos:

—Métete en el coche y acuéstense en el suelo.

A lo lejos retumbó otro disparo, dos, tres, hasta un cuarto. De nuevo un gran silencio. Pasaron minutos interminables hasta que la puerta del coche se abrió y Henry encontró a Alexandra acostada casi encima de Bonnie, cubriéndola con su cuerpo.

—Calma, ya pasó —dijo Henry.

—Amo Henry. —Se escucharon los gritos del cochero—. Encontré a uno, está desmayado, se cayó del caballo. Ya lo amarré.

—Salgamos de aquí.

Querida Violet:

Día 48. Estoy mejor, he encontrado que la mejor forma de despistar a la melancolía es haciendo planes. Estoy llevando un diario de proyectos y temas que tendré pendiente al llegar a Nueva York. Estoy pensando que mejor será irme a vivir a Boston, dicen que es la ciudad más inglesa de Estados Unidos, me sentiré más cómoda. La verdadera razón es porque

estaré lejos de Alexander, es lo mejor estar lejos. Lo conozco, es tan noble, tan sobreprotector, está ya haciendo planes del doctor que me verá en Nueva York, un amigo de la familia, hasta habla de las mejores escuelas para mi hijo. Me niego a ser la amiga que da lástima y que tenga que ayudar toda la vida. No, es mejor separarnos. Me gusta la idea de Boston, un negocio pequeño. Quizás un hospedaje o una escuela para señoritas, puede ser. Me pidió Alexander para que sea su secretaria, me alaba diciendo lo buena que soy organizando y clasificando, lo bien que he aprendido a mecanografiar. Solo le sonreí. Nunca, no podría estar a su lado viéndolo todos los días, sintiendo lo que siento. Yo sé que los has adivinado hace tiempo, Violet, pero solo hoy tengo valor para ponerlo en blanco y negro, estoy enamorada de él. Nació sin darme cuenta. Este hombre me sanó, me salvó en cuerpo, en alma de un cruel destino. Dos veces. No es solo agradecimiento. Me gusta, lo admiro, lo quiero. Pero no seré la mujer que lo estorbe en la vida. Que por lástima esté hasta pensando en... no quiero decirlo. Ya lo decidí, nos separaremos apenas llegemos a tierra. Es lo mejor para él. Para mí.

Gracias por ser mi amiga.

Querida Ivanna:

Estoy muy feliz por el cargo que te han dado, nadie lo merece como tú. Y nadie lo hará mejor. Eres mujer, eres inmigrante, has sufrido lo que ellas pasan. Me siento orgullosa de cómo organizas a esas mujeres, de cómo luchas y tratas de ayudar a cada mujer que se te acerca. Sé que a veces te sientes desanimada, por cada una que salvas, otras diez caen en las terribles mafias de prostitución. Pero esa una salvará otras diez. Es la única manera de derrotar el mal: con paciencia.

Lo que te dije sucedió, e Ian no podrá negar que se lo advertí. Una semana y han invitado a Randolph muy amablemente a retirarse del internado. ¿Qué hizo? Ser él, comandó una revuelta estudiantil por la calidad de la comida. Yo sabía que no era buena, le pegó a un niño de último año que molestaba a los más pequeños. Mi hijo a sus trece años es un gigante, debe haber sido hijo de unos vikingos, como todos mis hijos, no

tolera las injusticias, solo que él es un poco impulsivo en dar su opinión, por último, le dio un beso a una profesora. Somos expresivos por naturaleza, muy cariñosos, pero al parecer a las religiosas no le gustan que las besen. En fin, por intervención del doctor Gervais, en consideración a Henry y por una gran donación que dio Ian para ampliar el colegio, le permitirán terminar el semestre. Henry está muy molesto, tanto que le habló, tanto que le dijo de mantener el nombre de los Townsend en alto. No sabes cómo es Henry cuando se molesta, creo que es el único al que Randolph teme en realidad, Ian no lo castigó o amenazó, movió la cabeza y, como siempre, le dijo: «Tú, Randolph, terminarás matándome». ¿Qué voy hacer con este hijo mío? Amy y Katy se pelearon horrible, se fueron hasta las manos, si no las separa Grace, ¿qué hubiese pasado? Fue una pelea pareja, aunque, a pesar de tener la misma edad, Katy es el doble de tamaño de Amy, pero lo que no tiene esta de cuerpo, lo tiene de labia, cómo responde y ataca con la boca, fue pareja. La causa de la discusión no la sé, pero las dos son altivas y orgullosas. ¿Por qué me habrán salido así? Dos horas castigadas viendo la pared. Una hora más sin hablarse. Ahora están ya tomadas de la mano inventando qué travesura hacerle a Randolph cuando vuelva del internado. Mi Grace siempre al medio, es una niña muy inteligente, le hemos puesto dos instructores más, de literatura inglesa y de clásicos griegos. Lo más curioso es que todo lo que aprende ahí mismo quiere enseñarlo, persigue a sus hermanos menores para repartir sus lecciones, al final, el amoroso de su padre es quién con paciencia, aunque esté muy cansado, se sienta a su lado para escucharla hablar de Platón o Aristóteles. Dice Ian que está completando el vacío en su educación, que no recibió de niño, y que Grace será una excelente profesora. Bonnie está creciendo muy bien. Quien más me ayuda a cuidarla ahora que no está Randolph es Josué, cuando dice «mi hermanita», me enternece tanto.

German se puso un poco mal de salud, siempre ha sufrido de los pulmones, de niño hasta estuvo internado por muchos meses en un hospital por esos problemas. Parece que el mal ha vuelto. Helen, sin pensarlo dos

veces, dejó su trabajo para dedicarse a él en cuerpo y alma. Qué bonito amor comparten. Al no tener niños, cada uno brinda al otro los cuidados que la darían a un hijo. Helen es tan maternal e engreidora con German. «Como se me murieron los malos, haré lo que sea para que el bueno me dure», dijo. Vino la mamá de German de Irlanda a cuidarlo, aunque no era necesario, creo que la señora vino a convencerse de que su hijo está en buenas manos. Al principio estuvo un poco reservada, pero después de un par de meses, viendo la sincera devoción de la condesa para su hijo, se ha convencido de que lo mejor que le pudo pasar a él es encontrar a una mujer como Helen. Se hicieron amigas, muchas veces las vi paseando del brazo, juntas por la calle. Ya se marchó a su país con el corazón más ligero, regalándole a Helen el rosario que perteneció a su abuela y otorgándoles su bendición, es una lástima que el padre de German muriera sin antes brindarles la suya. La buena noticia es que la familia de German la acepta, la mala es que posiblemente tengan que buscar un lugar más cálido para vivir. La humedad de Londres, las eternas lluvias, no es el lugar apropiado para que nuestro querido amigo sobrelleve su enfermedad. La decisión está en ellos. Que sea lo mejor para ambos.

Fotografías, por favor, manda fotografías.

Te quiere,

Violet.

Henry las dejó en las puertas de Garden House y se retiró. A pesar de los ruegos de Alex y Bonnie, dijo que iría por la policía para recoger al hombre herido.

Ya entrada la noche, regresó a su hogar, donde una muy inquieta Alexandra lo aguardaba. La evitó y fue directo a la biblioteca, necesitaba un trago con urgencia, pero se encontró con que ella lo había seguido.

—¿Puedes decirme qué pasó?

—Lo que viste, nos quisieron asaltar —dijo Henry apurando otro vaso—. Atraparon a unos de ellos, el que se cayó del caballo, como está muy golpeado, está en el hospital. Mañana, que esté consiente, lo interrogarán para

dar con sus cómplices.

—Henry, hay algo más, no me mientas.

—No sé más, Alexandra...

—Cuando ese hombre metió la cabeza en el carruaje, me vio directo a la cara y gritó «es ella». ¿Por qué?

—Mañana lo van interrogar y lo sabremos.

—¿Querían matarme a mí?, ¿tal vez secuestrarme?, ¿tiene el marqués algo que ver? —Mientras Alexandra le hacía las preguntas, comenzó a caminar muy asustada por la estancia—. Los puse en peligro a ustedes, una bala pudo herir a Bonnie. Quizás ese hombre me ha reconocido por el parecido con mi madre y...

—¡Basta! —le dijo Henry la tomó de los hombros y le dio una leve sacudida—. Basta.

—Ustedes pudieron morir por mi culpa. —A la muchacha le tembló la voz al hablar.

—Basta.

Fue un segundo de mal cálculo. Henry quiso tranquilizarla con un abrazo, pero se acercó demasiado, y el beso que le daría en la sien pasó estrechamente cerca de sus labios, luego no supo más. Fue un beso tierno, pero a la vez muy intenso. Él se apoderó de su boca con propensión, con avidez y cuando sintió el abandono de ella en sus brazos. Perdió por completo el sentido, profundizó en el beso haciéndolo más exigente mientras ella acariciaba sus cabellos. Sus labios comenzaron a recorrer sus mejillas, su largo cuello, solo cuando las manos de él se deslizaron por sus caderas, fue cuando la sintió tensa. Entonces reaccionó Henry para darse cuenta de lo que había hecho. Se separó en seco hasta dejarla a ella tambaleando. Pasó las manos nerviosamente por su cabeza, varias veces, y, mascullando un «lo siento», la dejó aturdida, con el corazón latiendo aún más rápido que cuando fue el asalto de la tarde.

Querida Violet

Día 52. Pronto podrás leer mis cartas. Es lo primero que haré cuando

baje de este barco ir al correo postal y enviártelas. Aproximadamente, solo nos quedan tres días de viaje. La gente está muy nerviosa, se respira en el aire. Alexander me dice que es mejor estar en el camarote para no tener ya tanto contacto con los demás. Cuando las masas están tensas, cualquier chispa puede estallar en un gran altercado. Hace unos días atraparon a un ladrón. Cuando lo llevaban a entregarlo a las autoridades del barco, hubo un conato de pelea. En el barullo, al ladrón lo terminaron arrojando por la borda. Y no lo auxiliaron. Un ejemplo de los que nos espera. Alex dice que el último día es la locura, debo estar preparada, tengo lista todas mis cosas. Alistar las pertenencias de él me demoró un poco más. ¿Te he dicho que es un hombre muy desordenado? Pero lo he conseguido. Sus anotaciones, participaciones y le he mecanografiado la mayor cantidad de apuntes. Espero que en Nueva York encuentre una buena asistente. Es un hombre muy inteligente, pero tiene tal cúmulo de conocimientos que quiere volcarlos todo a la vez. Comienza con una nota por aquí, busca una cita de alguien para agregar, un segundo apunte para que no se le vaya la idea cuando trata de agregar algo más... ya hizo una revolución de todo. En este tiempo está llevando un juicio muy importante para eliminar unas leyes absurdas de un tal Crown, son leyes abominables que pretenden justificar que las personas de color, siendo ya libres, sigan siendo tratadas como esclavos, segregándolos. Vieras qué apasionado es Alexander en sus disertaciones, las está ensayando conmigo. Apenas llegue a Nueva York, tiene que incorporarse a un grupo que está haciendo este noble trabajo y comenzará a viajar por todo el país para ganar adeptos a su causa. No tengo duda de que logrará sus propósitos. Igualdad para todos, razas, religiones, género. Esto último lo he agregado yo. He sufrido en carne propia la explotación y marginación por ser una mujer, es hora de que esa igualdad para todos nos incluya a nosotras, las mujeres, no podemos esperar tener suerte y que la vida nos designe un buen marido para estar a salvo. El estado debe protegernos y darnos las mismas oportunidades que a los varones. Alex ríe, diciéndome que tengo futuro en la política. Nos reímos mucho y trabajamos muy bien juntos. En verdad lo extrañaré demasiado. Pero es lo mejor para

ambos. Sobre todo para él.

Te quiero y gracias,

Ivanna

Querida Ivanna:

No hay novedades. Como siempre, Henry es el primero de su clase en la universidad. Oxford lo recibió con los brazos abiertos, y él dejará huella. A Ian se le llena el pecho de orgullo por su hijo mayor. Aunque a veces me preocupa que mi Henry sea tan perfecto, tan formal. No sé. Mi hijo es noble, decente y justo. Como Ian, yo también estoy orgullosa de él, pero quisiera algo de chispa en su vida, alguna locura, que sea temerario alguna vez, dejarse llevar. Está tan sobrecargado, por su padre, de que debe ser un perfecto caballero, que será el soporte de la familia, de las cosas que le dice todo el tiempo. Ian me dice que para locuras y temeridades tenemos a Randolph. Sobre él, se queda en el instituto, resulta que salvó a un niño de morir ahogado en el río. Fue en una excursión que el pequeño cayó al agua (sí, pregunté, y no fue Randolph quien lo empujó), mientras todos aguardaban a que alguien se dignase a salvarlo, él no lo pensó dos veces, se aventó al agua y lo salvó. Randolph es un excelente nadador, Ian le enseñó desde pequeño para que no nos diera esos sustos. Resulta que el niño era sobrino del Rey. ¿Qué crees? Se queda. Yo, que ya tenía preparada su habitación. Ian y el doctor Gervais están preparando a Josué para el próximo año, pobre mi hijito. De los varones, es el más pegado a mí. Sé que el sí lo sentirá más que los otros, pero él está loco por estar con Randolph y seguir el ejemplo de Henry. Mi Josué es también muy inteligente, un poco más soñador que Henry y más travieso, pero no a los extremos de Randolph. He conseguido, con mucho esfuerzo, que Ian medite sobre el internado de las niñas, he accedido que vengan todas las tutoras particulares que quieran con tal de que no me las quite. Como Ian es muy pegado a ellas, creo que esta vez sí tendré éxito. Amy ya recibe clases extras de piano y de dibujo. Lo segundo le gusta más. Katy, en la cocina, como le gusta tanto comer, le estoy enseñando a cocinar, tiene futuro por su buen paladar, como dice la señora

Holms, su madrina. Una varonesa de no sé qué me mandó una carta diciéndome que cómo era posible que haya puesto de madrina de mi hija a la cocinera de mi casa. No habré cruzado más de dos palabras con esa mujer en algún evento, de manera casual. Eso no le da derecho de venir a decirme eso, ¿verdad? Grace ha pedido clases de alemán, con lo lista que es, aprenderá muy rápido. Extraño mucho a Helen y a German, ella me dice que Mallorca es bonito, el clima le ha asentado muy bien a él, su salud ha progresado a pasos agigantados, buen clima, buena alimentación y tendremos German para rato. ¿Puedes creer que una mujer tan glamorosa como Helen haya renunciado a la vida de ciudad, a su trabajo que tanto disfrutaba, organizando los bailes, eventos y reuniones de la alta sociedad, por una tranquila casa en el campo? Lo que hace el amor. Renunció a todo por cuidar a su German. Me cuenta en sus cartas que está feliz, que se ha adaptado muy bien a su nueva vida y que ya sabe pelear con los tenderos por el peso exacto de la harina. Tía Gloria también está sorprendida, equivocadamente, siempre tuvo la idea de que Helen era algo frívola, pero ahora, por la manera de cómo renunció a su vida citadina por el bienestar de su amado, le ha demostrado que no eran ciertas sus apreciaciones. Mi querida tía ha resultado de gran ayuda con mis hijos. Es muy cierto lo que dicen, a medida que crecen, se hace más ardua la labor, es un poco rígida y algo anticuada, pero muy cariñosa, le tiene un especial afecto a Henry y, sobre todo, a Grace. Bueno, quiere a todos, pero como ellos son los más educados, su temperamento se adecúa más a ellos. Con quién siempre discute es con Ian, mi amado esposo afirma que en tía Gloria se concentraron por lo menos las diez suegras que nunca pensó tener. Aunque en el fondo se quieren. Cuando nadie la escucha, mi tía dice que fue una bendición que encontrara un marido tan bueno como Ian. Él, igual, cuando no escucha mi tía, me dice que tenemos suerte de su presencia en casa, suegra, abuela, tía y chaperona, todo por el precio de una.

Bonnie le dijo a su tutora que a veces ve a sus difuntos abuelitos Alfreds tomar dulces de la alacena. Muy preocupada, me lo comentó

recomendándome un renombrado doctor para que la viera de inmediato, pero cuando le dije que mi hija se equivocaba porque que quien tomaba los dulces era mi difunto abuelo Henry, renunció a seguir dando clases a mi pequeña. No me agradaba, tenía muy ligera la mano con los niños. Pero le diré Ian por qué se fue, estaba encantado con que era tutora de los hijos de un reconocido ministro.

Bueno, son las últimas novedades de mi vida. Ah, me olvidaba, hay unas chicas que rondan a mi Henry, es muy guapo e inteligente, he descubierto que no soy una madre celosa como tanto temía Ian. De Henry solo me preocupa lo rígido que es. Yo solo quiero una mujer que lo ame, lo comprenda y lo haga feliz. Es un buen muchacho, sabrá atraer a la correcta. Eso espero.

Tú amiga Violet.

—Hola, Henry. ¿Por qué viniste al hospital? Yo hubiese ido a tu casa.

—Es un tema delicado, doctor Gervais, que no quiero tratar en casa.

—Me asustas.

—Y yo también lo estoy. ¿Supo que hace dos días...?

—Sí, del asalto —lo interrumpió el doctor.

—Me temo que no fue un asalto, sino un intento de secuestro. Uno de los hombres que nos hizo la emboscada reconoció a Alexandra, escuchamos cuando dio la alerta a los otros de que estaba en el coche. Ella me lo dijo, yo no le di importancia a su comentario para no asustarla más de lo que está, pero también escuché al hombre reconocerla. Ese mismo hombre fue el que cayó del caballo, como estaba mal herido, primero lo llevaron al hospital. Estando allí, pidió que le llevaran una nota a un tal Armand Dextre, que decía que él se encargaría. Esta es. —Henry le extendió una hoja al doctor, que leyó con la frente fruncida—. La interceptó un hombre que puse para cuidar. El caso es que Armand Dextre es el secretario particular del marqués de Rogarth.

—Oh —dijo el doctor, preocupado—. ¿Ha dicho algo más el prisionero?

—Amaneció muerto y en extrañas circunstancias. Supuestamente se desató,

creyó que estaba en la primera planta y se arrojó por la ventana para huir, cuando estaba en un quinto piso.

—Extraño.

—La persona que puse para vigilar me dijo que hubo un sospechoso relevo en esas horas, que a él lo hicieron salir con una excusa tonta. Estoy seguro de que lo aventaron por temor de que hablase. Alguien muy poderoso, que puede comprar hasta la policía.

—¿Qué puede querer el marqués Rogarth de Alexandra? Sí, es muy hermosa, y ese hombre es un degenerado. Pero atreverse a tanto por...

—Hay algo más. Creemos, estamos seguros, que Ivanna, la madre de Alexandra, es *lady* Gertrudis, la esposa del marqués que hace años desapareció fingiendo un secuestro. Me temo que el parecido con su madre lo puso en alerta. Entonces este busca su venganza. No he hablado esto con nadie, salvo tía Gloria. Ella me dijo que lo buscara, que usted tiene influencias y...

—Entiendo, no digas más —lo interrumpió el doctor Gervais. Meditando unos segundos, agregó—: No salgan de casa. Incluido tú. Pon mucha vigilancia. Los sirvientes nuevos o que no sean de tu confianza, dales unos días libres. Quédate solo con los más conocidos. Yo haré unas llamadas y unas cuantas visitas, no te preocupes. Ve, Henry. —Una vez que vio al muchacho retirarse, el doctor levantó la mirada al cielo y murmuró—: Es tiempo de cazar cerdos.

Querida Violet:

Día 55. Esta es la última carta que te escribo desde este barco, solo un par de horas nos separa de tierra. Se escuchan ya los gritos, el trajín de las personas por arreglar sus cosas. Alegría y desesperación. Así está mi corazón, partido. Dejo para siempre a Alexander. He preguntado, sin que se dé cuenta, la mejor manera de llegar a Boston. Ya sé dónde tengo que ir, lo tengo todo anotado. Le pediré las joyas que me diste antes de bajar y he hecho un equipaje muy pequeño, casi es un bolso de mano. Podré hacerlo, esperaré al último minuto para decírselo. No lo dejaré reaccionar, en el tumulto del caos le diré adiós. Es lo mejor. Lo amo, y si entendí algo del

amor, es que este es desinteresado; te recuerdo cómo, aun moribunda, ponías el bienestar de Ian sobre el tuyo. Debo poner el bienestar de Alexander sobre el mío. Será un gran político, este país le ha de deber mucho. Yo no soy el tipo de mujer que podría ayudarlo, tendría que vivir siempre a perfil bajo, siempre huyendo, siempre escondiéndome. Cargando una mujer con un pasado de espanto que lo hará avergonzarse tarde o temprano, con un hijo de otro hombre. No, mi amor es puro. El primer sentimiento verdadero que me ennoblece. Lo amaré por siempre, el adiós aunque duela, es lo correcto. Me reconfortará saber que Alex será feliz, encontrará una mujer digna de él, que lo ayudará a ser el gran político que tanto anhela. Mi hijo y yo estaremos bien. Nos tenemos el uno al otro. Mi próxima carta te la escribiré desde tierra, espero que de Boston.

Gracias, te quiero.

P.D.: Bajo del barco y deposito tus cartas. Que lleguen a tus manos lo más pronto.

Querida Ivanna:

Henry graduado con honores. Los mejores bufets de abogados se lo pelean, pero mi hijo ha decidido no ejercer su profesión. Se abocará de lleno a las empresas de la familia. Esporádicamente dará consultorías a personas de bajos recursos que no puedan pagar los honorarios de un abogado. Tiene ya dos casos, uno para apoyar un sindicato de zapateros a quienes quieren desalojar de un terreno adquirido por ellos en toda regla, y el de una viuda a quien su cuñado la ha dejado sin la herencia que le corresponde. Todo ad honorem. Dice Ian que si pierde los juicios, conociendo a su hijo, igual él les dará el dinero. Sobre su propio juicio para obtener legalmente su título nobiliario, por fin terminó, luego de casi veinte años. La Corona Británica le reconoció a mi adorado hijo el ser conde de Hamilton. Hasta quedará como precedente para que Inglaterra tenga leyes, en el futuro, sobre la adopción. La verdad, Henry lo tomó sin mucho entusiasmo, como todos en casa. Pensándolo bien, fui yo la que se entercó en esa idea. Me sonaba tan bonito que mi hijo mayor se llamara igual que mi querido abuelo y tuviera

su título: «Henry Townsend, conde de Hamilton». Me he dado cuenta de que no le gusta que lo llamen conde, siempre dice, con mucho orgullo, su apellido, Townsend, hasta se avergüenza un poco cuando lo tratan por su título. Aunque yo le he explicado que su bisabuelo también fue un hombre intachable y que se debe sentir muy orgulloso de llevar su título, pero... Tendrá su lugar en la cámara de los lores, eso lo entusiasma en algo, por las reformas que pudiera impulsar. ¿Habré cometido un error? Ian dice que es lo justo, le correspondía. Lo que es a mi otros hijos, ninguno desea tener algún grado de nobleza. «Ya tenemos a Henry para eso», me dicen. Mis hijos son muy particulares.

Randolph pudo graduarse en el instituto. Josué, muy bien, entre los primeros de su clase. Mis hijas, muy lindas, creciendo, con un montón de profesoras con tal de que no se alejen de mí. Amy pide que le enviéis los catálogos de modas y Katy, libros de cocina. Estoy tan contenta de que Alexandra haya ingresado a ese prestigioso instituto y becada, Ian también está orgulloso. No lo dice, pero piensa en su hermano. Ay, cómo es la vida, cómo es Dios, que en el camino nos pone siempre las segundas oportunidades y a las personas correctas para reivindicar la historia de cada uno, de esta obra extraña que es la vida. Estoy muy poética, hemos descubierto que a Grace le encanta la poesía, mi dulce y callada hija nos lee todas las noches, le encanta Whitman, Byron y sobre todo Amy Levy. Recita tan bonito que nos hace llorar. Hasta a Katy, si es que no se duerme junto con Ian. Esos dos cómo se parecen, hasta roncan igual.

Qué alegría que a tu hija, mi Violet americana la llamo yo, le guste tanto la poesía, se parece en eso a Grace. ¿Sabes que se escriben a menudo y se intercambian poemas? Qué lindo que a pesar de las distancias nuestros hijos crezcan como familia. Puesto que lo somos. Ian y yo hemos creado a nuestro alrededor una enorme familia para nuestros hijos. Su familia americana, los Romanov; sus tíos Helen y German, en Mallorca. Sus tíos Jean Paul y Vespasiano, en Argentina; tía Gloria, Gervais, la señora Holms. A diferencia de sus padres, nuestros hijos tienen mucha familia, por todo el

mundo, que los aman. Ian me dice que son afortunados, que si algo nos pasara, tendrían gente buena que velará por ellos. También lo creo.

Te quiere,

Violet

Capítulo 2

En tierra

Los silbidos estruendosos, piropos lascivos y las risas vulgares de los trabajadores sacaron de su ensimismamiento al conde de Hamilton. Pensó que era día de paga, era común que esos días, mujeres de dudosa reputación solieran pasar muy provocativas por la fábrica, lo que generaba ese tipo de alboroto. Con resignación, regresó a su papeleo y números, aunque su cabeza estaba en una mujer de ojos negros. De repente no solo veía en su mente esos ojos, sino que también escuchó su voz. Con su fuerte acento americano pedía que la dejaran ver al señor Henry Townsend.

Salió de la oficina, y ahí estaba ella delante de un control, discutiendo con el encargado. Como la primera vez que la vio, tenía unos pantalones ceñidos y la camisa blanca. Bajó corriendo las escaleras para darle alcance, la tomó del brazo de forma no muy delicada, a la par que con una mirada amenazante mandaba a callar a sus obreros, y luego la introdujo casi a la fuerza a su oficina.

—Santo Dios, Alexandra. ¿Estás loca?, ¿qué haces aquí? Te dije que no salieras de la casa, ¿cruzaste la ciudad sola?

—Crucé un océano por verte, Henry Townsend, ¿me iba faltar valor para cruzar una ciudad? Sobre todo porque no quieres dar la cara... Hace tres días que te escondes de mí como un cobarde. Me levanto y ya te has ido, y en la noche llegas muy tarde y tampoco puedo verte. No me diste otro camino.

—Yo... tenía que ordenar mis pensamientos, no debí besarte, me disculpo, estabas mal, vulnerable, yo me aproveché de... —En ese momento, la mano de Alexandra cruzó el aire y le dio una fuerte bofetada que lo dejó aún más aturdido.

—No te golpeé por el beso que nos dimos. —Hizo énfasis en la palabra nos—. Te golpeo por disculparte, por pedirme perdón de algo que fue muy hermoso y que ambos deseábamos...

—Alexandra, yo no sé qué esperas de mí. Estoy comprometido.

—¿La amas?

—Estoy comprometido con Eliza desde hace un año. Hasta ya deberíamos estar casados.

—Y no lo hicieron porque ella pospuso el matrimonio para evitar que el escándalo del divorcio de Grace opacara su gran boda planeada. Te recuerdo que, por querer Julian hacer lo mismo, retrasar su boda, tu hermana Amy rompió su compromiso. ¿Dime, Henry, tanto la amas para haber aceptado esa bajeza?

—Alexandra..., yo.

—¡Pregunté si la amas! —alzó la voz

—Yo... Alexandra, nos conocemos solo hace unos días. Ni siquiera sabes quién soy.

—No te gustan las carnes rojas —le dijo ella después de una pausa—, y eres alérgico a las cerezas. Eres muy tímido con las personas extrañas, pero cuando agarras confianza, puedes ser muy divertido. Pareces ser muy centrado, hasta frío, pero cuando algo te indigna, desatas una cólera en ti que ni tú mismo puedes controlar; eres noble, leal, inteligente y tierno. Te has echado el peso de tu familia en los hombros; aunque los criticas, los adoras; las mujeres te manipulan con falsas enfermedades y les sigues el juego porque no te gusta verlas tristes; finges ser un flemático inglés, hecho a la medida del perfecto caballero, pero hay una gran pasión en ti que solo yo sé que existe.

—No tiene sentido.

—Lo sé, te conozco por cartas. Me hice una imagen de ti desde niña, la fui formando con los años, te declaré mi amor a los 10 años, cuando fuiste a América, pero no te diste cuenta. Cuando supe que te ibas a casar, decidí venir a verte, tenía que cerciorarme de que no eras una ilusión, te encontré, y eres aún más de lo que había imaginado. Solo que no calculé que fueras un

cobarde, porque si a mí, Henry Townsend, me sobró valor para cruzar un océano y decirte que te amo, tú no tienes valor para decirme si amas a la mujer con la que te vas a casar.

—Alexandra.

—Adiós, primo, y ni se te ocurra seguirme.

Querida Violet:

Si supieras dónde estoy, ni yo me lo puedo creer. Estoy en Nueva York, en Brooklyn, en el barrio ruso, y formalmente ya soy la señora Ivana Romanov. ¿Cómo pasó?, ni yo lo creo, terminé de escribir la carta anterior a esta y comenzaron los gritos que anunciaban que empezaba el desembarque. Alexander muy nervioso me dio las últimas indicaciones, bueno, solo una, y me la gritó en el oído: «no te separes de mí». Son por lo menos dos mil personas en todo el barco que tienen que bajar a la vez. Comenzamos a caminar a cubierta, en procesión, por las escalinatas. Un sol muy hermoso nos dio la bienvenida. Asustada, muy agarrada de su mano, nos encaminábamos a empezar la bajada. Muchas personas desde tierra gritaban el nombre de aquellas a las que esperaban, y un griterío enorme nos ensordecía. Alexander se puso delante de mí para que no fueran a golpearme el vientre con sus maletas. Cuando de repente me paré en seco, había olvidado mis cartas en el camarote. No podía moverme. Mientras las demás personas nos empujaban, Alexander trataba de hacerme entrar en razón, diciéndome que las volvería a escribir en tierra, pero no podía, era dejar tantas emociones, tantos sentimientos, era imposible marcharme sin ellas. Me puse a llorar desesperada, lo cual logró conmoverlo, me enlazó la mano a la barandilla y fue por ellas. Yo me quedé mirando el tropel de gente que bajaba del barco, las personas que los esperaban en tierra, los abrazos, las risas, la algarabía de recibir, ¿a quién?, un hermano, padre, hijo o paisano. Pero alguien los recibía. A los que nadie nos daba la bienvenida, nos quedaba esa dama inmensa con su brazo levantado, ese sol esplendoroso y un cielo azul despejado. Pensaba en las palabras correctas para despedirme de Alex, cuando lo sentí a mi lado, y escuché desde tierra

que un grupo de personas gritaba su nombre a la vez que agitaban sus sombreros y aplaudían. Alexander, entonces, pasó su brazo por sobre mi hombro, me señaló a ese grupo de personas y, sin decirme nada, me dio un profundo y dulce beso en los labios. Lo que provocó que el grupo de personas que coreaba su nombre aplaudieran y gritaran su nombre con más fuerza. Al soltarme, tomó mí a mano y empezamos a caminar, luego me dijo que él también estaba enamorado de mí, que estaba loca si pensaba que me iría a Boston con su hijo. Porque él ya lo había decidido, era su hijo. Había leído la última carta que te escribí, cuando se abrió al caérsele de las manos, donde yo te decía que lo amo. Repitió muchas veces, a gritos casi, que me amaba y que con nuestro hijo estaríamos siempre juntos. Mientras me hablaba todas esas cosas, seguíamos caminando. Alexander abriéndose paso a codazos y empujones para que nadie me lastimara. Si sus palabras me emocionaron, fue su actitud protectora hacia mí y mi hijo lo que llegó a enternecerme. Yo no podía hablar, él, imparable con su inglés entreverado con ruso, me decía que le había ahorrado un montón de serenatas, poemas y evitado hacer el ridículo porque era muy malo en esas cosas. Al llegar a tierra, un grupo de gigantes de cara redonda nos rodeó gritando el nombre de Alexander. Él les dijo en ruso que era su esposa, y todos comenzaron a aplaudir, a besarme, pasándome de brazo a brazo, hasta que Alex, sombrero en mano y dándoles de golpes, logró que me soltaran. Todos hablaban a la vez, hasta que se hizo silencio, se abrió un espacio en el círculo formado alrededor nuestro y apareció una mujer bajita, de unos brazos inmensos, con un pañuelo rojo cubriéndole la cabeza, que se me quedó mirando muy seria. Alex se puso a mi lado y le dijo en ruso, señalándome: «Madre, es mi esposa». La mujer me miró muy seria de arriba abajo, levantando el mentón, yo me puse pálida, pero cuando le dijo que estaba esperando su hijo, entonces, de esa atemorizante mujer brotó la más dulces de las sonrisas que haya visto, lloró, me abrazó y me dijo «hija». Tenía tantas emociones acumuladas que yo también me puse a llorar. La mujer me dijo en ruso: «La hija que tanto anhelé, mía y con mi nieta». Al momento me ordenó llamarla madre y comenzó a gritar ordenes, que todos esos gigantes obedecieron, «tú,

trae el equipaje; tú, *el coche de Alexander*». Todos se movían, y ella sin dejar de abrazarme. Ahora estoy en casa, tengo una casa, tengo un esposo, un padre para mi hijo, una madre y una enorme familia.

Gracias a ti, Violet.

P.D.: Cuando le pedí las joyas a Alexander para enviártelas de regreso, puesto que ya no las necesitaba, me contó que nunca las trajo a América. Que no le pareció correcto que te desprendieras de un regalo hecho con tanto amor por parte de tu esposo y que las dejó encargadas en un banco a tu nombre. Siempre fue su plan el solventar mis gastos en este país. No te dijo nada a ti porque te hubieses molestado. No me gustó que me mintiera, pero... qué noble y caballero es mi esposo. Cuánto lo admiro.

Querida Ivanna:

Gracias por enviar esa foto de Alexandra y su velero. Te contaré que un día Ian se apareció con ese barco en miniatura y me pidió que se lo mandase a Alexandra. Había traído también regalos para tus otros hijos, pero especificó que el velero fuera para ella. Me intrigó el asunto y, como siempre para sacarle las cosas a mi esposo, tuve que jalarle la lengua, no le di tregua hasta que me contó. Cuando eran niños, él y Randolph vagaban por la calles de Londres, ambos iban por las tardes a pararse en la vidriera de una juguetería, a Ian le gustaron los trenes (ya sé por qué tengo toda una habitación llena de trenes de juguetes). Y a Randolph le gustaron los barcos, tal como el que ha enviado para Alexandra, su hermano decía que cuando fuera grande y tuviera dinero le compraría uno igual a su hijo. Cuando Ian lo vio, pensó en Alexandra. Ha puesto el retrato de ella y su velero en la biblioteca. Me dice que sus ojos son idénticos a los de su mamá, como él los recuerda: negros, profundos y de largas pestañas. Me alegra mucho que Ian piense en Alexandra como la sobrina, hija de su hermano. Y que ese dolor esté cicatrizando poco a poco. Cuando le leo tus cartas, la parte a la que más le presta atención es lo relacionado a ella. Hasta me hace repetir los párrafos. Está orgulloso de que sea tan inteligente, atleta y decidida. Está muy agradecido con tu esposo por quererla tanto.

Me pasó lo mismo otra vez con Josué y Randolph, están de vacaciones en casa, aunque esta vez tuvo más la culpa Josué. Siempre quiere hacer todo lo que el hermano hace. Resulta que se pusieron a jugar con los hijos de la señora Holms en el río y... no quiero recordarlo. Basta decir que le pusieron catorce puntos en la cabeza. Gervais me los contó. Casi me desmayo. «¿Josué Townsend, tienes que hacer todo lo que tu hermano hace? — Retumbaron los gritos de Ian por toda la casa—. ¿Si él se avienta de un barranco, tú también lo haces?». Siempre siguiendo a Randolph, a este también le cayó su reprimenda. «¿Por qué no cuidas a tu hermano?». Muy asustado y avergonzado, mi Randolph pidió disculpas, aunque él solo tiene unos cuantos años más que Josué, pero lo hemos condicionado tanto, por su fortaleza física, a que sea el protector de sus hermanos, que se siente responsable de lo que le padece a cualquiera de ellos y no me parece justo. Ambos castigados. Ian pocas veces pierde la paciencia, es tan ecuánime, hasta flemático, pero cuando ve sangre, golpes o situaciones que pongan en peligro la integridad de sus hijos, pierde el control. Silencio sepulcral en casa. Cuando papá se molesta, todos a caminar de puntitas y a hablar en murmullos. Katy luego se le acerca con un pastel; Amy, con sus bromas, y Grace, con sus dulces maneras, logran tranquilizarlo. La pequeña Bonnie ya está aprendiendo las tretas de las hermanas. Al rato mi esposo ya está sonriendo. Pero qué chicos. Yo termino siendo el pararrayos de toda situación. No sé cómo, pero todo termina en que soy la que engríe mucho a los chicos y por eso son tan indisciplinados. Claro, pero cuando hacen cosas buenas y son felicitados o puestos de ejemplo, son los hijos de su padre, son unos Townsend. Qué gracia. Sus hijos cuando le conviene.

Helen se ha bautizado en la fe católica. Aún no quiere saber nada de matrimonio, pero es un gran avance, ahora ya comparten la misma religión. Un día de estos nos darán la sorpresa. German está bien, hace meses que no tiene ninguna crisis.

Te quiere, Violet.

La carroza se estacionó a cierta distancia, cuando el marqués de Rogarth

salía de su casa, una voz lo llamó enérgicamente, lo que le causó sorpresa porque lo hacía con su nombre de pila.

—Donalph.

El doctor Gervais, sin bajar de la carrosa y con la mirada al frente, esperó a que el marqués se acercara lo suficiente, en ese momento giró su rostro y le dijo:

—Los Townsend son mi familia, incluida Alexandra Romanov, si algo les pasa, para mí solo habrá un culpable.

—¿Me amenazas, Gervais? —Rio el marqués

El doctor no dijo más. Pegó a la ventanilla un pañuelo rojo atado a un crucifijo de plata. Al mismo tiempo, tocó con el bastón el piso del coche para que avanzara. Y dejó al marqués parado en la acera, pálido, tembloroso y con los ojos llenos de lágrimas.

Querida Violet:

Estoy organizando mi vida, he hecho el cambio de mis nombres y el matrimonio con Alex, dentro de todo es legal, casi. Él me dijo que estaría el tiempo que yo dispusiera para tener intimidad, hasta meses podría esperar. Fueron las seis horas más largas de nuestras vidas. La primera noche juntos en tierra fue nuestra primera noche de bodas. Estoy casada con el hombre que amo y por primera vez en mi vida toco, siento y beso al hombre que sé que me ama. Cuán diferente es compartir el lecho con el cuerpo y, sobre todo, con el alma dispuesta. Todo es nuevo para mí, las sensaciones, los sentimientos, el placer es tan diferente y desconocido pero, sobre todo, hermoso. Definitivamente tener una relación carnal, sin amor, es una pérdida de tiempo, es la nada, es la más triste de las soledades.

Bueno, en mi casa, no soy muy doméstica, llevo una semana tratando de ayudar en lo que pueda, pero soy muy torpe. Y el otro torpe de mi esposo les contó que fui una mucama inglesa. Una mucama que no sabe ni tender una cama. Temo por mi torpeza ser descubierta, pero madre es muy amable, pasa por alto mi poca destreza en cosas que supuestamente debería saber. Qué raro y qué natural es decirle madre. Es muy buena, me tiene mucha

paciencia. Siempre está de buen humor, cantando, haciendo bromas, fastidiando a los hijos y sobrinos. Y su palabra es ley, levanta una ceja y los gigantes rusos salen corriendo a cumplir sus órdenes. Pero al segundo, después de pegar el grito, ya está sonriendo. Aunque haya sufrido mucho en la vida, es ese tipo de personas que ama estar viva. El primer día me contó cómo se conocieron ella y su esposo. El padre de Alex era un libre pensador que iba de pueblo en pueblo tratando de alfabetizar a los campesinos pobres. No pertenecía a ningún grupo político, hacía, a su manera, su propia revolución, decía que dándole un lápiz a un hombre se cambiaría más rápido el mundo que dándole un arma. Un día llegó a la casa de un campesino alcohólico, y este intercambió a su hija por una botella de vodka, amenazando al señor Vasili (padre de Alex) que si él no se la compraba, se la daría al siguiente que pasara. Lo que te cuento es verdad y muy triste, pero aunque no lo creas, madre lo cuenta riendo. El señor la llevó de frente a la iglesia para casarse con ella. Era un hombre muy decente. Lo amó mucho, fue su esposo, amante padre, hermano, amigo, camarada, y lo siguió por donde a este le apuntara la nariz, hasta que lo pusieron en una lista negra de enemigos del zar. Huyeron hasta Inglaterra y la casualidad los hizo llegar a Garden House, donde tu abuelo los cobijó.

Nueva York es una ciudad hermosa, que crece a un ritmo impresionante. Dejas de ir dos semanas al mercado y encuentras todo diferente, un nuevo edificio, un nuevo almacén, una nueva calle. Una mezcla de colores, olores y costumbres, como el barco que nos trajo. También es peligroso. El cuento de América tierra de oportunidades se cumple, pero para muy pocos. Hay zonas muy pobres. Los extranjeros se han dividido la ciudad por barrios, la zona italiana, el barrio irlandés, de orientales o judíos, la zona ucraniana-rusa, y en vez de ayudarse y compartir el sentimiento de ser todos inmigrantes, se odian. Las disputas entre barrios son terribles, y los inmigrantes siguen llegando cada día como olas que trae el mar. Los Romanov y otras personas nobles como ellos los reciben y los ayudan a conseguirles trabajo o alojamiento, pero también existen mafias que los reciben para explotarlos

laboralmente, rentarles habitaciones a costos elevados, en edificios insalubres, muy tugurizados, y por supuesto los temibles proxenetas. Hay zonas y horas donde no puedes pasar porque corres el riesgo de que te secuestren, que te lleven a otras ciudades para prostituirte y que tu familia nunca más vuelva a saber de ti. La historia de los Romanov es muy particular, cuando llegaron a América, gracias a tu abuelo. ¿Sabes que hay un retrato de tu abuelo el conde de Hamilton junto a los santos de mi suegra? Ella le reza, le prende velas y le habla como a los otros. Cuando Alex le contó que era yo tu mejor amiga, le dio tanto gusto. Tiene a tu abuelo por santo. Como te decía, cuando llegaron América los cuatro, se instalaron con mucha dificultad en Nueva York, pero el señor Romanov murió solo dos años después, como dice madre, aunque lo amaba mucho, lo lloró solo un día, al día siguiente compró un cuarto de vaca y se dedicó a vender carne. El padre de Alexander como libre pensador anarquista que era, siempre los hacía vivir más de sueños que de comida. Al morir, mamá tomó las riendas de la familia y ese cuarto de vaca se convirtió en una cadena de carnicerías de las más prestigiosas de Nueva York. Tenemos buen nivel de vida. Madre es muy buena, ha traído de la gran patria mucha familia, les da empleo y luego los independiza. Tendríamos mucho más dinero, pero es una mujer muy generosa, eso me alegra. Hace tres años se jubiló y ha dejado los negocios a cargo de Iván, de quien eres su amor platónico. Cuando le conté que estabas felizmente casada, amenazó con suicidarse. Mentira, es un gran mujeriego. Madre siempre está poniéndole apuro para que se case, cada vez que conoce una muchacha rusa, la trae a casa para presentársela, pero mi cuñado le huye al matrimonio como la plaga. Alex es el intelectual de la familia, ve los negocios, pero en lo que se refiere a la parte legal. Todos los Romanov y compatriotas están muy orgullosos de él por ser el primero en haber ido a la universidad. Iván no quiso ir, apenas terminó la educación básica y a pesar de los ruegos de madre, se dedicó al negocio de las carnicerías. Nuestro hogar es muy bonito, desde lejos te das cuenta que es una casa rusa, hecha de ladrillos rojos donde resaltan unas ventanas de madera exquisitamente labradas,

cuando entras, te descalzas y al lado de la puerta hay zapatillas para caminar por dentro, tenemos muchos adornos y muebles que se han traído de la Gran Madre (ya me acostumbré a llamar a Rusia de esa manera). A veces abrumba la gran cantidad de adornos, o los altares de santos dispuestos en medio de la sala, me estoy acomodando a sus costumbres. Los rusos son grandes conversadores, muy intensos en sus discusiones, hablan un poco fuerte y muy rápido te tutean, al principio te parece gente muy seria, pero lo que pasa es que tienen distintos tipos de sonrisas. La casa de madre es como un lugar de peregrinación, siempre hay algún invitado, una mujer que viene a pedir consejo por problemas con su marido o por una receta de cocina. A Iván también lo buscan mucho por los negocios y a Alex, por problemas legales. Todo el día entra y sale gente de la casa, que no sé por qué se molestan en cerrar la puerta. Hay mucho espacio, pero madre dice que debemos tener nuestro propio hogar, cerca de ella para cuidar a su nieta. Nieta, tiene la idea fija de que será mujercita. Casi toda la familia son varones, dice que Dios ya no puede castigarla más y que yo le daré por lo menos 10 nietas para llenar de color su casa. Alex está de acuerdo, buscaremos una casa apenas organice su trabajo y encuentre una asistente. Tendré que poner esfuerzo a esto de ser ama de casa.

Tú amiga Ivanna

P.D.: Sobre las joyas, es un asunto finiquitado. Mi esposo y yo estamos de acuerdo con que sea nuestro regalo, de nosotros hacia ti. Tú, amiga, cambiaste mi vida, nos diste una segunda oportunidad. Recíbelas con el mismo afecto con que alguna vez te desprendiste de ellas.

Querida Ivanna:

Te conté que estoy muy orgullosa de Henry, digo, estoy muy a menudo, ¿verdad? Pero dime tú si no tengo razón. Hace unos días, él y Julian invitaron a un amigo abogado de origen hindú, un muchacho muy simpático, bastante bajito, de sonrisa fácil, me agradó mucho, se han hecho muy amigos. Entonces que lo invitan al club al que pertenecen y, ¿qué crees?, en la puerta le prohíben el ingreso a su amigo invitándolo a entrar por las de

servicio e indicándole qué ambientes del club podría transitar. Por supuesto Henry se puso rojo de cólera (eso me lo contó Julian), le dijo al encargado que de inmediato retiraba su membresía del club porque él, siendo adoptado y al no saber sus orígenes, no estaba seguro de tener sangre india, escocesa, árabe o africana, y no quería contaminar los ambientes de tan prestigioso establecimiento. Julian también renunció a ser miembro del club... Ian se contrarió un poco, hace 30 años que es socio y tanto que le costó entrar, pero cuando Henry le contó las razones, también retiró la suya y la de sus otros hijos. A Josué no le importó porque nunca iba, y a Randolph, este sí se apenó, sobre todo por el gimnasio del club, donde practica boxeo, le apena que ahora no tendrá oportunidad de, a la legal, partirle la cara a esos nobles c... apretado. Mi hijo tiene una boca de bucanero. Mis Alfreds se divertían enseñándole esas palabrotas. Ay, cómo extraño a mis viejitos.

Hablando de Randolph, su carrera de boxeador duró un solo día. Una sola pelea y colgó los guantes. Le queda su cartel y esos calzones ridículos. El día de la pelea yo no fui. Ian no quiso ni saber dónde era. Cuando me lo trajeron, estaba tan magullado, la ceja partida, los labios hinchados, la nariz doblada. El doctor Gervais, que sí fue a la pelea, diagnosticó dos costillas rotas, pero lo peor fue cuando me dijeron que había ganado. Me horroricé, o sea, si perdía, me lo traían en un cajón. Le juré por la memoria de mi abuelo que jamás se volvería a subir a ese ring, que la próxima vez, correa en mano, lo bajaba, que no vería un hijo muerto por un seudodeporte en el que la gente se divierte donde otros sufren, qué innoble. Se rio y, como siempre, apeló a su papá, pero esta vez Ian me apoyó, no salió con eso de que los chicos elijan su destino y le dijo: «yo seré quien la suba al ring y si ella no te baja, te bajo yo». Listo, tendrá que buscar otra profesión. Por temor al ridículo, de imaginarse a su madre correteándolo con la correa delante de su público o porque, como le dijo a sus hermanas, no quería desfigurar su hermoso rostro, su público femenino no se lo perdonaría. O quiero pensar por lo que le dijo al doctor Gervais de regreso de la pelea, que le había dado pena golpear a un hombre que no le había hecho nada y

que peleaba por dinero. Por cualquiera de las razones, pero no se vuelve a subir a un ring al menos profesionalmente. Este chico. Aunque no me gusta la idea, creo que el ejército no es tan mala opción. Un poco de disciplina no le vendría mal y tendría donde soltar tanta energía.

Amy y Katy se pelearon otra vez, ya están grandes para estos pleitos, pero a veces parecen niñas discutiendo por ser el centro de atención del papá. Comienzan con bromas inocentes de que «a mí me quiere más»... y de repente se están jalando las trenzas. Ambas son muy tercas y orgullosas. Se les pasa pronto, sé que se adoran, pero cómo me hacen rabiar. En fin, castigadas, Katy no entrará a la cocina una semana, es lo que más le duele, dejar de inventar pasteles, y Amy tendrá que acompañar a tía Gloria todos los días, durante dos semanas, a su club de lectura.

Ian estuvo un poco mal de salud, tiene dolores de cabeza muy seguido, Gervais le ha ordenado bajar de peso y menos trabajo. La edad se nos viene encima. Lo tengo a punta de ensaladas, y Henry está asumiendo cada día más las labores de la fábrica. Ian es un magnífico maestro, le está enseñando a su hijo todo lo que se refiere a los negocios. Cómo tratar a los socios, clientes, a los empresarios de la competencia, a los trabajadores, siempre con sus frases «haz lo correcto, lo justo», «escucha, el silencio es tu mejor arma», «no tomes decisiones con cólera». En las reuniones, ahora es Henry quien habla, y su padre se sienta a un lado a observar. Nunca le llama la atención o lo contradice delante de otros. Cuando alguien quiere pasar por encima de Henry y hablar directo con él, Ian se disgusta y les dice que las decisiones las toma su hijo. Terminada la jornada, a solas, se encierran en la biblioteca e Ian le repasa las cosas que hizo mal y cómo debe corregirlas. Un par de veces han querido que Randolph se integre y aprenda también de los negocios de la familia, pero dice su padre que cuando va a las oficinas, solo va a comer, dormir y enamorar a las secretarias. Además, es muy desprendido con el dinero, lo ha heredado de mi abuelo ese defecto o virtud, no sé bien cómo definirlo. Cuando algún amigo le pide dinero, da todo lo que tiene, nunca cobra, regala relojes u objetos costosos como si

fueran pequeñeces, no tiene claro el valor de las cosas. Dice Henry que es mejor alejarlo de los negocios o nos llevará a la quiebra. Josué está decidido por la medicina. Grace quiere ser maestra. Katy y Amy son más artísticas, creativas, en lo que es cocina y dibujo respectivamente. Confiaremos todos en Henry para que los negocios de la familia sobrevivan.

Saludos de Helen, le gustaron mucho las revistas que le enviaste.

Te quiere, Violet

—¡Doger! —Bonnie corrió a su encuentro y lo abrazó con fuerza, cómo le gustaban al amable doctor esos abrazos de los Townsend.

—Buenos días princesa —saludó sonriente

—A las mujeres —habló Bonnie muy seria—, no nos gusta que nos llamen princesas ni muñecas. No es correcto. Somos personas, no juguetes. ¿No es así, Alexandra?

—¿Le estás dando clases intensivas de feminismo? —preguntó el doctor a Alexandra, quien tomaba su té al lado de tía Gloria, en la terraza

—Creo que se me ha pasado la mano —respondió sonriendo.

—¿Y Henry? —preguntó Gervais.

—Henry salió muy temprano —señaló tía Gloria a la par que acomodaba las mangas arrugadas del doctor—. ¿Por qué siempre andas como un adefesio?

—Recibió una carta de la odiosa de Eliza, está en Londres —interrumpió Bonnie.

—Basta, Bonnie —dijo tía Gloria—, es la novia de tu hermano, respétala.

—Ah, tía. —Bonnie, poniéndose las manos a la cintura y gesticulando, agregó—: A ti tampoco te cae bien. Finges dormir cuando te habla, y a usted tampoco, doctor, siempre se le está muriendo un paciente cuando la ve. «¡Tengo que irme, es una emergencia!».

El doctor dio una estruendosa carcajada que retumbó en toda la casa...

—Siga celebrando las impertinencias de esta mocosa y se volverá incontrolable.

—Bonnie, no seas impertinente —el doctor Gervais habló imitando los

gestos de tía Gloria.

—¿Henry ha ido verla? —preguntó Alexandra.

—Sí —respondió Bonnie—. Es tan odiosa. Todo critica, se cree tan distinguida y perfecta. —Haciendo muecas graciosas, siguió hablando—: «Henry, cariño, acomódate la corbata. Henry, querido, no hables fuerte. Henry, querido, hay buenos internados en el extranjero para niñas como Bonnie».

—Si él la quiere, hay que respetar sus sentimientos —dijo Alexandra.

—Me quiere mandar a Suiza —repuso Bonnie—. Henry nunca se ríe cuando está a su lado.

—Voy a caminar un poco —la interrumpió Alexandra, y se levantó de la mesa—. Daré un paseo por los jardines. Permiso.

Los tres vieron a la hermosa joven secarse una lágrima con el reverso de la mano mientras caminaba alejándose de ellos.

—Así no debe terminar esto. —Bonnie suspiró haciendo una tierna mueca de disgusto—. Ya me encariñé con ella. Se los ve tan bonitos juntos.

—Calma, Bonnie, calma. —Tía Gloria también suspiró, mirando con tristeza a Alexandra—. Hicimos todo lo que pudimos. La paciencia es el don de los sabios.

—Escucha a tu tía —agregó el doctor Gervais, también triste—. Más sabe el diablo por viejo que por diablo.

—Vieja será... Bonnie, cariño, tápate los oídos, o mejor anda a la cocina y pídeles que sirvan el té.

Una vez que la niña se fue, Gervais, intrigado, increpó a la tía:

—Nunca has dejado de insultarme delante de Bonnie.

—Esto no debe de terminar así. —Señaló a la joven que, triste, caminaba por los jardines—. Es hora, Gervais, de que pagues toda la comida que te hemos dado por años.

—¿Qué quieres que haga?

Querida Violet:

Ya la barriga no me deja ni caminar, es enorme. Alexander le habla todas

las noches, le dice «hijo». Yo, al igual que madre, tengo el presentimiento de que será mujer. Hace unos días tuve un incidente con madre, la ayudaba a pelar unas patatas, aunque tenemos dinero, a madre le encanta ella misma cocinar, habla de que tu mamá Bonnie le enseñó gran parte de los que sabe. Bueno, en plena peladera de papas, la dejé tan cuadrada que ella se puso a reír y me dijo que si yo alguna vez fui mucama, ella había sido una princesa rusa. Asustada, me puse a llorar, me tomó en brazos y me dijo «calla, hija, calla», me meció como una niña y agregó: «todos tenemos nuestro pasado, y a nadie le importa. Calla». Pero sentenció que para la cocina no servía. Enseñándome la patata cuadrada, se rio y me dijo que la llevaría a la quiebra. Luego, muy seria, agregó: «a ver, hija, eres inteligente, sabes leer, mecano... ¿cómo se llama eso?, Alex dice que sabes organizar todo, hablas varios idiomas, ¿y estás esperando que tu guapo y joven esposo contrate una asistente con la que pasará de ocho a diez horas diarias?, eres tonta, Dosh».

Esa misma noche le dije a mi esposo que sería su asistente. Al principio, objetó, sí, claro, muy libre pensador y todo, pero bien que tiene su lado machista: «¿y quién va a criar al bebé?, «Mi hijo no será criado por sirvientes», y otras objeciones más... Pero yo ya había ensayado todas las posibles salidas, con madre. Era muy gracioso, cuando quería ceder, ella, disimuladamente, cruzaba por el umbral de la puerta y me daba fuerza con la mirada. Hemos decidido comprar una casa un poco al centro de la ciudad, acondicionaremos un lugar para las oficinas de Alexander. Trabajaré sin salir de casa, y madre ha prometido ayudarnos. Se arregló el asunto.

A veces temo contradecirlo, es que lo amo demasiado, es tan bueno, tan noble, le debo tanto. He descubierto en mi esposo lo que es el verdadero amor, la ternura, la verdadera pasión, amar hasta que sientas que vas a morir. Pero madre tiene razón, las mujeres demasiado sumisas terminan por aburrir al marido. Alexander es inteligente y culto. Tengo que leer mucho para ponerme a su altura. No seré solo una ama de casa, no puedo, respeto mucho a las que lo son. Yo te admiro mucho, Violet, en serio, pero esto no es

para mí, voy a trabajar con él, ya lo decidí.

Te quiero mucho.

Ivanna

Querida Ivanna:

Horror de horrores, Henry nos ha presentado a una novia. Y no me cae bien. No es mala, pero no era lo que quería para mi hijo. No era lo que esperaba, se llama Eliza. Henry la conoció por unos amigos del club al que asistía antes. Es muy agraciada, pero tiene una rigidez en el cuerpo y en la mente que me asusta. Sus padres son unos comerciantes, millonarios, de algo de jabones y no sé qué más. Son de esas personas de orígenes humildes que, con habilidad, han conseguido muchas cosas y en vez de estar orgullosos de eso, se esmeran toda la vida por aparentar y ser lo que no son. Tienen dos hijas a las que desde pequeñas han educado para ser futuras esposas de nobles. Dinero tienen, les faltan los títulos. Veinte años después y las cosas siguen igual. ¿Algún día cambiará esto? Ay, qué rabia, tanto que insistí para que le dieran su título a Henry, para que ahora se quieran casar con él por su papel de noble. Los padres a quienes nos ha presentado son muy desagradables, el señor todo lo mira y observa preguntando si es original, si es verdadero mármol de carrara y esas cosas. La madre es peor, tiene conmigo ese tonito condescendiente al llamarme lady Violet, por más que le he pedido que me llame solo Violet. Le gusta como suena. Y sus opiniones gratuitas sobre educar a mis hijos. Cómo es que Randolph se mete en tantos escándalos que hasta sale en los periódicos; cómo es que Josué en vez de practicar con médicos importantes, va a esos barrios pobres a curar pordioseros; con mis hijas es aún más crítica: cómo es posible que las niñas hayan crecido sin institutriz. Las suyas tuvieron solo alemanas, las mejores. Que Bonnie estaría bien en un internado en Suiza. Que Amy es encantadora, que, bueno, el defecto en su pierna casi ni se nota; que Katy debería hacer dieta y que no es digno que se ocupe tanto en la cocina, que para eso están los sirvientes. Por último, me dijo que le preocupaba la piel tan oscura de Grace, que en los mercados venden unos polvos

blanqueadores muy efectivos. Estuve a punto de cogerla del moño postizo que tiene en la cabeza, que parece una rata muerta, y votarla de mi casa. Si Ian no me toma la mano en el aire, lo hubiese hecho. No los soporto, y no soy solo yo. Cuando sus hermanos supieron de la novia, todos vinieron a conocerla. Randolph y Josué hasta pidieron permiso en el ejército y la universidad. Luego, como siempre, se encerraron en sus reuniones secretas a dar sus opiniones. Claro, Randolph a la cabeza. Él y Katy, francos y sinceros como son, opinaron que era una estirada y que parecía tener un palo metido en el... Qué groseros. Katy hasta amenazó con poner la purga en su bebida, que le enseñaron a preparar sus abuelos, si volvía a criticar sus pasteles. No quiso comerlos porque parecían muy grasosos. Josué, el práctico, dijo que deberían tramitar para quitarle el título a Henry y que ella se iría corriendo. Grace, con su dulzura característica, opinó que si bien era un poco rígida, deberían darle una oportunidad. Por último, Amy, la boca a quien todas más temen, opinó que ese matrimonio no va, que le dieran permiso para hablar con ella y en un segundo le quitaría todas las ganas de ser una Townsend. Grace, de nuevo la voz de la cordura, opinó que deberían pensar en los sentimientos de Henry, respetar sus decisiones, que no olvidáramos lo que le pasó al hermano mayor de Julian. Sí, esa es la razón por la que Ian y yo no intervenimos. No queremos que Henry termine alejándose de la familia como ese joven. Han quedado en darle un tiempo. Si no, dejarán que Amy actúe. ¿Cómo me entero de todo? Por Bonnie, me cuenta todo al pie de la letra. Mis hijos y sus conclave. ¿Te acuerdas cuando eran pequeños y salí embarazada de ella? Vinieron todos a preguntarme que como ella era hija de mi barriga, si yo la iba a querer más. Me ofendí tanto que me puse a llorar, fingí un llanto tan desesperado que, cuando Ian y Henry nos encontraron, todos lloraban a mí alrededor. El papá los castigó por hacer llorar a su madre por tonterías, luego, Henry también los reprendió. Pensar que ahora Bonnie es la hermana que todos adoran. A tía Gloria tampoco le cae bien la novia. Ella, como chaperona y casamentera con años de experiencia, tiene ojo para tazar a las personas, me dice que no es mala persona, es decente, pero que no le gusta, no ve

atracción. Ay, Ivanna, ¿qué voy hacer? Temo que mi hijo mayor se condene a un matrimonio sin amor, con una mujer que no lo hará feliz...

Sobre Amy, lo confirmé. Esas desveladas, los llantos en los rincones, los cambios de humor y rabietas tienen una razón y un causante. Está enamorada (Grace me lo dijo), ¿de quién?, pues de Julian, el amigo de Henry. Lo que pasa es que él no se fija en ella y, para su desesperación, la mira solo como su pequeña hermanita. Con lo voluntariosa que es Amy y su carácter, Julian no tiene oportunidad, tarde o temprano caerá. No intervengo, miro para otro lado, y cuando Ian pregunta por qué su hija está tan triste, le digo que está mal del estómago por comer los pasteles de Katy. Conozco a Ian, adora a sus hijas, y si supiera que alguien las hace sufrir (aunque en este caso el pobre Julian ni siquiera sabe que es el culpable de ese sufrimiento), se vengaría del causante hasta más allá de la muerte. Harían una bonita pareja. Que el tiempo decida.

Te quiere,

Violet

P.D.: Katy pregunta si en América hay escuelas de alta cocina que reciban mujeres como alumnas. Lastimosamente, en Inglaterra no hay.

—Doctor Gervais. —Henry se extrañó de la visita del amigo de la familia tan temprano y en la fábrica. No era usual. Lo saludó como siempre, muy cortésmente, al amigo de la familia, lo invitó a sentarse, pidió a su secretaria té y, conociendo al doctor, galletas también.

—Te dije que no vinieras a trabajar.

—Tengo mucho trabajo pendiente, doctor, pero no se preocupe, he dispuesto de seguridad personal y el doble de vigilancia en casa. ¿Sabe algo del marqués?, ¿por eso está aquí?

—Sí, también. Ese asunto está controlado, por ahora. Aunque a una víbora nunca se le da la espalda, esta estará tranquila por un buen tiempo.

—¿Cómo?

—Soy viejo, soy médico y guardo algunos secretos incómodos, pero es

mejor que tú no los sepas.

—Gracias, doctor Gervais, mi familia y yo le debemos tanto.

—No, hijo, soy yo el que les debe la felicidad de ser parte de ustedes. —
Luego de una pausa y de tamborilear los dedos en los brazos de la silla,
agregó—: Henry, una pregunta, todos tus hermanos me llaman Doger, ¿por qué
tú no?

—No lo sé —respondió sonriendo—, me parece irrespetuoso.

—Y tú solo haces lo correcto, ¿no, Henry?

—Eso espero.

—¿Y lo que quieres?

—¿Que si hago todo lo que quiero?, para eso supongo que están mis
hermanos.

—Tus hermanos, a los cuales adoras.

—Claro, ¿hay algo que quiera decirme, doctor?

—Ah, mi inteligente Henry, ¿cómo empiezo?, ya creo que fue cuando te
conocí, tus padres me llamaron para que te hiciera una evaluación completa,
recuerdo tu timidez, tu recelo, tu miedo, pero, aun así, te paraste muy formal
delante de mí y, aunque no querías enseñarme esas cicatrices de tu espalda,
igual lo hiciste. Mirabas de reojo a tus padres, sabía que querías salir
corriendo de ahí, pero no querías decepcionarlos.

—No lo entiendo, doctor.

—Henry, adorado Henry, te hablo con las palabras que estoy seguro que te
dirían tus padres si estuvieran aquí. No siempre lo correcto es lo que se debe
hacer. No siempre en la vida se hace lo que los demás esperan de uno. La
felicidad no llega sola, como dice tu madre, se decide, se opta por ella.

—Doctor...

—Cierra los ojos e imagina qué es lo que quieres. Qué es lo que en verdad
te llena y te hace feliz, aunque no sea lo correcto y lo que se espera de ti.
Hazlo...

El doctor habló de un par de temas pendientes sobre el marqués, una broma

sobre la tía Gloria y el apodo nuevo que había inventado para ella. Se despidió dejando a Henry muy pensativo. En un descuido, sin querer, como quien tropieza con un escalón, hizo lo que el doctor le había dicho, cerró los ojos e imaginó lo que más deseaba.

Querida Violet:

Estoy a días de dar a luz, madre dice que falta poco. Los temores han vuelto con más fuerza y solo te los puedo confiar a ti. Alexander no quiere hablar del tema, es su hijo y punto. Yo no quiero molestarlo ni atormentarlo, sé que es un tema difícil para él, él es tan... Cada día me enamoro más de mi esposo. Cuando me mira, cuando me besa, cuando nos amamos siento que es todo perfecto. Pero la verdad es la verdad, es hijo de Randolph, el hijo de un cruel asesino. Tengo temor, mucho temor. Espero que lo que dice Alex, lo que me dices tú, sea cierto, es el amor y la crianza lo que cuenta más que la herencia. Tú te has arriesgado a adoptar niños de los que no tienes idea cuáles serán sus orígenes y me dices que los amas como su madre. Yo soy su madre, pero tengo miedo. Estos días estoy pensando mucho en Randolph, cómo lo conocí, lo encantador que era, cómo nos hicimos amantes. A ti no te lo puedo negar, siento pena por Randolph. Nuestra relación fue tan corta como tormentosa, estaba desesperada, y él se aprovechó de esa situación, pero él también estaba desesperado, en las conversaciones que tuvimos, cuando él hablaba de querer casarse conmigo, deseaba tener hijos. En su trastornada cabeza tenía la idea de querer tener una gran y feliz familia. Aunque tuviera que asesinar a varios en su camino para conseguirlo. Ese hombre tenía una soledad que lo aplastaba y que llegó a enloquecerlo. Ahora con el tiempo como bálsamo, lo recuerdo de otra forma, era inteligente, divertido, seductor, aunque fuera parte de su disfraz propio de un manipulador, pero... ya no le guardo rencor, deseo que mi hijo tenga muy poco de él, que posea todas las virtudes de Alexander, sin embargo, deseo que el alma atormentada de Randolph tenga descanso, que supiera que sí llegó a dar vida a otro ser humano. Estoy tan confundida, lloro todo el tiempo. Escíbeme pronto, amiga. Solo tú sabes comprenderme y

consolarme. Destruye esta carta apenas la leas. Guarda las que creas que no comprometen a mis secretos.

Tú amiga.

P.D.: Está bien, mi esposo y yo aceptamos que guardes las joyas y que sea el regalo de matrimonio de nuestra primera hija cuando se case. Creo que será esta.

Querida Ivanna:

Mi casa es un caos. Lo de Grace no fue lo único, ahora también Katy, con su carácter impulsivo, hizo una gran tontería, hasta nos han enjuiciado por una estafa que cometió. Ya te lo contaré más adelante, estoy muy nerviosa para dar detalles, y Amy también se sumó al alboroto, resulta que rompió su compromiso. Como dice tía Gloria: «cuando los males vienen, vienen todos juntos». Y no sé cómo, siempre tenemos que aparecer en los chismes de los diarios, tú sabes que nunca me ha importado lo que opinen los demás de nosotros, pero temo que mi Randolph (felizmente esta fuera del país) se entere de lo que está aconteciendo. Adora tanto a sus hermanas, a sus demás hermanos también, pero él es tan impulsivo que no sé qué locura haría al saberlas en estas penurias. Hasta Josué, tan práctico y frío, le rompió la cara a un hombre que se atrevió a burlarse de lo que dijeron los diarios de Katy. Y Henry, siempre tan controlado, hizo lo mismo, Ian estuvo presente y me contó que hasta él mismo se sorprendió de la furia que descargó en ese mal hombre que dañó a mi querida Grace. Cuántas penas, todas juntas, ay, amiga, me haces falta aquí, en Londres. Para conversar todo lo que me pasa y tomar tu mano. Contigo puedo desahogarme. Mi esposo es fuerte, pero la verdad, de toda esta aventura que es nuestra vida, es que yo soy su fortaleza. No importa, saldremos de esta, como dice Ian, la decencia y nobleza de mis hijas las hará salir de estas duras pruebas. Además, nos tienen a nosotros. Helen ha prometido venir a pasar unos días en Londres, dice que aún tiene poder para arreglar estos entuertos y escándalos, la verdad, lo que menos me importa es lo que opine la gente o lo que salga en los periódicos. Lo que me preocupa es lo que sienten mis hijas, su

sufrimiento. Tuve la esperanza de que este caos desaliente a la familia de Eliza con el matrimonio. Pero prestamente la madre de la chica me envió una nota dándome su apoyo. Hasta ahí bien, pero luego agregó que no podía visitarme en persona por temor a que el nombre de sus hijas se vea comprometido. Si no será ridícula. Qué rabia. A pesar de todo, sigue Henry siendo el que más me preocupa con ese matrimonio. Me duele el estómago de imaginármelo el resto de su vida ligado a esa familia. A una mujer que no lo hará feliz, que nunca lo hace reír, que siempre está criticándolo, llamándole la atención, queriendo que sea el caballero perfecto. Tengo el presentimiento de que en verdad no lo quiere, quiere al Conde de Hamilton, pero no al hombre maravilloso que es mi hijo. A mala hora le dije a Ian que le dieran su título, y él tiene la culpa por hacerme caso. Ni siquiera intenta ser amable con nosotros, si tu amas a alguien, deseas simpatizar con su familia, pero no es el caso de ella, critica sin pudor los pasteles de Katy, bosteza cuando Bonnie recita, se rehusó a vestir un vestido diseñado por Amy diciendo que era inapropiado para una dama decente, en fin, hasta parece que a propósito nos quiere desagradar. No lo había pensado, pero es muy extraño su comportamiento. Muy extraño. Rezo por un milagro, no lo sé, un viento fuerte que sacuda la cabeza de mi hijo o que se lleve volando a Eliza. Creo que retrasarán la boda, cruzo los dedos para que así sea...

Dios, dame fuerza, prende velas a los santos de mamá Romanov, necesito mucha fuerza y bendiciones.

*Te quiere y necesita,
tu amiga Violet.*

Henry volvió a la casa muy entrada la noche. Solo Alexandra lo esperaba en la biblioteca, sentada, ojeando un libro. Antes de hablarle, él se la quedó observando por unos minutos, pero ella habló primero.

—Hola, Henry. —No levantó la vista, no quería que viera sus ojos hinchados—. He comprado mi boleto de regreso a América. Me voy en dos días.

—No lo creo —dijo Henry con mucha firmeza y una casi imperceptible

sonrisa.

—¿Quieres que me quede a ver tu matrimonio? —preguntó Alexandra muy dolida.

—Deberías.

—No puedo creer que seas tan cruel. —Solo cuando dijo eso levantó la vista hacia él—. Eres tonto, pero no cruel.

—Sería raro un matrimonio donde la novia no esté.

—¿Cómo? —preguntó, parpadeando.

—Vamos, Alexandra. —Ahora Henry sonreía y comenzó a desabrochar el nudo de su corbata—. ¿Cómo no vas a estar en tu propio matrimonio?

—¿Henry?

Él se acercó a su asiento, la puso en pie, la rodeó con fuerza con sus brazos, aun sonriendo, y ella, sorprendida, sin poder hablar, Henry comenzó a besarla. Cuando dejó de besar sus labios para concentrarse en sus mejillas y cuello, ella recién pudo hablar.

—Henry, ¿y Eliza?

—Terminamos. —Henry seguía besándole el rostro, sus cabellos, y se iba desatando los botones de su chaleco—. Ella estaba más que aliviada, créeme. Descubrí que mi novia tampoco me amaba, que este matrimonio era impuesto por sus padres. —Esta vez, dejó caer el chal que cubría los hombros de Alexandra, junto a su chaleco—. Que le parezco el hombre más aburrido del mundo y que durante este tiempo ha hecho todo lo posible por terminar. Ser odiosa con mis padres, con mis hermanos, conmigo, pero yo no me daba cuenta. —Besando su cuello, comenzó a desabrochar los botones de su blusa mientras bajaba de igual manera con sus besos—. Al final terminamos riéndonos de todas las cosas que hizo para que desistiera del matrimonio. Está enamorada de... No puedo decirlo. Esta noche, con mi ayuda, se ha fugado con su gran amor. Estoy plantado y necesito una novia. —El temblor de la muchacha lo hizo detenerse y, viendo su rostro, murmuró—: No llores, Alexandra, te amo. —Otra vez la besó y comenzó a desabrochar los botones frontales de su propia camisa—. Te amo, testadura americana. —Como la

primera vez que la besó, sintió su abandono y, cuando empezó a acariciarle sus caderas, la volvió a sentir tensa, pero esta vez Henry no aflojó el abrazo, sino que lo intensificó aún más, sin dejar de besarla, sin dejarla pensar, le dijo al oído—: Amor mío, aquí o en mi cuarto. Pero es hoy.

—Oh, Henry —susurró también a su oído—, en tu cuarto... tu cuarto.

Querida Violet:

8.82 libras fue el peso de Alexandra Romanov al nacer. Todos mis temores se han esfumado; estoy tan feliz. Lloro, rio vuelvo a llorar, pero todo de felicidad. Mamá me atendió en el parto junto a otras paisanas. Pero mi esposo a la fuerza hizo entrar al médico. Es una niña preciosa, vieras a Alexander cargándola orgulloso, cómo se la presenta a sus otros familiares. La fiesta que se armó en la casa Romanov. Hasta que madre se molestó por el ruido y los votó a la calle. Continuaron en la acera hasta que ella les arrojó agua por las ventanas. Alexander e Iván han bailado y cantado como locos, son los más felices, es la primera Romanov que nace en Estados Unidos. La primera Romanov americana. Madre ha estado a mi lado todo el día. Qué bendición este ángel que llega a mí. Siempre quise una madre. A la mía casi no la conocí, y ella siempre quiso una hija mujer, Dios nos juntó. Dice madre que tengo que dormir, que mañana siga escribiendo a la nieta del santo Henry. Abajo están planeando los preparativos para su bautizo o para fiesta posterior al bautizo.

Besos,

Ivanna

Querida Ivanna:

Como me aconsejaste, estoy llevando a mis hijas a un viaje por toda Europa. Ian también opina que es lo mejor. Helen nos ha preparado un tour en las principales capitales y nos acompañará con German. Les daremos el alcance en Viena. Como dice Ian, no estamos huyendo del escándalo, estamos tomando distancia para ver mejor el panorama y regresar con más fuerza. Si van hablar siempre de nosotros, les daremos de qué hablar. Bonnie no va porque justo enfermó de varicela, se queda a cargo de Henry y tía

Gloria. Hemos cuidado todos de que Randolph no se entere de lo que pasó con Grace, es muy impulsivo, temo mucho por lo que pueda hacerle a ese hombre, felizmente que el ejército lo envió a la India. Amy y Katy nos acompañan en el viaje, curando sus penas también. Josué se unió al ejército, se lo tuve que decir a Ian, mi esposo creo que ya intuía algo, levantó los hombros y dio un suspiro como respuesta, nos ha prometido que solo será un año, quiere organizar sus ideas y retomará la carrera de medicina. Desearía que me contara lo que pasa por su cabeza o su corazón. Pero hay algo bueno, entre tanta desgracia, la novia de Henry retrasó la boda, hasta que pase el escándalo dijo. Tonta, ojalá que en estos meses mi hijo encuentre una mujer que verdaderamente lo quiera más allá del escándalo y su título. Ella no lo merece, su decisión de atrasar la boda terminó de convencerme. Sobre Amy, no estoy segura si hizo lo correcto. ¿Tú qué crees?...

Te quiere,

Violet

—No está en su cuarto, qué raro —hablaba Bonnie aún somnolienta—. Es muy linda, mamá, y muy buena.

Mientras Ian y Violet daban órdenes para que dispusieran de su equipaje, Bonnie recorría la casa buscando a Alexandra para presentársela a sus padres.

—Encontré el chal de Alexandra y el chaleco de Henry en la biblioteca —dijo Bonnie trayéndolos en las manos para enseñárselos a su papá—. ¿Dónde habrán ido? Oh, ¿si la han querido secuestrar de nuevo?

Ian Townsend, después de un agotador viaje en ferrocarril, barco y coche, pensó que eso era más que suficiente. Violet estaba despojándose del abrigo y cuando reaccionó, era muy tarde, de dos en dos Ian Townsend había subido las escaleras directo a la habitación de su hijo primogénito, el ejemplar de caballero inglés, del dignísimo conde de Hamilton, y la abrió de un golpe.

—¡Henry Townsend! ¿Qué significa esto?

—¡Me voy a casar con ella! —Henry despertó sobresaltado por la atronadora voz de su padre, se levantó de golpe y volvió a repetir—. Me voy a casar con ella.

—¡Claro que te vas a casar con ella! —gritó Ian a la par que Alexandra, también aturdida, se escondía entre las sábanas.

—Hola, tío Ian. —La joven se tapó de tal manera que solo se le veían los ojos.

—No te preocupes, sobrina, mi hijo se casará lo más pronto contigo. Henry Townsend, esto es...

—Henry. ¿Alexandra? —Violet llegó apurada detrás de Ian

—Hola, tía.

—¿Pueden salir de aquí? —gritó Henry muy rojo hasta las orejas.

—¿Cómo has podido hacer esto? —hablaba Ian dando enormes zancadas a lo largo del cuarto—. En tu propia casa. Con tu prima, que pusimos a tu cuidado. Estoy muy decepcionado.

—¡No grites al muchacho! —Tía Gloria entró también a la habitación—. ¿Cómo si no hubieses hecho lo mismo?

—¡Yo respeté a mi esposa!

—Porque estuve al pendiente, si no... —Luego, la tía, mirando a su adorado sobrino, agregó—: La fruta cae cerca del árbol. ¡Ay, Henry!, después de todo eres un Townsend.

—Violet —murmuró, furioso, Ian antes de contestarle a la tía.

—Tía Gloria, por favor, calla —dijo Violet y, acercándose a un lado de la cama, le preguntó muy contenta—: Henry, cariño, ¿esto quiere decir que terminaste con Eliza?

—¡Por favor, salgan de aquí!, ¡papá!

—Violet, vamos. —Ian, dándose la vuelta, agregó—: Henry, bajas ahora mismo a darme explicaciones. —Y dirigiéndose a tía Gloria, que también salía de la habitación, espetó—: ¿Para qué te dejé cuidando?, ¿ah?, y en tus propias narices.

—Ian Townsend —rugió la tía, pero entonces llegó Bonnie, que quería entrar en la habitación.

—¿Me pueden explicar qué pasa? —preguntó la niña tratando de ingresar

al cuarto, mientras que la vista se la bloqueaban los adultos.

—¡Oh, Dios, Bonnie! —Violet le tapó los ojos y la dio vuelta.

—Bonnie —habló la tía—, trae mi cuaderno de apuntes, hay una boda que planear.

Henry, furioso y rojo de la cólera, esperó que cerrarn la puerta para consolar a Alexandra. La sintió debajo de la sábana temblando, pero al bajarla se dio cuenta de que su futura esposa no estaba llorando, ese temblor era de una risa frenética, contenida, entonces comenzó a reír cada vez más fuerte, en una carcajada cantarina y contagiante. Henry también comenzó a reír.

—Querido Henry —hablaba Alexandra ahogándose en su propia risa—, siempre soñé que mi primera vez sería contigo, pero no que estaría toda tu familia presente.

—Bienvenida a la familia Townsend —dijo soltando también él una estruendosa carcajada.

Querida Violet:

Estoy lidiando con la maternidad, el trabajo con Alexander y unos proyectos que tengo pensados. A ti sí te los puedo contar. Siento que tengo una deuda muy grande con las mujeres que están llegando cada día a este país. Las inmigrantes pasan por muchas penalidades y muchas de ellas se pierden en el camino. Como dice madre: «Ser pobre e inmigrante es malo. Ser pobre, inmigrante y mujer es peor». Ella me comprende porque, tal como yo, también bajó de un barco sin nada más que sus sueños, pero con la suerte de un apoyo, su esposo, igual que yo. Pero si supieras de las historias que a diario nos llegan. Las mafias con los inmigrantes cada día se hacen más fuertes. Campea la explotación laboral y la prostitución. Los buitres se paran a recibir a las mujeres que llegan, y son presa fácil. Algunas caen por su voluntad, la gran mayoría engañadas y hasta por la fuerza. Casi todas son analfabetas, muy pobres y sin familia. Algunas ni se quedan un día en Nueva York, las suben en trenes que las llevan al lado oeste, que se está poblando a pasos agigantados y necesitan mujeres para los bares, cantinas y prostíbulos. Qué triste destino, cada vez son más, y más jóvenes. Con madre

y otras paisanas, a escondidas de Alexander e Iván, les decimos que vamos a misa, vamos al puerto a recibir a las chicas, sobre todo a las que llegan solas. Les llevamos alimentos, ropa, direcciones donde puedan hospedarse y donde puedan trabajar. Algunas se salvan, otras no. Pero contamos las que se salvan. Quisiera hacer una organización, como una empresa, no sé cuál sería la palabra correcta, para ayudar a estas personas y no solo contar con la buena voluntad de gente como madre que se aventura a ayudar. Norteamérica es un gran país y será aún más grande, porque está hecha de inmigrantes. Si no tuviste miedo de dejar tu patria, estando aquí, ¿que los puede limitar? Por eso están conquistando tierras lejanas, desiertos, heladas, pantanos. Nada es imposible, con los ferrocarriles, menos. Pero tanta prosperidad no puede ir a la par de la tragedia de los menos afortunados. No pueden cientos de personas quedar en el piso para que otros pasen. Voy a organizar mis ideas, cuando lo tenga listo, se lo contaré a Alex.

*Besos,
Ivanna*

—Estoy muy decepcionado de Henry, haberle faltado el respeto a la casa, a su inocente prima... Violet, ¿puedes disimular un poco tu alegría? No es gracioso.

—Ian, ven. —Violet, desde la biblioteca, hizo observar a su esposo a los dos jóvenes parados en el descanso de la escalera: reían, acomodaban la ropa del otro y se daban furtivos besos—. ¿Habías visto alguna vez a tu hijo tan feliz?, ve cómo se miran.

—Tiene los ojos de mi madre —dijo Ian, también sonriendo.

—Tendremos nietos pronto, esposo.

—Aun así, no es gracioso.

Violet dio un suspiro y entornó los ojos. Henry y Alexandra soportaron el discurso de Ian sobre la moral y valores cristianos. Sobre los deberes de un caballero. Hasta les leyó la carta del rector del instituto alabando a Henry. Pero el discurso se opacaba con la sonrisa de Violet y sus intervenciones.

—Serás una novia muy bonita... Me gusta Ian o Henry si es varón y si es mujer, Helen o Victoria, como nuestra amada reina, que de Dios goce... Nuestro sueño, de Ivana y mío, siempre fue ser consuegras... Vivirán en Londres, ¿no?

—Esposa —le llamó la atención Ian—, estoy tratando de...

—Lo siento —dijo Violet y, fijando su atención en Henry, agregó—: Has sido un chico muy malo, eso no se hace.

—Yo también soy culpable, tía.

—No, Alexandra —la interrumpió Ian—, tú eres una dama joven e inocente. Fue Henry quien no se comportó como un caballero.

—Tío, yo...

Violet le hizo un gesto, parada detrás de Ian, para que se callara.

—Apenas lleguen tus padres, fijaremos la fecha —dijo Ian.

—¿Mis padres?

—Están en camino —contestó Violet—. Supuestamente tendrían que haber llegado hoy. Los asustaste mucho, Alexandra, hiciste muy mal en mentirles. Ellos te hacían con tus tíos en Washington y apareciste en Londres.

—Lo siento, tía.

—Yo no. —Henry la tomó de la mano y ambos jóvenes se miraron, sonriendo, lo que terminó de sacar de sus casillas a Ian.

—¡Henry Townsend! —gritó disgustado—. ¡Ya váyanse a dormir! ¡Cada uno a su cuarto! No, tú, Henry, te vas a dormir al ala este. Y tía Gloria dormirá en tu cuarto, Alexandra.

Cuando los jóvenes iban a responder, Violet les hizo un gesto de silencio.

Querida Violet:

8.90 libras. La segunda Romanov nacida en este país, mi Violet americana. Le he puesto tu nombre. Si era varón, se llamaría Henry y si era mujer, Violet. Esta vez, Iván bebió tanto vodka que...

Querida Violet:

7.90 libras. Tercera Romanov americana. Se llamará Gertrudis, sí, ya es

hora de que empiece a perdonar para comenzar a olvidar, quiero pronunciar ese nombre con amor. Fue un parto muy difícil, se adelantó casi tres semanas. Madre, aunque enferma, no me dejó un solo instante, tenía el cordón con doble vuelta, literalmente ha sido un milagro. Alexander se asustó tanto que ya no quiere más hijos. Le he dicho que uno más. Quiero darle su hijo varón. Pero así sea hombre o mujer. Cuatro hijos serán los que tenga la Familia Romanov...

Telegrama

Triste. Madre murió.

Ivanna

Querida Violet:

7.50 libras, mi cuarta y última niña Romanov en América. También fue un parto difícil. No lo crearás, pero la edad es un factor importante. Llega en el momento justo, cuando estaba tan triste por la partida de madre y llegó mi Nadiezhda (nombre de la abuela materna de mi esposo). Alexander e Iván se la jalonean todo el día para hacerla dormir. Es tan rechoncha y, aunque es pequeña, tiene la cara de madre. ¿Es así la vida, Violet?...

Querida Violet:

8.70 libras de peso y es varón. Mi querido hijo Vasili Romanov, el nombre del padre de Alex. Te cuento que casi nació en la cárcel, cuando estaba yo en medio de una protesta de mujeres de las fábricas textiles que pedían igualdad en salarios que los hombres, me arrestaron. Alex estaba de viaje y tuvo que mover cielo y tierra para que me sacaran. Mi cuñado Iván amenazó con tumbar las puertas de la prisión a combazos, para esto se apareció con una docena de compatriotas, gigantes rusos, que hicieron temblar a los guardias. Mi esposo estuvo muy molesto, cuando supo que era hombre, olvidó mi temeridad...

Querida Violet:

¿Puedes mandarme un retrato de Henry? Alexandra me pide todos los días la foto de su príncipe. Estos niños, bueno, no tan niños, ella ya es casi tan alta

como yo. Te cuento que hace unos días me propusieron trabajar en un juzgado, como secretaria. Alexander, ahora que se ha dedicado a la docencia, está más concentrado en eso y me necesita menos, dice que descubrió su verdadera vocación. Más que ser un líder político, le encanta enseñar, moldear mentes jóvenes, que transformar este país. La propuesta me gusta, estaré rodeada de leyes, que es lo que me gusta, y la paga es buena. El negocio de las carnicerías no va muy bien, hay muchas mafias en la ciudad, increíblemente de nuestra propia gente, o sea, rusos que nos boicotean porque no les pagamos cupos. Iván esta que sufre las embestidas de estos grupos organizados, yo los llamaría bandas. Hace unos meses nos quemaron dos carnicerías en el Bronx porque mi cuñado se rehusó a pagar protección, primero, la policía comprada, te molestan con las licencias, con los permisos, luego multas por infracciones inexistentes y, por último, cuando no cedes, te incendian tus locales. Iván está entrando a otros rubros, como el transporte de carga. Es muy hábil en los negocios, Alex dice que heredó eso de Madre (antes que me olvide, Iván terminó con la novia irlandesa, ahora que no está madre, soy la que lo apura para casarse y quien tiene que consolar a las novias rechazadas). Todos en casa me apoyan para aceptar este nuevo trabajo. Quien más me alienta es Alexandra, me dice que entre ella y sus hermanas se harán cargo de la casa. Qué orgullo tengo de ella, de todos mis hijos, igual que tú, pero nuestra hija mayor ya deja ver, por su edad, el temple de qué está hecha, es tan segura de sí misma tan... integra, esa es la palabra. Ve el mundo con tanta rectitud. Estoy criando a una hija valiente, que sabrá en la vida qué es lo que quiere y luchará por eso. Alexander opina lo mismo.

Besos,

Ivanna

Querida Ivanna:

Empezamos el viaje. Como no podía ser de otra manera, Ian apenas salió de Inglaterra comenzó a sudar frío, a renegar y renegar. Mis hijas, aunque tristes, se tienen unas a otras, y todas, a nosotros, sus padres, que las

adoramos. Henry se quedó a cargo de toda la casa, la fábrica, los negocios y de mi Bonnie que, como te conté, se enfermó de varicela y se quedó con tía Gloria. Espero que mi hijo pueda con todo. Sí podrá, es para lo que Ian lo ha estado preparando toda la vida. La única desazón que me ha dado este hijo, en toda su vida, es la novia que nos ha presentado. Pido un milagro que salve a mi Henry de ese mal matrimonio. Quien me preocupa mucho es Josué, que, como te conté, dejó la escuela de medicina y se ha unido al ejército. Aún no sé por qué ha tomado esta decisión tan drástica, es muy inteligente, no es por bajas calificaciones, es más, estaba en el cuadro de honor, imagínate, en el año último. Primero me dijo que quería tomarse un año sabático. Ha hablado en la universidad diciendo que lo recibirán el próximo año. No lo esperaba, le he pedido a Randolph que hable con él. Temo que sea sobre su pasado, ¿recuerdas cuando era niño?, me enviaron unas cartas chantajeándome, que si no le dábamos mucho dinero le dirían a Josué que es adoptado, nos reímos porque siempre, desde pequeños, les hemos dicho la verdad a nuestros hijos. No pagamos y desaparecieron. Pero Grace dice que hace unos meses vio correspondencia muy extraña dirigida a Josué. El pasado que vuelve. Ian en esa oportunidad puso a investigadores, pero no dieron con los chantajistas. Le advertiré que vuelva a investigar. Mi Josué es muy callado, más que su padre, algo le pasa, lo sé. No sé qué hacer, tantas preocupaciones para mi esposo. Lo veo un poco cansado estos meses. Pero sé, aunque no lo dice, que su principal preocupación es Henry unido para siempre a una mujer que no lo hará feliz. Reza conmigo por un milagro....

Te quiere,

Violet

—¡Ivanna!

—¡Violet!

—¡Soy tan feliz, tan feliz, Ivanna! —Las amigas se dieron un gran abrazo, con muchas lágrimas de emoción—. Ian, ordena que lleven su equipaje. Nana, qué alegría que también vinieras, déjame darte un abrazo. Oh, Ivanna, tenemos

mucho que hablar. Nuestros hijos se van a casar. ¡Hola, Alexander!

—¿Mi hija se va a casar? —preguntó él confundido—. ¿Con Henry?

—Sí, Alex —respondió Violet sonriendo—, seremos consuegros.

—Y será lo más pronto —agregó Ian bajando la cabeza—. Lo siento mucho, Alexander.

—¡Alexandra Romanov! —gritó a todo pulmón—. ¡Ven aquí, en este instante!

—Ah —exhaló Violet levantado los hombros y tomando a Ivanna de la mano—. Ya pasé por esto. Ven, Ivanna, tenemos que planear la boda, el nombre de nuestros nietos y...

—Alexander —dijo Ian, parado aún al pie de la escalera—, estoy muy consternado, yo te pido...

—¿Se aman? —lo interrumpió Alexander.

—Creo que sí —pronunció Ian—. Sí —repitió con énfasis.

—¿Tu hijo es bueno?

—El mejor.

—Gritaré un poco, pero estoy muy contento. —Y muy sonriente, le dio una sonora palmada en la espalda.

Querida Violet:

Alexandra, primera en su clase, tan despierta e independiente. El padre está que no cabe de orgullo, pero con este quinto niño otra vez ha dejado la oportunidad para postularse para ser concejal. Dice que quiere estar más tiempo con la familia. Que ahora sin madre la casa se me complicará y quiere ayudarme. No es tan cierto, Nana me ayuda mucho con los niños, se ha adaptado muy bien, es muy cariñosa, sobre todo con Alexandra. La verdadera razón por la que mi esposo rechaza esas oportunidades de ejercer la política que tanto le apasiona: Lo hace por mí. Las carreras electorales son muy agresivas en este país, escarban hasta el último detalle de un candidato. Ponerse en la palestra es exponerme y, escarbando un poco, haciendo preguntas, darían con mi oscuro pasado. Hace unos años, un buen

amigo de Alexander, un honorable caballero de ascendencia italiana, se presentó para postularse para alcalde, tenía todo: experiencia, ideas, decencia, pero en plena campaña descubrieron los oponentes que su esposa era divorciada. Lo crucificaron públicamente, se ensañaron de una manera tan inmoral los diarios, comprados por el oponente. Las cosas tan ominosas que se decían de ella, hasta que el esposo, por protegerla de tanto escarnio, renunció. Alexander se está sacrificando por mí. Lo sé. No era la esposa de un político, no era la esposa que estaba destinada a ayudarlo a lograr que cumpla sus metas. Sufro por él. Sus sueños... El post parto me pone melancólica, lo siento.

Te quiere,

Ivanna

Querida Ivanna:

Quizás lo que digas sea cierto, pero la vida nos lleva por el sendero que debemos ir, no por el que nos hubiera gustado transitar. Mi caso es también muy parecido. Cuando Ian fue a ese Weekend en casa del Duque de Ithorp, no era yo el tipo de esposa noble que estaba buscando, quería a una lady más parecida a una odiosa dama que ambas conocimos, perdón por la broma, y se casó conmigo. Supongo que Ian tenía la idea de que una esposa noble lo haría alcanzar un mejor lugar en la sociedad. A estas alturas de su vida estaría yendo a tomar té con el rey y ser un representante de los comunes por ejemplo. ¿Qué hice yo?, llenarlo de hijos, uno tras otro, encima renuncié a la sociedad londinense cuando comencé a adoptar niños, los escandalicé, me tildaron de excéntrica, y francamente me importó un comino lo que pensarán de mí. Comenzaron a llamarnos raros, sintieron temor de que sus hijos se juntaran con los nuestros, delicadamente nos apartaron. Yo no lo resentí, aunque un tiempo hice el esfuerzo, por Ian, de ser más sociable, hasta Helen tiró la toalla. He vivido mi vida como me ha dado la gana. Yo misma impuse mis reglas y las seguí. Pienso, sinceramente, que en vez de que la nobleza me excluyera a mí y a mi familia, que yo los excluía a ellos primero. Nunca podría ser una dama que asiste a cocteles y que se

sienta a hablar por horas del clima y la moda, teniendo tantas cosas que hacer en mi casa, o de las que hacen obras de caridad para salir en las páginas sociales. Tú sabes que mantenemos orfanatos, que atiendo personalmente a niños enfermos, y nadie más lo sabe. Odio las multitudes y todo eso que se arma en una sociedad. No me arrepiento, no tomaré el té con las marquesa de tal y nunca se me invitará al baile de tal y tal. Pero no hay mejor comida y baile que cuando es el cumpleaños de alguno de mis hijos. Ni tendría charlas más interesantes que las que tengo contigo. Me han juzgado por todo, por mi matrimonio con Ian, por mis hijos, cuando estos crecieron y comenzaron a ser tan diferentes, tan singulares (yo los llamaría únicos), hasta por mis amistades, los amigos que escogí y los hice mi familia, ¿cuántas veces me voltearon la espalda por ser amiga de Helen, o de Jean Paul y Vespasiano? Me atreví a hacer de la cocinera mi comadre, he sentado a mi mesa a mis sirvientes e hice que mis hijos los llamaran abuelos. En fin, he sido Violet Townsend, nunca me he metido en la vida de nadie, no le di valor a lo que pensarán de mí, siempre me importó más mi conciencia que mi reputación. Se lo he preguntado varias veces a Ian, si se arrepiente de haberse casado conmigo. Me dice, cuando está cariñoso, que yo soy su mejor logro, su mayor hazaña, y que lo demás no importa. Cuando esta de mal humor me dice: «¿A estas alturas me preguntas?». Y si todavía me puede dejar con siete hijos. Por supuesto que le digo que no y le doy un pellizco. Pero sé que no hay día en que él no agradezca la familia que hemos formado. Es cierto, su vida no salió como esperaba, salió mucho mejor. Sé que lo mismo opina Alexander. Pero no te guardes las cosas, sé como yo, pregunta, habla discute...

Te quiere,

Violet

Capítulo 3

Se acabaron las cartas de las amigas y comienza el juicio

La citación del juzgado y la orden de arresto para *lady* Gertrudis, marquesa de Rogarth, súbdita del Reino, por el delito de bigamia, los tomó a todos de sorpresa en el desayuno. Comenzaron el alboroto en la casa, los gritos y maldiciones. Tía Gloria se retiró a otro ambiente con Nana, para que no se pusiera nerviosa. Solo Violet e Ivanna estaban tranquilas, una al lado de la otra, tomadas de la mano.

—Todo es mi culpa, Henry, todo es mi culpa. —Alexandra, abrazándose a él, lloraba desesperada—. Ese hombre me reconoció, el marqués se vengará de mi madre. Yo actué como una carnada. ¿Cómo supo su llegada? Estuvo espiándonos... La pueden...

—No lo permitiré, amor —la interrumpió, besando sus cabellos, mientras Alexander e Ian discutían con los oficiales en la puerta.

—Tengo miedo.

—Nadie le hará daño a tu mamá —habló tía Gloria regresando al salón—. Somos familia, estamos juntos, nos protegemos. Ten confianza.

Ivanna tomó un último sorbo de café y les dijo a los oficiales que se iría con ellos, pero les pidió, por favor, un momento, que quería conversar con su hija a solas.

—Mamá, lo siento, es mi culpa. —Seguía llorando la muchacha mientras Ivanna, muy tranquila, la hacía sentar en una silla frente a ella.

—Viniste a Londres, ya sé, por Henry, pero también porque querías saber

de mí. Te voy a contar toda la verdad.

—Tenía preguntas. Pero ya no, madre. No me importa nada. Tú eres mi madre; Alexander Romanov, mi padre, y he sido la hija más afortunada al tenerlos como padres.

—Hija, escúchame.

—Mamá, no es necesario, no quiero saber. Es tu vida, yo soy feliz con la mía.

—Pero ahora soy yo quien necesita contar la verdad. Vas a empezar una nueva vida y será con la verdad.

—Mamá...

—Hace mucho tiempo, había una mujer muy triste de una vida muy vacía, superficial y fatua. Nació noble y, para su mala suerte, muy hermosa. Fue criada por un padre viudo que la vio siempre como mercancía. Cuando llegó el momento de casarla, fue ofrecida al mejor postor. El ganador fue un hombre repulsivo tanto por fuera, pero sobre todo, por dentro. Me obligaron a casarme entre mi hermano y mi padre. Él era muy rico, y mi padre estaba en la ruina, pero no fue toda la culpa de ellos, yo tenía casi tu edad, yo pude haberlo rechazado, huir, renunciar a todo. Pero tenía miedo al repudio, a ser excluida de una sociedad de la que creía formar parte, y tenía, sobre todo, terror a la pobreza. Entonces accedí a un matrimonio que duró pocos meses, pero en ese tiempo que duró, no hubo uno solo día que no deseara morir. Sufrí cosas indecibles, muy malas. En ese fango de perversión y horror en el que estaba inmersa, encontré a dos personas muy buenas; a tu tía Violet y a Alexander. Se hicieron mis amigos, a pesar de que yo les hice daño, y me ayudaron a huir. Pero partí de Londres embarazada.

—¿Del marqués?

—No.

—Gracias a Dios —dijo dando un suspiro de alivio—. ¿De quién soy hija?

—De un amante que tuve —dijo Ivanna levantándose de la silla y, tomando distancia, agregó—: Quisiera decirte que fue un buen hombre, pero no lo era. Lo mejor de él es que era hermano de tu tío Ian.

—¿Está vivo?

—No, Randoplh murió, lo mataron. Y lo merecía. Cuando Violet supo el infierno que vivía con ese hombre a cual llamaba esposo, me ayudó a huir, el plan era fingir mi muerte y que su amigo Alexander me llevara a América para empezar de nuevo. Pero en ese largo trayecto nos enamoramos. Él te quiso desde que supo que estabas en mi vientre, te hablaba todas las noches y... — En ese momento, Ivana comenzó a llorar.

—Basta, mamá. —Corrió Alex a su encuentro para abrazarla con mucha fuerza—. Él es mi padre. Alexander Romanov es mi padre. Nadie más. No quería hacerte daño. No quería que sufieras. Yo fui tan tonta...

—No, fuiste valiente. Querías saber la verdad y corriste tras ella — Ivanna le tomó su rostro con ambas manos—. Yo te hice valiente, honrada, noble. Te crie como hubiese querido ser criada. Eres muy diferente a tu padre verdadero, pero si hay disculpa para la maldad, tu padre las tuvo todas, sufrió mucho y se volvió muy malo, pero en su insania hablaba de querer tener hijos. Su sueño se cumplió, lo mejor de él vive en ti.

Tocaron la puerta de la biblioteca para dar el aviso que ya era hora

—Ahora me toca a mí ser valiente. —Ivanna se secó las lágrimas y sonrió.

Cuando salió y uno de los oficiales quiso atarle las manos, Alexander se le fue encima, hasta que Ivanna lo tranquilizó.

—Déjalos, esposo mío —habló muy serena—, iré con ellos. Tú has lo que tienes que hacer, para eso vinimos, para terminar con esto de una vez.

El marqués encontró a su esposa lady Gertrudis, o marquesa de Rogarth, sentada en un rincón de la celda, leyendo una carta. Ni siquiera mostró sorpresa al verlo. Apenas levantó la mirada y siguió con su lectura.

—Hola, Gertrudis, nos volvemos a ver, ¿o debo llamarte Ivanna?

—Ivanna Romanov —dijo ella sin dejar de leer—. Es mi nombre de casada, marqués.

—Te lo dije una vez. Siempre gano y a mí nadie me abandona. Ahora, perra maldita, te haré pagar muy caro la deshonra que me hiciste. Bígama, te morirás

en esta cárcel, Gertrudis...

—Parece que no me escuchó, marqués, soy Ivanna Romanov, me casé hace veinte años, en América, con un esposo maravilloso, tengo 5 hijos y...

—Hijos espurios, nacidos en adulterio.

—Hijos legítimos, nacidos en un matrimonio legítimo y fruto de mucho amor.

—No tienes ideas de todas las cosas que tengo planeadas para ti mujerzuela, me debes aún muchas horas de placer que no me diste.

—Usted no sabe lo que es placer, marqués —solo cuando dijo esto, Ivanna levantó la mirada y lo vio directo a los ojos—. No tiene idea lo que es pasión. No sabe en absoluto lo que es sentir. Yo sí, he sentido todo el placer que un hombre puede dar a una mujer, me he vuelto una sola persona con él. He gozado de mi cuerpo y del de mi esposo, cosas que usted jamás sabrá, ni siquiera tiene idea que existen tales delicias entre dos personas que se aman. Nunca sabrá todo lo que un hombre es capaz de hacer sentir a una mujer, aparte de repulsión.

—Maldita perra, me pagarás por todo esto, tengo la forma de hacerte pagar, sufrirás tanto, y yo...

—Tengo un matrimonio legítimo, marqués. —Ivanna bajó la vista otra vez a la carta y dio fuerza a sus últimas palabras—, porque nunca me consideré casada antes...

El marqués palideció, le comenzaron a temblar las manos regordetas y, con dificultad, trató de escupir a la celda, pero el escupitajo se convirtió en una baba que cayó por sus labios. Salió corriendo de la prisión, llamando a gritos a su asistente.

Querida Ivanna:

Esposa mía, amada mía. Me dieron la oportunidad de escribirte una carta para darte indicaciones sobre el juicio, pero me tomaré esta oportunidad para hablar de cosas más importantes. Alguna vez me preguntaste si me arrepentía de haberme casado contigo, creo que esa vez

mi respuesta fue muy insulsa, te dije solo que no y que te amaba. Nunca he sido un hombre elocuente en expresar mis sentimientos, puedo dar una disertación de tres horas sobre una ley... Pero no puedo expresarle a la mujer que amo cuánto la amo. ¿Me he arrepentido alguna vez de casarme contigo? ¡NUNCA! A veces, cuando despierto más temprano que tú, me quedo mirándote, preguntándome cómo es que esa hermosísima mujer, de tanto temple, inteligencia y nobleza, puede amarme. Cómo me dio cinco hijos, que ha formado con tanto carácter y valores. Cómo fuiste exactamente la hija que quiso mi madre. Cómo adoptaste a mi familia y sus locuras como tuya. Cómo trabajas y luchas por lo que crees y puedes ser también esposa, madre y amante. Aún me sorprende a mí mismo cuando te veo sonreír, ruborizándome como la primera vez que te vi hacerlo. Cuánto placer he sentido amándote, con cuánta ternura me enseñaste a amarte. Te escribo esta carta llorando de emoción, ¿ves?, por eso es que no te lo puedo decir con palabras. Te amo, Ivanna Romanov. Te amo porque haces de mí, siempre, una mejor persona, y soy muy feliz a tu lado.

Te amo,

Tu esposo Alexander.

P.D.: Del juicio no te preocupes, como diría mi madre, ese marqués está macerado en su propio jugo y será nuestro almuerzo.

—Es imposible, marqués —dijo su secretario privado, recogiendo del suelo papeles y demás objetos que el marqués, en un estallido de cólera, había arrojado con violencia—, yo mismo vi el certificado, está muerta desde hace trece años. Nadie supo nunca dónde la enviamos... No tema, excelencia, es imposible... Hoy mismo fui al lugar, ya ni existe. Lo cerraron hace años... Está todo bien. Los archivos no existen, hasta han derrumbado el sanatorio, solo existen piedras, y las piedras no hablan. Está muerta. No tema, marqués... Sobre lo otro, no sabría decir cómo llegaron esos objetos a las manos de Gervais, fue hace diecinueve años. No tengo idea quién podría haberle dado esas cosas... ¿Está usted seguro que eran de?... Claro, honorabilísimo. Por supuesto. He dispuesto a dos detectives que abran el caso otra vez y que

investiguen al doctor Gervais...

—Su señoría. —Un pomposo abogado, contratado por el marqués, comenzó su disertación en una sala de audiencias repleta de curiosos y de la prensa—. Hace veintiún años, lady Gertrudis, marquesa de Rogarth, fingió un secuestro en complicidad con su amante, Alexander Romanov, para fugarse a América, donde en forma fraudulenta se casó en ese país y hasta tuvo hijos ilegítimos, espurios. Su huida dejó en la desolación al honorabilísimo marqués Rothgar, en una situación de escarnio público y...

—Yo, Henry Townsend, conde de Hamilton, su señoría, asumiré la defensa de lady Gertrudis...

El juicio del marqués y su esposa bígama llenó las portadas de los más importantes periódicos del país. No hubo día en que la sala de audiencia no estuviese atiborrada de gente.

—Es ella, es mi hermana. —Señalaba el hombre con una mano temblorosa. El primer testigo de los demandantes entró, tomó asiento muy nervioso y lo primero que hizo fue señalar con un dedo acusador. Ivanna tuvo unas ganas de llorar por aquel que había sido su hermano, lo recordaba como un hombre joven, orgulloso y muy atractivo, en ese momento era un despojo de ser humano. Se notaba que para la ocasión lo habían bañado y puesto ropa limpia, pero no podía ocultar su rostro cetrino de alcohólico, sus dientes carcomidos y sus gesticulaciones propias de un adicto. No escuchó lo que decía, pero sí recordó cuando la había amenazado para que se casara con el marqués, los golpes que le dio junto con su padre el día de su boda, cuando no quería salir de su habitación. Pero ya no había rencor, había mucha pena, por él y por el que hubiese sido su destino si no hubiese tomado la valiente decisión de huir esa noche—. Es ella. Yo siempre supe que no estaba muerta... Ella nos dejó en la miseria, siempre fue egoísta. Sabía que estábamos arruinados y no le importó. Mi padre tuvo una apoplejía. Nos quitaron todo. Pasamos hambre por tu culpa, maldita. Y no te importó.

—Cabe señalar que la señora Ivanna Romanov —dijo Henry al juez que presidía la sesión— no ha ocultado ni dicho en ningún momento que no sea

lady Gertrudis Beckham, ciudadana inglesa. De forma legítima cambió su nombre en Estados Unidos y se nacionalizó en ese país. Estos son los documentos que lo acreditan. Así como los documentos de su matrimonio legítimo con el señor Alexander Romanov.

—La defensa de la acusada intenta confundir a la corte —habló el abogado acusador—. *Lady* Gertrudis, hoy Ivanna, no pudo haberse casado y tener un matrimonio legítimo en Estados Unidos cuando ya era casada en Inglaterra con sir Donalgh York, marqués de Rogarth. Es donde se sustenta los cargos de nuestra acusación de bigamia y estafa. La parte demandante llama al estrado a *lady* Gertrudis. Marquesa de Rogarth, diga su nombre a esta corte.

—Ivanna Romanov. —La sala se quedó en un absoluto silencio, admirando primero la belleza y porte de la dama, pero, sobre todo, la serenidad que reflejaba su rostro, había tal porte de dignidad y control que dejó en desconcierto hasta al mismo marqués—. Es el único nombre que reconozco y pido que se me llame así. No niego haber sido Gertrudis Beckham, hija del conde de Keith. Pero como dijo mi abogado, cambié mi nombre de forma legal en Estados Unidos de América.

—¿Puede negar el hecho de que, estando casada con el marqués, planeó un falso secuestro para huir a América con su amante?

—Acepto haber planeado ese falso secuestro, huir a América y posteriormente enamorarme y casarme con Alexander Romanov, en ese orden. Nunca fue mi amante en Londres, fue mi esposo al llegar a Estados Unidos.

—Se casó estando casada —dijo el abogado acusador con una media sonrisa burlona—. *Lady* Gertrudis, a eso se llama bigamia.

—Pero yo —agregó Ivanna manteniendo la barbilla en alto y con una ligera sonrisa también— nunca me consideré casada con el marqués. Y después lo comprobé. Debo decir que, si escapé, fue por supervivencia, si seguía unida al marqués, hubiese terminado muerta por mi propia mano o por la de él. Pero gracias a Dios encontré una amiga muy buena, llamada Violet Townsend, que me ayudó a tener una nueva vida. Un nuevo comienzo.

—¿Su cómplice en este falso secuestro? —preguntó, de forma sarcástica, el

abogado acusador.

—En esta vida —dijo Ivanna mirando con mucha ternura a Violet que estaba sentada en primera fila—, existen seres únicos que son perfectamente buenos y generosos. Yo tuve la fortuna de encontrarme a uno de ellos: Violet Townsend, la conocí, me permitió ser su amiga y me salvó de un horrible destino.

—¿Tiene algo más que declarar? —preguntó ahora el abogado, impaciente.

—No.

—La defensa llama como testigo a la señora Violet Townsend.

En ese polémico juicio, hubo muchos curiosos, bastante morbo y un adicional jugoso: la familia Townsend estaba involucrada y cuando se supo que la señora Townsend o lady Violet de Hamilton sería uno de los testigos, se formó un gran alboroto. El día que ella daría su testimonio, con la esperanza de ver a esa extraña mujer, aguardaron desde tempranas horas y, en el momento de la audiencia, la sala estaba atiborrada. El imaginario popular la había convertido ya en un mito o leyenda urbana. «Es la noble que se casó con el millonario deshollinador, que adoptó seis hijos, la que en los años de plaga entró a Witchipel a cuidar prostitutas infectadas cuando nadie más quiso hacerlo y que rechazó tomar el té con el rey porque a esa hora sus hijos despertaban de su siesta, que tenía amigos inapropiados, sirvientes sentados a su mesa, la pequeña mujer madre del vikingo boxeador, la madre de la que se hizo pasar por hombre, ¿pensaron que era más alta? Si miras con atención, sus ojos son de color violeta». La miraban y murmuraban, y su esposo, el señor Ian Townsend, sonreía porque si había alguien que no se daba cuenta de lo que estaba aconteciendo a su alrededor, era la interesada que subió al estrado y que se sentó sin saber de la conmoción que su presencia había causado entre los asistentes.

—Señora Townsend —habló Henry con una voz muy severa y formal—. Señora Townsend —llamó de nuevo su atención a Violet, ya que ella había fijado su mirada en el marqués, con mucha cólera, y movía la cabeza en un gesto de desaprobación—. ¡Mamá!

—Sí, cariño, dime.

—Lady Violet —murmuró Henry avergonzado.

—Perdón, señor abogado, dígame.

—¿Hace cuánto conoce a *lady* Gertrudis?

—Hace veintiún años, y es mi mejor amiga —respondió Violet mirando a Ivanna y sonriéndole.

—Gracias, señora Townsend. ¿En qué circunstancias se hicieron amigas?

—Fuimos secuestradas por un sujeto malvado —dijo Violet, pero de inmediato, mirando al juez, agregó—: Pero ya está muerto. Y espero de todo corazón, y rezo todas las noches por ello, que algún día pase del purgatorio a la paz del Señor.

—Gracias, señora. Prosiga.

—Esa vez, yo estaba muy grave, y tu tía Ivanna, o Gertrudis, teniendo la oportunidad de huir y salvar su vida, prefirió estar a mi lado, nunca me dejó sola. Eso selló para siempre nuestra amistad. Luego, mantuvimos conversaciones donde me contó del perverso hombre con el que se había casado. Era y es hasta ahora un asqueroso, pervertido y sucio monstruo...

—Señora Townsend —la interrumpió el juez golpeando varias veces su martillo ante las risas y expresiones de asombro de la sala—, evítese esos comentarios.

—Bueno, señor juez —Violet abrió los ojos sorprendida—, pero todos en Londres saben quién es. No estoy contando ningún secreto. Ese hombre es un cerdo, con el perdón de los cerdos.

—¡*Lady* Violet! —Le llamó la atención Henry.

—Perdón, cariño —dijo ella y continuó—: Ivanna, o Gertrudis, me contó que estaba casada con un señor. —Hizo una pausa y, suspirando, agregó—: Incorrecto, que... la torturaba y sometía a actos de violencia. Yo la ayudé a fugarse a América. Ese señor era y es hasta hoy muy poderoso, la pobre no podría conseguir nunca la anulación o separación. La amenazó muchas veces de que le haría lo que a su anterior esposa si intentaba dejarlo.

—La testigo —habló el abogado del marqués levantándose de un brinco de su asiento— está levantando falsos testimonios y se la denunciará.

—Yo jamás miento, señor.

—¿Tiene pruebas de ello, señora Townsend? —preguntó Henry.

—Sí, la tengo —dijo Violet—. Gertrudis me contó que había rumores de que el marqués había desaparecido a la primera esposa, dijeron que esta había enloquecido y que se había suicidado aventándose al río, teniendo ese esposo...está bien lo siento, pero nunca se encontró el cadáver de la señora. Una vez que Ivanna, o Gertrudis, lo amenazó con dejarlo, el marqués le dijo que sus esposas no lo dejaban, él, antes de eso, las desaparecía pero primero las hacía pasar por un infierno. Cuando se fue Ivanna a América, me dediqué a averiguar qué había pasado con esa pobre mujer, pregunté, contraté detectives, pasé años buscándola hasta que un antiguo sirviente del marqués nos contó que había escuchado en alguna borrachera jactarse de haber internado a su primera esposa en un sanatorio para enfermos mentales, para que la torturaran por haber querido dejarlo y por no haberle dado un hijo varón.

—¿Por qué hizo todo eso? —preguntó el juez extrañado.

—¿Por qué? ¿Por qué qué, señor juez? —repreguntó Violet.

—¿Por qué decidió buscarla? —El juez la miró con detenimiento—. ¿Por qué quería saber qué le había pasado a esa mujer?

—Bueno, es obvio —Violet habló, asombrada por la pregunta—, la pobre Ivanna estuvo solo meses casada con ese monstruo...

—*Lady Violet* —dijo el juez tratando de no reír—, evítese esos calificativos.

—Con ese hombre incorrecto, imagínese, señor juez, lo que le habría hecho pasar a la primera esposa, que estuvo diez años casada con él. Tenía que encontrarla, rescatarla si aún estaba viva.

—Sí, pero ¿por qué? —El juez se quedó mirando el rostro confundido de ella, y la mirada limpia de la mujer que tenía en frente le dio la respuesta—. Siga con su relato.

—Entonces, después de recorrer todos los manicomios de Londres, unos amigos especialistas en estas cosas, tus tíos Jean Paul y Vespasiano, Henry, la encontraron. Su señoría, ella estaba encerrada en un hospital psiquiátrico, a las afueras de Londres. Era un lugar horrible. Cuando hablé con los encargados, me contaron que la señora no estaba loca al ingresar, la internaron con otro nombre para no levantar sospechas, pero había varias personas que supieron del engaño. El esposo, el marqués de Rogarth, la internó a la fuerza porque ella quiso dejarlo, ahí terminaron por enloquecerla, pobrecita. Me dio mucha pena, si usted hubiese visto ese lugar. Con mi esposo, conseguimos que se cerrara ese horrible sitio.

—Señora Townsend —dijo el juez—, no se desvíe del tema.

—Los torturaban, señoría, y...

—Señora Townsend —habló Henry.

—Perdón, querido.

—Entonces, usted —continuó Henry—, encontró a *lady* Valery, marquesa de Rogarth. ¿Qué hizo luego?

—La saqué de ese horrible sitio, pagué mucho dinero para que los encargados hicieran un certificado falso de defunción y se lo hicieran llegar al marqués demonio. Perdón —dijo Violet antes que le volvieran a llamar la atención, y luego agregó en murmullos—: con el perdón de los demonios.

El juez, luego de romper el martillo de tanto golpearlo para que la gente dejara de reír, hizo que *lady* Violet continuara, pero antes le dio una seria advertencia: una más y suspenderían la audiencia.

—Para el certificado falso, su señoría, pedimos la ayuda de nuestro querido amigo de la familia, el doctor Gervais.

—Prosiga —dijo Henry—, ¿qué pasó con *lady* Valery?

—La llevamos a América y la dejé con tu tía Ivanna para ponerla a salvo de ese horrible... de ese señor incorrecto.

—¡Eso es mentira! —exclamó el marqués.

—Yo nunca miento, señor. —Violet se levantó de su asiento muy ofendida.

—¡Es mentira! —volvió a gritar el marqués—. Valery se suicidó porque estaba loca.

—¡Usted la volvió loca! —exclamó Violet mirándolo con furia, e Ian instintivamente se puso de pie, no temiendo la reacción del marqués hacia ella, sino todo lo contrario—. Pagó para que la torturaran, para que la vejaran, para...

—¡Mamá! —Le llamó la atención Henry—. Cálmate.

—Cierto, hijo. No hay que ponerse a nivel de estos...

—*Lady Violet* —la llamó el juez con severidad—, tome asiento. ¿Tiene pruebas de sus acusaciones?

—Sí, señor juez.

Alexandra entró a la sala con una señora muy hermosa, que tenía la cabeza gacha, se veía muy nerviosa y miraba tímidamente a la audiencia. Violet se levantó de la silla y se la cedió. La mujer se sentó en el estrado, y Alexandra se quedó parada su lado.

—Su nombre, por favor —dijo Henry dirigiéndose la joven.

—Alexandra Romanov. —Miró a sus padres con mucho afecto—. Hija de Alexander e Ivanna Romanov.

—¿Por qué acompaña a esta mujer?

—Ella no puede hablar con las demás personas, salvo conmigo. Cuando tía Violet la dejó con nosotros en América, no hablaba con nadie. Con el pasar de los días, yo era una niña, empezó a jugar conmigo, y desde ese día solo me habla a mí o a mis hermanas. Pero en especial a mí.

—Gracias, Alexandra Romanov —dijo Henry—. Puede preguntarle a la señora cómo se llama, su nombre completo.

—Nana, el señor quiere saber cómo te llamas.

—Alexandra, quiero irme a casa —la mujer habló apoyándose aún más en ella.

—Y así será, Nana —repitió Alexandra acariciando sus cabellos—, solo dile tu nombre.

—Valery.

—Tu título también.

—Marquesa de Rogarth.

—¡Mentira! —gritó el marqués poniéndose de pie y tirando papeles que tenía delante—. ¡Es mentira!, ¡es una impostora!

—Señoría —dijo Henry entregándole unos papeles al juez—, tengo certificados médicos, la declaración bajo juramento del doctor Gervais. Retratos de la dama y dos familiares directos que la reconocen como tal.

—¡Basta, déjenme pasar, déjenme! —Una mujer muy alta, bien vestida, a tropezones se hizo paso hasta llegar al pie del estrado, y se quedó mirando a la verdadera marquesa de Rogarth que se había escondido en los brazos de Alexandra.

—¿Quién es usted? —preguntó el juez.

—¡Déjenme! —gritó la mujer cuando un oficial trató de retirarla—. Soy *lady* Anna, hija del marqués de Rogarth. ¿Mamá? ¿Mamá? Soy Ana. ¡Madre mía, soy Ana!

El juez dio una señal al guardia para que la soltaran, esta se acercó a donde estaba la marquesa y la volvió a llamar. La mujer, con la mirada puesta en Alexandra, poco a poco volteó la cara y se quedó mirando a la que la llamaba mamá. Le sonrió con dulzura y le rozó la mejilla con sus dedos en una delicada caricia...

—Ana. —Volteó la cara y le habló a Alexandra—: Quiero irme a casa.

—Señora —preguntó el juez a la mujer que había interrumpido—, ¿reconoce usted a esta mujer como su madre?

—Sí —dijo ella con los ojos llenos de lágrimas—. Es mi madre.

La hija del marqués volteó violentamente y se dirigió a donde estaba sentado su padre gritando: «¡mostro!». Se abalanzó sobre él y, tomando un cortaplumas del escritorio, se lo clavó en el hombro. Mientras, la otra hija del marqués, que se había acercado a Nana, lloraba arrodillada a sus pies.

—Viendo que el marqués fue en realidad el bígamo —dijo el juez llamando

a orden en la sala—, se declara inocente a *lady* Gertrudis, perdón, a la señora Ivanna Romanov, se declara también anulado su matrimonio con el marqués de Rogarth. Y se le piden las disculpas del caso. —Dirigiéndose al marqués, que era asistido en ese momento, agregó—: Donalph York, marqués de Rogarht, se lo declara culpable de bigamia, secuestro, tortura, y que Dios tenga con usted la piedad que nunca tuvo con sus víctimas.

—Katy ha mandado una lista de los ingredientes que necesita para el pastel de bodas y pide que contacte a su amigo *gatito* para que empiece los preparativos —dijo Ian, señalando unos papeles, a tía Gloria, Alexander e Ivana, quienes estaban sentados a su alrededor compartiendo el desayuno en la terraza—, que los tengan listos porque apenas llegué se pondrá a trabajar. Pero esa lista no es ni la mitad de la que ha mandado Amy para los arreglos. —Y levantó otros papeles—. También mandó el diseño del vestido de novia para que se los lleven a *madame* Diana.

—Alexandra —dijo Ivanna—, estaba pensando en algo sencillo y pronto. Máximo, dos semanas. Alex y yo tenemos que regresar a trabajar. Sobre todo, ver a nuestros otros hijos. Sabe Dios qué habrán hecho en casa estando solos.

—Está por verse dónde vivirán —interrumpió Alex a su esposa, mirando directamente a Ian—. Puede que cambien de parecer y decidan irse a vivir a América...

—Alex —Ivanna tomó la mano de su esposo antes de que empezara otra discusión con Ian sobre dónde fijarían su residencia los recién casados—, fue decisión de Alexandra, ella quiere quedarse en Londres, por Henry y, sobre todo, por Nana, no puede ni imaginar separarla otra vez de sus hijas.

Todos los presentes contemplaron a las hijas de Nana paseando con ella por los jardines, cada una de un brazo, y la sonrisa de la señora les hizo a todos asentir. Violet acompañaba a las damas, con mucha cortesía les mostraba su hermoso jardín.

—Aun así —habló *Miss* Gloria leyendo las cartas de sus sobrinas—, por lo menos necesitaremos cinco semanas para hacer un matrimonio más o menos decente.

Antes de empezar otra vez a discutir, se acercó Bonnie corriendo, diciendo que había que llamar al doctor Gervais porque el desayuno le había caído mal a Alexandra y lo había vomitado todo.

—¡Dos semanas! —gritaron al mismo tiempo Ian y Alexander.

FIN

Epílogo

Gervais arrojó el pañuelo rojo y la cruz al interior de la celda. El marqués, como un lobo hambriento, los recogió del piso y, poniéndoselos en la mejilla, comenzó a llorar.

—Sí —dijo el doctor, mirándolo—, tú eres la prueba de que hasta las más asquerosas de las bestias puede amar, o creer alguna vez haber amado.

—Sí, la amé, a la única, y ella también me amó.

—Pero hiciste mal en que lo supieran tu grupo de degenerados amigos, entre ellos hubo unos que sintieron curiosidad y te la arrebataron.

—¿Quiénes fueron?

—Te daré los nombres. A cambio, los Townsend dejarán de ser tus enemigos, para siempre.

—Cumplí, no les he hecho daño, pude haberlos mandado a matar a todos, pero preferí ir a esa celada de juicio sabiendo cual sería el final. Cumplí —dijo otra vez—. ¿Dónde están ella y mi hijo? Lo prometiste.

—No soy ingenuo, sé que, aun estando en prisión, eres muy poderoso, con muchos contactos, y no confío en ti. Cumplo con esto. —Le arrojó al piso un papel—. Son los nombres de quienes te la quitaron, lo dijo ella antes de morir.

—Muerta. —Lloró el marqués besando el pañuelo—. ¿Y mi hijo? Ella estaba embarazada de mi hijo.

—O hija. Nunca sabrás quién es, pero consuélate sabiendo que creció bien, con mucho amor y que es una muy buena persona. Eso se lo debes a su madre adoptiva: Violet Townsend.

Si te ha gustado

Henry Townsend, conde de Hamilton

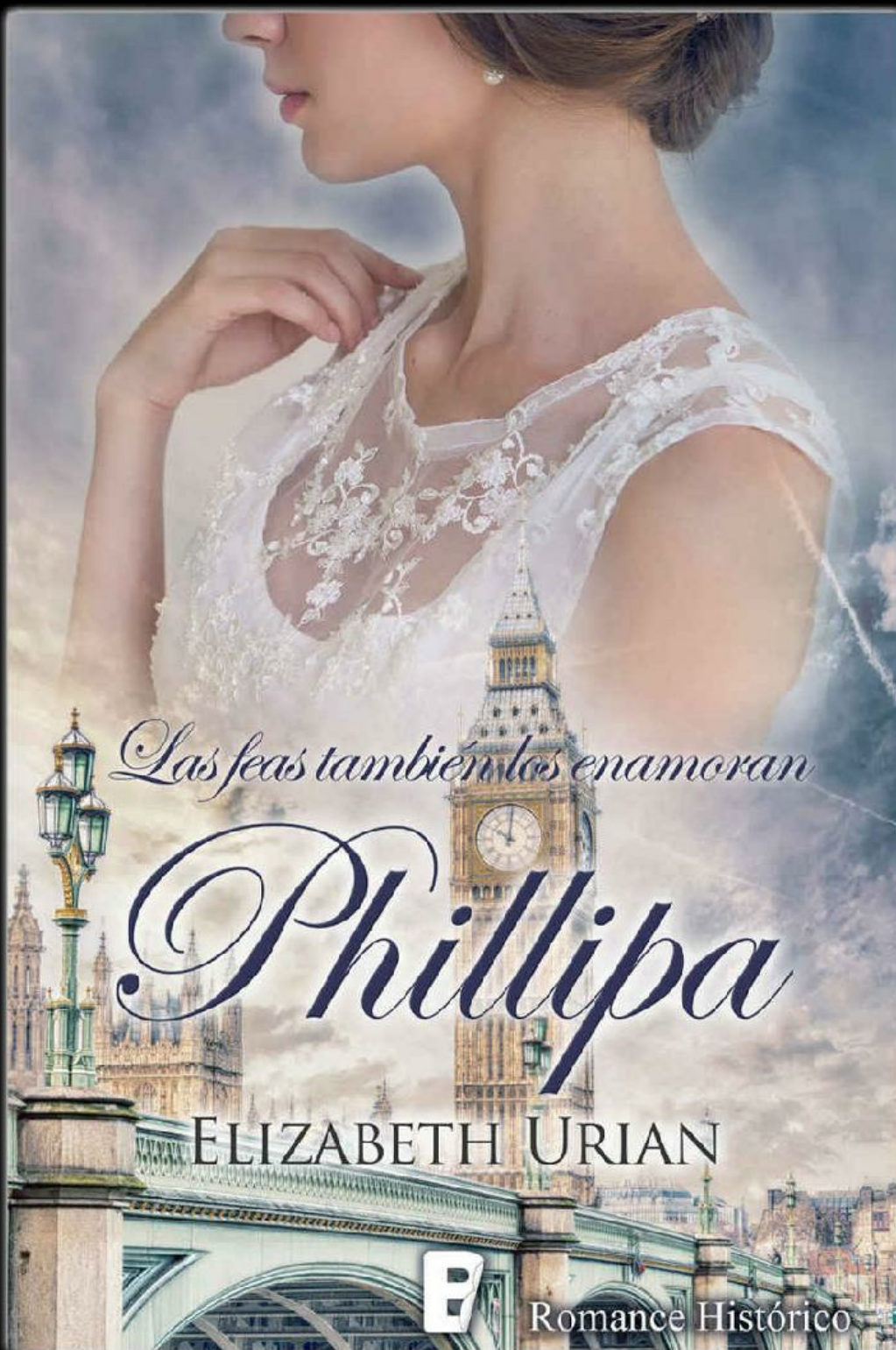
te recomendamos comenzar a leer

Phillipa

Las feas también los enamoran

de Elizabeth Urian

Selección RNR



Las feas también los enamoran

Phillipa

ELIZABETH URIAN



Romance Histórico

Prólogo

Londres, 1888.

—Phillipa, ten la amabilidad de sentarte. Quiero hablar contigo. —Las palabras sonaron con exquisita dulzura, tal como acostumbraba a dirigirse a ella. No fue eso, en cambio, lo que llamó su atención, sino más bien la formalidad con la que la habían hecho ir al despacho.

Se le erizó la piel.

La joven miró primero a su tío Jeremy para, acto seguido, voltear el rostro hacia sus tías Edith y Odethe. Ambas mujeres descansaban en el sofá de caoba bermellón, de un tono muy similar al papel pintado que cubría las paredes del despacho. A sus espaldas, una gran estantería llena de libros de encuadernación antigua dominaba la estancia —compuesta por muebles oscuros— y una chimenea de mármol blanco con ornamentos dorados resaltaba como pieza central.

No se dejó impresionar por esa elegancia. Estaba acostumbrada a ella.

—¿Qué ocurre?

—Nada malo —respondió su tutor—. Solo he pensado que te haría bien contar con la presencia de tus tías.

No obstante, que le tomara la mano derecha y se la estrechara con afecto no aplacó sus dudas.

—Por supuesto —barbotó, todavía desconcertada, pues desconocía el motivo por el que había sido llamada justo después del desayuno.

Phillipa se acomodó en una de las sillas tapizadas y este lo hizo tras el antiguo escritorio. Esperó a que él comenzara.

—La semana pasada tuve una conversación muy interesante con lord Northey, cuya familia procede de Dorset. Es el heredero del condado. —

Phillipa asintió a modo de respuesta, no muy segura de adónde pretendía llegar. Para ella, el caballero en cuestión no era más que otro de los aristócratas con los que coincidía en las reuniones a las que su familia la arrastraba en plena temporada social—. Al parecer, le dejaste una muy buena impresión.

Phillipa tardó en asimilar las palabras y cuando al fin lo hizo no pudo evitar sonar suspicaz.

—¿Yo? No será por mi belleza... —bromeó, ya que se consideraba una joven falta de eso mismo. Su rostro no era solo anodino, sino que carecía de cualquier rasgo que la hiciese mínimamente hermosa.

Ella se aceptaba tal cual era. Con aquella broma solo pretendía que todos rieran y distender así el ambiente, si bien su tía Edith le echó una dura mirada de reproche.

—Cada uno es como es —señaló la duquesa—. La belleza se encuentra en el alma.

—Y está en poder de cada uno apreciar ese rasgo —replicó el marido, mirándola con devoción—. Yo lo hice con tu tía y desde entonces soy el hombre más afortunado del mundo.

—Pero bien que te costó doblegarte —declaró Phillipa, que conocía su historia a la perfección. Le encantaba escuchar el modo en el que ambos habían llegado a enamorarse, pasando del odio a un sentimiento que parecía crecer día a día.

—Por suerte, reaccioné antes de cometer un error irreversible y actué en consecuencia. Jamás podré estar más agradecido porque mi querida Edith me correspondiera.

Su esposa le obsequió con una sonrisa cargada de adoración que hizo que Phillipa suspirara de envidia.

Su presentación en sociedad no había despertado demasiado revuelo entre los posibles y aceptables candidatos —un detalle que tampoco esperaba—. Además, el duque de Dunham se encargaba de mantener a raya a los lores solo interesados en su dote, por lo que sus opciones eran escasas —lo cual

resultaban ser excelentes noticias, ya que no estaba preparada para casarse. No todavía—. Eso, sin embargo, no significaba que no pudiera soñar de vez en cuando con enamorarse y vivir una vida llena de amor y felicidad.

—Jeremy, cuéntale a Phillipa sobre la visita de lord Northley —le pidió Odethe.

No fue grosera, aunque tampoco resultó gentil. La mujer solía comportarse con demasiada solemnidad y una pizca de severidad incluso estando rodeada de familia. Solo tenía veintisiete años, si bien aparentaba más debido a su expresión adusta, a su recogido demasiado tensado y a su vestido negro. Odethe Burton seguía llevando un luto riguroso incluso tras haber pasado más de un año desde el fallecimiento de su esposo.

—Por supuesto, prima. ¿Acaso crees que voy a olvidarme de la pedida de matrimonio?

Sorprendida, Phillipa sintió cómo el calor abandonaba su cuerpo. Sus piernas flaquearon, incluso sentada. Le costó articular la voz, si bien al final fue incapaz de terminar la pregunta.

—¿Estás diciendo que...?

Su tío asintió con una sonrisa pintada en los labios.

—Lord Northley dijo que no pareces una joven atolondrada. Al parecer estuvisteis hablando sobre el brote de cólera que sufrió Londres a mediados de siglo y de cómo han ido cambiando las medidas higiénicas en la ciudad.

—¡Santo Cielo! —La exclamación de tía Odethe hizo que todas las miradas recayeran en ella. La mujer parecía horrorizada—. Esa no es una conversación apropiada para una dama —la riñó.

—Aunque debo decir que no es un tema muy agradable —opinó el cabeza de familia con prudencia—, nuestra querida Phillipa tiene unas inquietudes que nada tienen que ver con los bordados.

—Porque tú se lo permites —terció su prima con cierta acritud—. La animas demasiado con sus lecturas.

—¿Preferirías que se lo prohibiera?

—No voy a casarme con él —anunció Phillipa de golpe para evitar una discusión innecesaria—. Le agradezco a lord Northley su interés, pero no lo haré. Tío, me prometiste que tras mi presentación podría comenzar las clases en la escuela de enfermería.

—¿Cómo?! —Odethe reaccionó al acto—. Es la primera vez que escucho semejante despropósito.

«Por eso mismo te lo oculté», pensó Phillipa.

—Quiero ser enfermera —anunció con absoluta claridad, convicción y con la cabeza bien alta, lo que le valió una mirada reprobadora.

—No estoy muy seguro de querer eso para ti, Phillipa.

Ante semejante declaración de intenciones por parte del duque, Phillipa le lanzó una expresión cargada de reproche antes de levantarse y empezar a andar por la biblioteca como un animal enjaulado. En los últimos meses había soportado la vorágine de los preparativos de su presentación en sociedad porque sabía que tras ella podría hacer lo que en realidad deseaba.

La joven se detuvo a una pulgada del escritorio.

—Tío, me diste tu palabra.

—¡No puedes permitirlo! —intervino Odethe con vigor—. Phillipa pertenece a una familia decente. Su bisabuelo fue duque. Tú, primo Jeremy, eres duque. ¿Qué dirán nuestros conocidos? ¿Has pensado en su reputación?

—¿Reputación? —repitió Phillipa girándose hacia ella con los ojos abiertos de par en par. No estaba sorprendida por la beligerancia que mostraba su tía, tan apegada a las convenciones sociales como estaba, pero no podía tolerar que convenciera al único que podía dar al traste con todos sus sueños—. Ejercer de enfermera licenciada no es una deshonra, sino una profesión decente. Quiero ayudar a los más necesitados.

—Podrás hacerlo cuando estés casada. Las obras de caridad son una distracción apropiada para una dama —terció su tía Odethe.

—Eso no es lo yo deseo.

—Phillipa, tienes una pedida de matrimonio formal. Debes casarte.

—No —contestó con obstinación—. No lo haré ni aunque me arrastres por la iglesia.

Odethe lanzó un gemido.

—¡Insolente!

Phillipa no hizo caso.

—Florence Nightingale fue una joven de buena familia, y en lugar de casarse y tener hijos como se esperaba de ella, fue a la guerra de Crimea para fundar después su escuela de enfermería —replicó.

—¿Es esa mujer quien te ha metido semejante idea en la cabeza? —preguntó, indignada, mientras arrugaba el cejo.

Phillipa suspiró exasperada. ¿Acaso su tía permanecía ciega al mundo? Entonces tuvo que recordarse que en los últimos años había pasado por mucho: perdió a su madre, a su esposo, y ahora debía ocuparse ella sola de la crianza de sus dos hijas, las mellizas Marian Elizabeth y Grace.

Trató de no tener en cuenta sus protestas y se lo explicó todo con delicadeza.

—Eso no ha podido suceder porque ni siquiera la conozco en persona. Sucede que he leído mucho sobre ella y su historia me inspira. Yo quiero hacer mi propio camino, aunque el primer paso es ingresar en la escuela de enfermeras del Saint Thomas's Hospital.

Odethe no reaccionó con la misma delicadeza que mostraba Phillipa.

—¡No me importa en absoluto quién sea o lo que hizo esa Florence! —Hizo aspavientos con las manos y sacó un pañuelo con el que secarse la cara—. ¿Jeremy?

El duque miró a una y a otra para finalmente posar los ojos sobre su esposa. Ella le dio su apoyo con un sutil asentimiento de cabeza.

—Odethe, creo que puedes retirarte. Yo me encargaré.

Esta se negó en redondo a marcharse.

—Por supuesto que no. No vais a excluirme de esta decisión. Tiene diecisiete años; no puedes hacer caso de sus delirantes fantasías.

—Te recuerdo que yo soy su tutor. Me corresponde a mí dar la última palabra.

Su respuesta consiguió airarla.

—Y yo te recuerdo que es más sobrina mía que tuya —argumentó retadora, con la espalda bien tiesa y la barbilla alzada.

Jeremy, en realidad, no era su tío, sino primo de su madre —que, junto a su padre, falleció cuando ella era pequeña— y de Odethe. Sin embargo, Phillipa siempre lo había llamado así.

—Está bien, está bien —intercedió Edith con dulzura—. Odethe, entiendo que estés preocupada, pero ¿acaso no confías en el buen hacer de Jeremy?

—Lo hago. Él abrió las puertas de su casa a mis hijas y a mí tras el fallecimiento de mi querido Solomon. Solo tengo miedo de que su juicio se vea alterado por los sentimientos que tiene por Phillipa. Nunca le ha negado nada.

Aquello era terriblemente cierto. Desde la muerte de la abuela de Phillipa, él la había tratado como si fuera su propia hija, queriéndola de igual modo que a su primogénito Aiden o a los que nacieron después: Joshua, Kenneth y Fergus. Jeremy se interesaba por los estudios de la joven, manejaba su dote para aumentarla, mantenían estimulantes conversaciones mientras paseaban juntos por Stanbury Manor y se retaban al ajedrez. Se había acostumbrado tanto a ella, a sus abrazos y a sus sonrisas, que le resultaba difícil aceptar la idea de dejarla ir.

Jeremy se masajeó la nuca con cansancio, meditando bien sus opciones. En un primer momento pensó que la oferta de lord Northley era una noticia espléndida. Sin embargo, eso significaba que Phillipa se casaría y se alejaría para siempre de su protección.

Ese pensamiento consiguió que su estómago ardiera. Su sobrina no estaba preparada para ello, pero ¿ser enfermera? ¿Era ese su destino? Por supuesto que no; ella merecía algo mejor.

—Tío, ¿vas a cumplir con tu palabra o vas a hacerme desdichada? —le presionó Phillipa con un tono suplicante al que era difícil resistirse.

—Y bien, Jeremy, ¿qué será? ¿Vas a permitirle el capricho o vas a asumir tu papel de tutor como corresponde?

Jeremy Gibson, duque de Dunham, tragó saliva. Fuera cual fuera su decisión iba a terminar encontrándose en problemas.